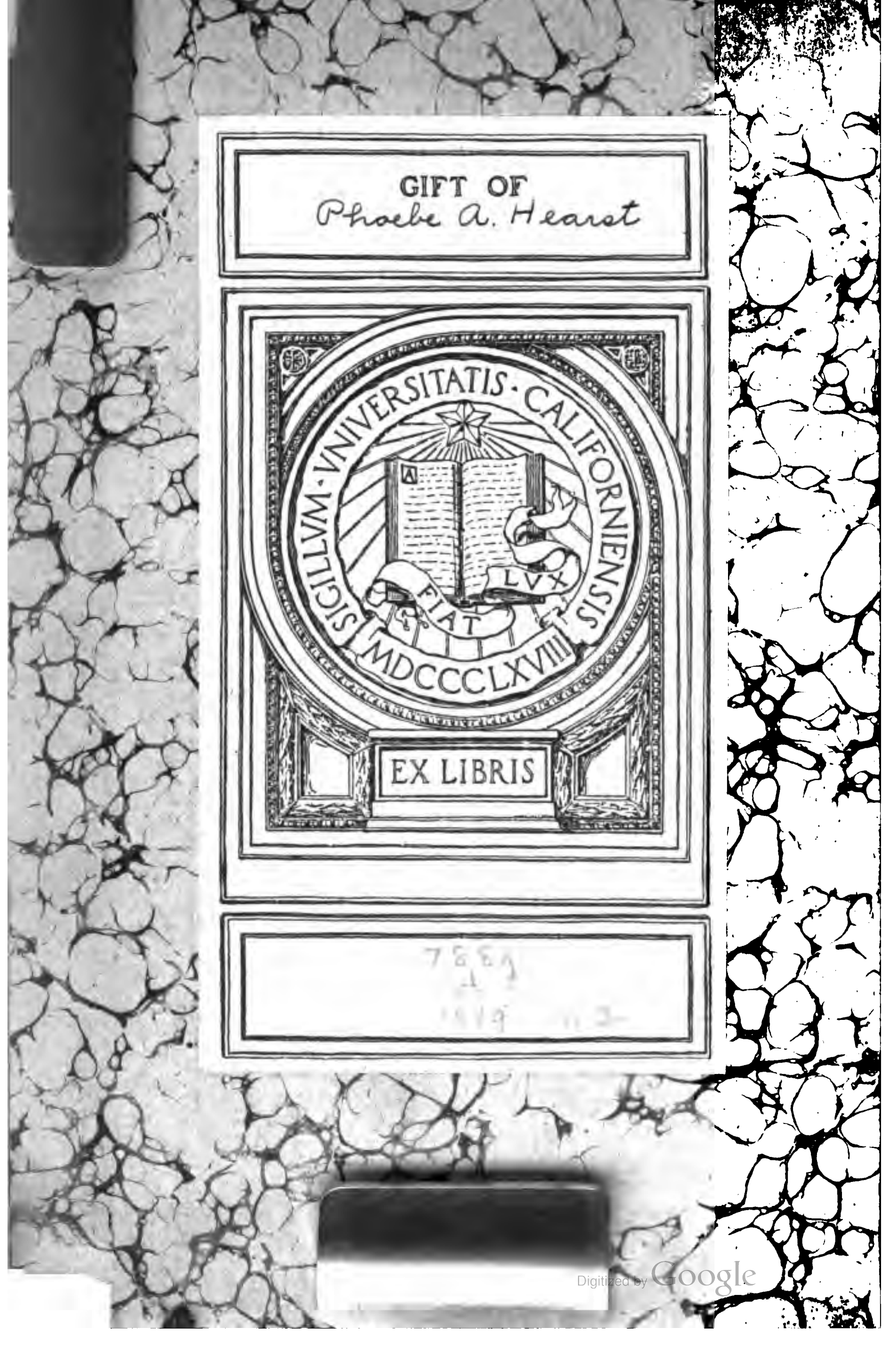
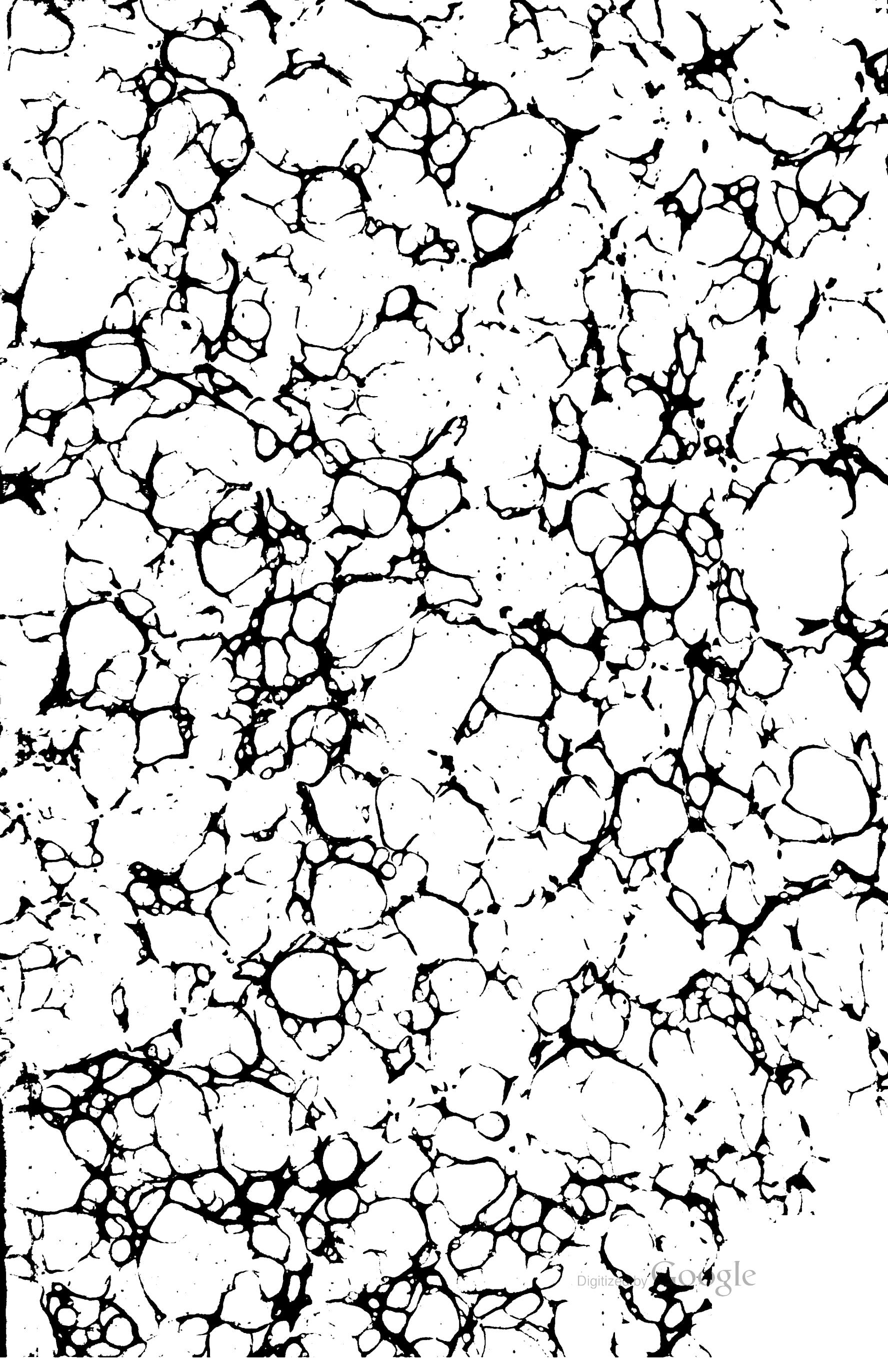

UC-NRLF
$B 257 153


GIFT OF
Phoebe A. Hearst
SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



EL INGENIOSO HIDALGO
D. QUIJOTE DE LA MANCHA,

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

CUARTA EDICION

CORREGIDA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

PARTE PRIMERA.

TOMO II.



MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1819.

TABLA

DE LOS CAPITULOS DE ESTE TOMO.

CAP. XXVIII. *Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra*........... 1
CAP. XXIX. *Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto*.............. 24
CAP. XXX. *Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo*.......................... 43
CAP. XXXI. *De los sabrosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos*..... 58
CAP. XXXII. *Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de D. Quijote.* 72
CAP. XXXIII. *Donde se cuenta la novela del Curioso impertinente*........................... 82
CAP. XXXIV. *Donde se prosigue la novela del Curioso impertinente*........................ 113
CAP. XXXV. *Que trata de la brava y descomunal batalla que D. Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso impertinente*.......... 142
CAP. XXXVI. *Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron*................ 156
CAP. XXXVII. *Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras*...................... 171
CAP. XXXVIII. *Que trata del curioso discurso que hizo D. Quijote de las armas y las letras*... 187
CAP. XXXIX. *Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos*.. 194

CAP. XL. *Donde se prosigue la historia del cautivo*........ 206
CAP. XLI. *Donde todavía prosigue el cautivo su suceso*........ 225
CAP. XLII. *Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse*........ 256
CAP. XLIII. *Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.* 267
CAP. XLIV. *Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta*........ 282
CAP. XLV. *Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad*........ 295
CAP. XLVI. *De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero D. Quijote*........ 307
CAP. XLVII. *Del extraño modo con que fue encantado D. Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos*........ 320
CAP. XLVIII. *Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio*........ 335
CAP. XLIX. *Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor D. Quijote*........ 347
CAP. L. *De las discretas altercaciones que D. Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos*........ 358
CAP. LI. *Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á D. Quijote.* 368
CAP. LII. *De la pendencia que D. Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor*........ 378

PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

CAPITULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra.

Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero D. Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinacion como fue el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta órden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son menos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia: la cual prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo cuenta que asi como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oidos,

que con tristes acentos decia desta manera:

¡Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada de este cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y cuan mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que alli junto las decian, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos cuando detras de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno á un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por alli corria, no se le pudieron ver por entonces; y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los pies, que eran tales que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Suspendioles la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar

terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño, y asi viendo que no habian sido sentidos, el cura, que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detras de unos pedazos de peña que alli habia: asi lo hicieron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacia, el cual traia puesto un capotillo pardo de dos aldas muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca: traia ansimismo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenia las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia: acabóse de lavar los hermosos pies, y luego con un paño de tocar, que sacó debajo de la montera, se los limpió; y al querer quitársele alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban de ver una hermosura incomparable, tal que Cardenio dijo al cura con voz baja: esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conocieron que el que parecia labrador era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que despues afirmó que sola la

belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos, que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peine unas manos, que si los pies en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo cual en mas admiracion y en mas deseo de saber quién era ponia á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian: y apenas los hubo visto cuando se levantó en pie, y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos asió con mucha presteza un bulto como de ropa que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos cuando, no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo: lo cual visto por los tres salieron á ella, y el cura fue el primero que le dijo: deteneos, señora, quien quiera que seais, que los que aqui veis solo tienen intencion de serviros: no hay para que os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consen-

tir. Á todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa. Llegaron pues á ella, y asiéndola por la mano el cura, prosiguio diciendo: lo que vuestro trage, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren, señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es esta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo menos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intencion se le da al que lo padece. Asi que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte, que en nosotros juntos ó en cada uno hallareis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio ni decir palabra alguna, bien asi como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamas vistas; mas volviendo el cura á decirle otras razones al mismo efecto encaminadas, dando ella un profundo suspiro rompió el silencio y dijo: pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la

soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde seria fingir yo de nuevo ahora lo que si se me creyese, seria mas por cortesía que por otra razon alguna: presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho, el cual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido, puesto que temo que la relacion que os hiciere de mis desdichas os ha de causar al par de la compasion la pesadumbre, porque no habeis de hallar remedio para remediarlas ni consuelo para entretenerlas; pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por muger, y viéndome moza, sola y en este trage, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera. Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discrecion que su hermosura: y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella sin hacerse mas de rogar, calzándose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian,

con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman grandes de España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor no sé yo de qué sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalon. Deste señor son vasallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres: bien es verdad que no son tan bajos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que á mí me quiten la imaginacion que tengo de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse cristianos viejos ranciosos, pero tan rancios, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban era de tenerme á mí por hija; y asi por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas

que padres jamas regalaron: era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sugeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, ansí lo era de su hacienda: por mí se recebian y despedian los criados: la razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia pasaba por mi mano: los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mia y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo: los ratos que del dia me quedaban, despues de haber dado lo que convenia á los mayorales ó capataces, y á otros jornaleros, los entretenia en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna por recrear el ánimo estos ejercicios dejaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta pues era la vida que yo tenia en casa de mis padres, la cual

si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta cuan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo. Es pues el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apenas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponia los pies, con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, me vieron puestos en la solicitud de D. Fernando, que es este el nombre del hijo menor del duque que os he contado. No hubo bien nombrado á D. Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el cura y el barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura que habian oido decir que de cuando en cuando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quien ella era, la cual sin advertir en los movimientos de Cardenio

prosiguió su historia diciendo: y no me hubieron bien visto, cuando, segun él dijo despues, quedó tan preso de mis amores cuanto lo dieron bien á entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que D. Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa, dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes, los dias eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle, las noches no dejaban dormir á nadie las músicas; los billetes, que sin saber cómo á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras que promesas y juramentos: todo lo cual, no solo no me ablandaba, pero me endurecia de manera como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efecto contrario; no porque á mí me pareciese mal la gentileza de D. Fernando, ni que tuviese á demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas; que en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oir que nos llaman hermosas; pero á todo esto se oponia mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban,

que ya muy al descubierto sabian la voluntad de D. Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí y D. Fernando, y que por aqui echaria de ver que sus pensamientos, aunque él dijese otra cosa, mas se encaminaban á su gusto que á mi provecho, y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dejase de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustase, asi de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunvecinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise responder á D. Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos mios, que él debia de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba, la cual, si ella fuera como debia, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decírosla. Finalmente D. Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la espe-

ranza de poseerme, ó á lo menos porque yo tuviese mas guardas para guardarme; y esta nueva ó sospecha fue causa para que hiciese lo que ahora oireis, y fue que una noche estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destos recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro, me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua; y asi no fui poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme segun estaba turbada), comenzó á decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas: hacia el traidor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrecilla, sola entre los mios, mal ejercitada en casos semejantes, comenzé no sé en qué modo á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte que me moviesen á compasion menos que buena sus lágrimas y suspiros: y asi pasándoseme aquel sobresalto primero torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y

con mas ánimo del que pensé que pudiera tener le dije : si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, asi fuera posible hacella ó decilla como es posible dejar de haber sido lo que fue: asi que, si tú tienes ceñido mi cuerpo cón tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos: tu vasalla soy, pero no tu esclava: ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia, y en tanto me estimo yo villana y labradora como tú señor y caballero: conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme: si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera: de modo que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras: todo esto he dicho, porque no es pensar que de mí alcanze cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo. Si no reparas mas que en eso,

bellísima Dorotea, que este es el nombre desta desdichada, dijo el desleal caballero, ves aqui te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imágen de nuestra Señora que aqui tienes. Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion; pero no quiso interromper el cuento, por ver en qué venia á parar lo que él ya casi sabia; solo dijo: qué ¿Dorotea es tu nombre, señora? otra he oido yo decir del mismo, que quizá corre parejas con tus desdichas: pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mismo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado trage, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda sabia se la dijese luego, porque si algo le habia dejado bueno la fortuna era el ánimo que tenia para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que á su parecer ninguno podia llegar que el que tenia acrecentase un punto. No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á tí te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa fue, que tomando D. Fernando una imágen

que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio: con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido, puesto que antes que acabase de decirlas le dije que mirase bien lo que hacia, y que considerase el enojo que su padre habia de recebir de verle casado con una villana vasalla suya, que no le cegase mi hermosura tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si algun bien me queria hacer por el amor que me tenia, fuese dejar correr mi suerte á lo igual de [1] lo que mi calidad pedia, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aqui he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento, bien ansi como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata no repara en inconvenientes. Yo á esta sazon hice un breve discurso conmigo, y me dije á mí misma: sí, que no seré yo la primera que por via de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será D. Fernando el primero á quien hermosura ó ciega aficion, que es lo mas cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza: pues si no hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en

este no dure mas la voluntad que me muestra, de cuanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin para con Dios seré su esposa; y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere cuan sin ella he venido á este punto: porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginacion, y sobre todo me comenzaron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que fue sin yo pensarlo mi perdicion, los juramentos de D. Fernando, los testigos que ponia, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamé á mi criada para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo: tornó D. Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me prometia, volvió á humedecer sus ojos y á acrecentar sus suspiros, apretóme mas entre sus brazos, de los cuales jamas me habia dejado; y con esto, y con volverse á salir del aposento mi donce-

lla, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El dia que sucedió á la noche de mi desgracia se venia aun no tan apriesa como yo pienso que D. Fernando deseaba, porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto porque D. Fernando dió priesa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que alli le habia traido, antes que amaneciese se vió en la calle, y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos, y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto él se fue, y yo quedé ni sé si triste ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traicion cometida de encerrar á D. Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinaba si era bien ó mal el que me habia sucedido. Díjele al partir á D. Fernando que por el mismo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que cuando él quisiese aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, sino fue la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia

en mas de un mes, que en vano me cansé en solicitallo, puesto que supe que estaba en la villa y que los mas dias iba á caza, ejercicio de que él era muy aficionado. Estos dias y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos y menguadas, y bien sé que comenzé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fe de D. Fernando; y sé tambien que mi doncella oyó entonces las palabras que en reprension de su atrevimiento antes no habia oido; y sé que me fue forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles; pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron respetos y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron á plaza mis secretos pensamientos: y esto fue porque de alli á pocos dias se dijo en el lugar como en una ciudad alli cerca se habia casado D. Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: díjose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las

cejas, y dejar de alli á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento diciendo: llegó esta triste nueva á mis oidos, y en lugar de helárseme el corazon en oilla, fue tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traicion que se me habia hecho; mas templóse esta furia por entonces con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse, que fue ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. Él despues que hubo reprendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo: luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de muger, y algunas joyas y dineros por lo que podia suceder, y en el silencio de aquella noche sin dar cuenta á mi traidora doncella salí de mi casa, acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad á pie, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenia por hecho, á lo menos á decir á D. Fernando me dijese con qué

alma lo habia hecho. Llegué en dos dias y medio donde queria, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero á quien hice la pregunta me respondió mas de lo que yo quisiera oir: díjome la casa y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella: díjome que la noche que D. Fernando se desposó con Luscinda, despues de haber ella dado el *sí* de ser su esposa le habia tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le hallo un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba que ella no podia ser esposa de D. Fernando, porque lo era de Cardenio, que á lo que el hombre me dijo era un caballero muy principal de la misma ciudad, y que si habia dado el *sí* á D. Fernando fue por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dijo que contenia el papel, que daba á entender que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba alli las razones por qué se habia quitado la vida; todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por D. Fernando, pareciéndole que Luscinda le habia burlado y escarnecido y tenido en poco, ar-

remetió á ella antes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le hallaron la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Dijeron mas, que luego se ausentó D. Fernando, y que Luscinda no habia vuelto de su parasismo hasta otro dia, que contó á sus padres como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios, y que en viéndola desposada, lo cual él jamas pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de como él se iba adonde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad; y todos hablaban dello, y mas hablaron cuando supieron que Luscinda habia faltado de en casa de su [2] padre y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres, y no sabian qué medio se tomar para hallarla. Esto que supe puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á D. Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podria ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio por atraerle á conocer lo que al primero debia, y á caer

en la cuenta de que era cristiano, y que estaba mas obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvia en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad sin saber qué hacerme, pues á D. Fernando no hallaba, llegó á mis oidos un público pregon donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad y del mismo trage que traia, y oí decir que se decia que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino; cosa que me llegó al alma, por ver cuan de caida andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo sugeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados; pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, asi me sucedió á mí, porque mi buen criado hasta entonces fiel y seguro, asi como me vió en esta soledad, incitado de su misma bellaquería antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion

que á su parecer estos yermos le ofrecian, y con poca vergüenza y menos temor de Dios, ni respeto mio, me requirió de amores, y viendo que yo con feas y justas palabras respondia á las desvergüenzas de sus propósitos, dejó aparte los ruegos de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza; pero el justo cielo, que pocas ó ningunas veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo di con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo, y luego con mas ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian me entré por estas montañas sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo ha no sé cuántos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud fue y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mismo mal pensamiento que en mi criado: y como no siempre la fortuna con los trabajos da

los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar y despenar al amo como le hallé para el criado; y asi tuve por menor inconveniente dejalle y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis disculpas. Digo pues que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las agenas tierras.

CAPITULO XXIX.

Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto [3].

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lágrimas que de mis ojos salian tenian ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia; y considerada la calidad de mi desgracia, vereis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo

os ruego (lo que con facilidad podreis y debeis hacer) que me aconsejeis dónde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan, que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré dellos bien recebida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo el pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran el mio ageno de la honestidad que de mí se debian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habian tanta lástima como admiracion de su desgracia; y aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio diciendo: en fin, señora, ¿que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo? Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuan de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y asi le dijo: ¿y quién sois vos, hermano, que asi sabeis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy, res-

pondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dijo que era su esposo: soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traido á que me veais cual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á las sinrazones de D. Fernando, y el que aguardó á oir el *sí* que de ser su esposa pronunció Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fue hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y asi dejé la casa y la paciencia, y una carta que dejé á un huesped mio, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese, y víneme á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto [4] aborrecí como mortal enemiga mia; mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aqui habeis contado, aun podria ser que á entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros

pensamos; porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con D. Fernando por ser mia, ni D. Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser, y no se ha enagenado ni deshecho; y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodándoos á esperar mejor fortuna; que yo os juro por la fe de caballero y de cristiano de no desampararos hasta veros en poder de D. Fernando, y que cuando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea, y por no saber qué gracias volver á tan grandes ofrecimientos quiso tomarle los pies para besárselos, mas no lo consintió Cardenio; y el licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él á su aldea, donde se po-

drian reparar de las cosas que les faltaban, y que alli se daria órden como buscar á D. Fernando, ó como llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no menos voluntad que el cura á todo aquello que fuese bueno para servirles: contó asimismo con brevedad la causa que alli los habia traido, con la extrañeza de la locura de D. Quijote, y como aguardaban á su escudero, que habia ido á buscalle. Vínosele á la memoria á Cardenio como por sueños la pendencia que con D. Quijote habia tenido, y contóla á los demas; mas no supo decir por qué causa fue su cuestion. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó los llamaba á voces: saliéronle al encuentro, y preguntándole por D. Quijote, les dijo como le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea; y que puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura fasta que hobiese fecho fazañas que

le ficiesen digno de su gracia; y que si aquello pasaba adelante corria peligro de no venir á ser emperador como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo menos que podia ser: por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de alli. El licenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarian de alli mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenian pensado para remedio de D. Quijote, á lo menos para llevarle á su casa: á lo cual dijo Dorotea, que ella haria la doncella menesterosa mejor que el barbero, y mas que tenia alli vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leido muchos libros de caballerías, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas cuando pedian sus dones á los andantes caballeros. Pues no es menester mas, dijo el cura, sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor mio, pues tan sin pensarlo á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habíamos menester. Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera,

que una rica y gran señora parecia. Todo aquello, y mas, dijo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. Á todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron á D. Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba; pero el que mas se admiró fue Sancho Panza, por parecerle (como era asi verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura; y asi preguntó al cura con grande ahinco le dijese quién era aquella tan fermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales. Esta hermosa señora, respondió el cura, Sancho hermano, es como quien no dice nada, es la heredera por línea recta de varon del gran reino de Micomicon, la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el cual es que le desfaga un tuerto ó agravio que un mal gigante le tiene fecho; y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido á buscarle esta princesa. Dichosa buscada y dichoso hallazgo, dijo á esta sazon Sancho Panza, y mas si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice, que sí matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no

tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor licenciado, y es que porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y asi quedará imposibilitado de recebir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inutil para la iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la iglesia, teniendo como tengo muger y hijos, seria nunca acabar: asi que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y asi no la llamo por su nombre. Llámase, respondió el cura, la princesa Micomicona, porque llamándose su reino Micomicon, claro está que ella se ha de llamar asi. No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda y Diego de Valladolid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea tomar las reinas los nombres de sus reinos. Asi debe de ser, dijo el cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos: con lo que quedó tan contento Sancho, cuanto el cu-

ra admirado de su simplicidad, y de ver cuan encajados tenia en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender que habia de venir á ser emperádor. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del cura, y el barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron á Sancho que los guiase adonde D. Quijote estaba, al cual advirtieron que no dijese que conocia al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser emperador su amo, puesto que ni el cura ni Cardenio quisieron ir con ellos porque no se le acordase á Don Quijote la pendencia que con Cardenio habia tenido, y el cura porque no era menester por entonces su presencia, y asi los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pie poco á poco. No dejó de avisar el cura lo que habia de hacer Dorotea: á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haria sin faltar punto como lo pedian y pintaban los libros de caballerías. Tres cuartos de legua habrian andado cuando descubrieron á D. Quijote entre unas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado, y asi como Dorotea le vió, y fue informada de Sancho que aquel era D. Quijote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbado barbero; y en llegando junto á él el escudero se arrojó de la mula y fue á tomar en los brazos á Dorotea,

Lam. VII. T. II. p. 33.



J. Ribelles inv. y dib. T. Lopez Enguidanos lo gr.

la cual apeándose con grande desenvoltura se fue á hincar de rodillas ante las de D. Quijote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le fabló en esta guisa: de aquí no me levantaré, ó valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto: y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre buscándoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, fermosa señora, respondió D. Quijote, ni oiré mas cosa de vuestra facienda fasta que os levanteis de tierra. No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo, respondió D. Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave. No será en daño ni en mengua de los que decis, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella: y estando en esto se llegó Sancho Panza al oido de su señor, y muy pasito le dijo: bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no

es cosa de nada, solo es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió Don Quijote, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia conforme á lo que profesado tengo: y volviéndose á la doncella dijo: la vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traidor que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi reino. Digo que asi lo otorgo, respondió D. Quijote; y asi podeis, señora, desde hoy mas desechar la malencolía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que con el ayuda de Dios y la de mi brazo vos os vereis presto restituida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren: y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro. La menesterosa doncella pugnó con mucha porfia por besarle las manos; mas D. Quijote, que en todo era comedido y cortes caballero, jamas lo consintió; antes la hizo le-

vantár, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas que como trofeo de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual viéndose armado dijo: vamos de aqui en el nombre de Dios á favorecer esta gran señora. Estábase el barbero aun de rodillas teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caida quizá quedaran todos sin conseguir su buena intencion; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que D. Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subió D. Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pie, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucío con la falta que entonces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella princesa, y ser por lo menos rey de Micomicon: solo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen habian de ser todos negros: á lo cual hizo luego en su imagina-

cion un buen remedio, y díjose á sí mismo: ¿qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿habrá mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título ó algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormios, y no tengais ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he de volver blancos ó amarillos: llegaos, que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pie. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabian qué hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban, y fue que con unas tijeras que traia en un estuche quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistiole un capotillo pardo que él traia, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salie-

ron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedian que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pie. En efecto ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y asi como salió della D. Quijote y sus camaradas, el cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando se fue á él abiertos los brazos y diciendo á voces: para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota [5] D. Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes; y diciendo esto tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á D. Quijote, el cual, espantado de lo que veia y oia decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el cura no lo consintió, por lo cual D. Quijote decia: déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pie. Eso no consentiré yo en ningun modo, dijo el cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí, aunque indigno sacerdo-

te, bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destos señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caia yo en tanto, mi señor licenciado, respondió D. Quijote, y yo sé que mi señora la princesa será servida por mi amor de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la princesa, y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortes y tan cortesano que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pie pudiendo ir á caballo. Asi es, respondió el barbero, y apeándose en un punto convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar: y fue el mal que al subir á las ancas el barbero, la mula que en efecto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que á darlas en el pecho de maese Nicolas ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por D. Quijote. Con todo eso le sobresaltaron de manera que cayó en el suelo con tan poco cuidado de las barbas,

que se le cayeron, y como se vió sin ellas no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas. D. Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre lejos del rostro del escudero caido, dijo: vive Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro como si las quitaran á posta. El cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuese con ellas donde yacia maese Nicolas dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y cuando se las tuvo puestas se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró D. Quijote sobre manera, y rogó al cura que cuando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud á mas que pegar barbas se debia de extender, pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba. Asi es, dijo el cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse que por entonces subiese el cura, y á trechos se fuesen los tres mudando hasta que llegasen á

la venta, que estaria hasta dos leguas de alli. Puestos los tres á caballo, es á saber, D. Quijote, la princesa y el cura, y los tres á pie, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, Don Quijote dijo á la doncella: vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere; y antes que ella respondiese dijo el licenciado: ¿hácia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿es por ventura hácia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reinos. Ella, que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y asi dijo: sí señor, hácia ese reino es mi camino. Si asi es, dijo el cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de alli tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo, Meótides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del reino de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dijo ella, porque no ha dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es el señor D. Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos asi como puse los pies en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de

su invencible brazo. No mas, cesen mis alabanzas, dijo á esta sazon D. Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulacion, y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas: lo que yo sé decir, señora mia, que ahora [6] tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y asi dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga qué es la causa que le ha traido por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto. Á eso yo responderé con brevedad, respondió el cura, porque sabrá vuestra merced, señor D. Quijote, que yo y maese Nicolas, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar cierto dinero que un pariente mio, que ha muchos años que pasó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos que no pasan de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aqui va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo; y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos que los que nos saltearon son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del

comisario y de las guardas los soltó á todos; y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fue contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus pies, poner en alboroto la santa hermandad, que habia muchos años que reposaba: quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo. Habíales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacia ó decia Don Quijote, al cual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dijo el cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

CAPITULO XXX.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo [7].

No hubo bien acabado el cura cuando Sancho dijo: pues mia fe, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fue mi amo, y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban alli por grandísimos bellacos. Majadero, dijo á esta sazon D. Quijote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera, ó estan en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias; solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías: yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allá se avenga; y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada donde mas largamente se contiene: y esto dijo afirmándose en los estribos y calán-

dose el morrion, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero hasta adobarla dél mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el menguado humor de D. Quijote, y que todos hacian burla dél, sino Sancho Panza, no quiso ser para menos, y viéndole tan enojado le dijo: señor caballero, miémbresele á vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua antes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. Eso juro yo bien, dijo el cura, y aun me hubiera quitado un bigote. Yo callaré, señora mia, dijo D. Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digais, si no se os hace de mal, ¿cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza? Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada

oir lástimas y desgracias. No enfadará, señora mia, respondió D. Quijote: á lo que respondió Dorotea: pues asi es, estenme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo; y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir desta manera:

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que á mí me llaman... y detúvose aqui un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: no es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera que aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicon; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Asi es la verdad, respondió la doncella, y desde aqui ade-

lante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia; la cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fue muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla, habia de morir primero que él, y que de alli á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta, que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la fosca vista (porque es cosa averiguada que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al reves como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira), digo que supo que este gigante en sabiendo mi horfandad habia de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo habia de quitar todo sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese, pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiese casar con él; mas á lo que él entendia, jamas pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamas me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante,

pero ni con otro alguno por grande y desaforado que fuese. Dijo tambien mi padre, que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino si queria excusar la muerte y total destruicion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego con algunos de los mios me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este reino, el cual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, D. Azote ó D. Gigote. D. Quijote diria, señora, dijo á esta sazon Sancho Panza, ó por otro nombre el caballero de la Triste Figura. Asi es la verdad, dijo Dorotea: dijo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debajo del hombro izquierdo, ó por alli junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo esto D. Quijote dijo á su escudero: ten aqui, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado. ¿Pues para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea. Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo,

respondió D. Quijote. No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro ó que esté en el espinazo importa poco; basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una misma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor D. Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene no solo en España, pero en toda la Mancha, pues apenas me hube desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mismo que venia á buscar. ¿Pues cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó D. Quijote, si no es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiese tomó el cura la mano y dijo: debe de querer decir la señora princesa, que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fue en Osuna. Eso quise decir, dijo Dorotea. Y esto lleva camino, dijo el cura; y prosiga vuestra magestad adelante. No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor D. Quijote,

que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la fosca vista para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues asi lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor mi buen padre, el cual tambien dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía despues de haber degollado al gigante quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesion de mi reino junto con la de mi persona. ¿Qué te parece, Sancho amigo? dijo á este punto D. Quijote, ¿no oyes lo que pasa? ¿no te lo dije yo? mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar. Eso juro yo, dijo Sancho; para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado: pues monta que es mala la reina, asi se me vuelvan las pulgas de la cama; y diciendo esto dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo contento, y luego fue á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener se hincó de rodillas ante ella suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recibia por

su reina y señora. ¿Quién no habia de reir de los circunstantes viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino cuando el cielo le hiciese tanto bien que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras que renovó la risa en todos. Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia: solo resta por deciros, que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto; y él y yo salimos en dos tablas á tierra como por milagro, y asi es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habeis notado: y si en alguna cosa he andado demasiada ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Esa no me quitarán á mí, ó alta y valerosa señora, dijo Don Quijote, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean: y asi de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con el ayuda de Dios y de mi brazo tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena espada, merced á Gines de Pasa-

monte que me llevó la mia. Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo: y despues de habérsela tajado y puéstoos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere, porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella.... y no digo mas, no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave Fénix. Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz dijo: voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor D. Quijote, cabal juicio: pues cómo ¿es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante: asi noramala alcanzaré yo el condado que espero si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo: cásese, cásese luego, encomiéndole yo á Satanas, y tome ese reino que se le viene á las manos de vobis vobis, y en siendo rey hágame marques ó adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. D. Quijote, que tales blas-

femias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzon, sin hablalle palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra, y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera mas, sin duda le quitara alli la vida. ¿Pensais, le dijo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? pues no lo penseis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea; ¿y no sabeis vos, gañan [8], faquin, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid, socarron de lengua viperina, ¿y quién pensais que ha ganado este reino y cortado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos marques (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada) sino es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. ¡Ó hideputa bellaco, y como sois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondeis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaba tan maltrecho Sancho que no oyese todo cuanto su amo le decia, y levantándose con un poco

de presteza se fue á poner detras del palafren de Dorotea, y desde alli dijo á su amo: dígame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo, y no siéndolo ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo, cásese vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aqui como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea, que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va á decirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea. ¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? dijo D. Quijote, ¿pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero asi á bulto me parece bien. Ahora te disculpo, dijo D. Quijote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. Ya yo lo veo, respondió Sancho, y asi en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua. Con todo eso, dijo D. Quijote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el

cantarillo á la fuente..... y no te digo mas. Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo. No haya mas, dijo Dorotea; corred Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aqui adelante andad mas atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digais mal de aquesa señora Toboso, á quien yo no conozco sino es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivais como un príncipe. Fue Sancho cabizbajo y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente, y despues que se la hubo besado le echó la bendicion, y dijo á Sancho que se adelantasen un poco, que tenia que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia. Hízolo asi Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díjole D. Quijote: despues que veniste no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste, y de la respuesta que trujiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aqui ade-

lante tan vengativo. ¿Por qué lo dices, Sancho? dijo D. Quijote. Dígolo, respondió, porque estos palos de agora mas fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo D. Quijote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse, á pecado nuevo penitencia nueva.

Mientras esto pasaba vieron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció que era gitano; pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre cuando conoció que era Gines de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venia: el cual por no ser conocido y por vender el asno se habia puesto en trage de gitano, cuya lengua y otras muchas sabia muy bien hablar como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho y conocióle, y apenas le hubo visto y conocido cuando á grandes voces le dijo: ha ladron Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye puto, auséntate ladron,

y desampara lo que no es tuyo. No fueron menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Gines, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole le dijo: ¿cómo has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona: el asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente D. Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas dijo el cura á Dorotea que habia andado muy discreta asi en el cuento como en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabia ella donde eran las provincias ni puertos de mar, y que asi habia dicho á tiento que se habia desembarcado en Osuna. Yo lo entendí asi, dijo el cura, y por eso acudí luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo. ¿Pero no es cosa extraña ver con cuanta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros? Sí es, dijo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no

sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dijo el cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversacion prosiguió D. Quijote con la suya, y dijo á Sancho: echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, ¿dónde, cómo, y cuándo hallaste á Dulcinea? ¿qué hacia? ¿qué le dijiste? ¿qué te respondió? ¿qué rostro hizo cuando leia mi carta? ¿quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitármele. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Asi es como tú dices, dijo D. Quijote, porque el librillo de memoria donde yo la escribí le hallé en mi poder á cabo de dos dias de tu partida, lo cual me causó grandísima pena por no saber lo que hábias tú de hacer cuando

te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras menos. Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije á un sacristan que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los dias de su vida, aunque habia leido muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leido tan linda carta como aquella. ¿Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo D. Quijote. No señor, respondió Sancho, porque despues que la di, como vi que no habia de ser de mas provecho, di en olvidalla: y si algo se me acuerda es aquello del *Sobajada*, digo del *Soberana señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte, el caballero de la Triste Figura*: y en medio destas dos cosas le puse mas de trecientas almas y vidas y ojos mios.

CAPITULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero con otros sucesos.

Todo eso no me descontenta, prosigue adelante, dijo D. Quijote. Llegaste, ¿y qué hacia aquella reina de la hermosura? Á buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó

bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero. No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dijo D. Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos: y si miraste, amigo, ¿el trigo era candeal ó trechel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dijo D. Quijote, que ahechado por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna; pero pasa adelante: cuando le diste mi carta ¿besóla? ¿púsosela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ¿ó qué hizo? Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y díjome: poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aqui está. Discreta señora, dijo D. Quijote, eso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella: adelante, Sancho; y en tanto que estaba en su menester ¿qué coloquios pasó contigo? ¿qué te preguntó de mí? ¿y tú qué le respondiste? acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima. Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo le dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera

salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, ni sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldecia mi fortuna dijiste mal, dijo D. Quijote, porque antes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe que me lleva á mí mas de un coto. Pues cómo, Sancho, dijo D. Quijote, ¿haste medido tú con ella? Medíme en esta manera, respondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicó D. Quijote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho ó tufo como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero? Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser que ella con el mucho ejercicio estaba sudada y algo correosa. No seria eso, respondió D. Quijote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo, porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio

del campo, aquel ambar desleido. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor que entonces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece á otro. Y bien, prosiguió D. Quijote, he aqui que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino, ¿qué hizo cuando leyó la carta? La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir, antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo; y finalmente me dijo que dijese á vuestra merced que le besaba las manos, y que alli quedaba con mas deseo de verle que de escribirle; y que asi le suplicaba y mandaba, que vista la presente saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced: rióse mucho cuando le dije como se llamaba vuestra merced *el caballero de la Triste Figura*: preguntéle si habia ido allá el Vizcaìno de marras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien: tambien le pregunté

por los galeotes; mas díjome que no habia visto hasta entonces alguno. Todo va bien hasta agora, dijo D. Quijote; pero dime ¿qué joya fue la que te dió al despedirte por las nuevas que de mí le llevaste? porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias en agradecimiento de su recado. Bien puede eso ser asi, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora solo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fue lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral cuando della me despedí; y aun por mas señas era el queso ovejuno. Es liberal en extremo, dijo D. Quijote, y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendria alli á la mano para dártela; pero buenas son mangas despues de pascua, yo la veré y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? de que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aqui al Toboso, habiendo de aqui allá mas de treinta leguas; por lo cual me doy á entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, sopena que yo no seria buen ca-

ballero andante, digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sabio destos que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció; y si no fuese por esto no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago, ó con algun fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya á punto de muerte, y cuando no os me cato asoma por acullá encima de una nube ó sobre un carro de fuego otro caballero amigo suyo que poco antes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas, y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros: asi que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho algun sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses. Asi seria, dijo Sancho, porque á buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oidos. Y cómo si llevaba

azogue, dijo D. Quijote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja; pero dejando esto aparte, ¿qué te parece á tí que debo yo de hacer ahora cerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra antes que mi gusto: por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora, por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que mis sentidos alumbra; á la cual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo. Ay! dijo Sancho, ¡y como está vuestra merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor, ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar [10] y perder un tan rico y tan prin-

cipal casamiento como este, donde le dan en dote un reino, que á buena verdad que he oido decir que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura, y si no ahi está nuestro licenciado que lo hará de perlas: y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale pájaro en mano que buitre volando, porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja no se venga. Mira Sancho, respondió D. Quijote, si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy facilmente, porque yo sacaré de adahala antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino para que la pueda dar á quien yo quisiere; y en dándomela, ¿á quién quieres tú que la dé sino á tí? Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja hácia la marina, porque si no me contentare la vivienda pueda embarcar mis ne-

gros vasallos, y hacer dellos lo que ya he dicho: y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho. Dígote, Sancho, dijo D. Quijote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en cuanto el ir antes con la princesa que á ver á Dulcinea: y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aqui hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mí los descubra. Pues si eso es asi, dijo Sancho, ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado? y siendo forzoso que los que fuesen se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? ¡Ó qué necio y qué simple que eres! dijo D. Quijote; ¿tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extien-

dan mas sus pensamientos que á servilla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros. Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena, aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese. Válate el diablo por villano, dijo D. Quijote, ¡y qué de discreciones dices á las veces! no parece sino que has estudiado. Pues á fe mia que no sé leer, respondió Sancho. En esto les dió voces maese Nicolas, que esperasen un poco, que querian detenerse á beber en una fuentecilla [11] que alli estaba. Detúvose D. Quijote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras, porque puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia cuando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta satisficieron aunque poco la mucha hambre que todos traian. Estando en esto acertó á pasar por alli un muchacho que iba de camino, el cual poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en

la fuente estaban, de alli á poco arremetió á D. Quijote, y abrazándole por las piernas comenzó á llorar muy de propósito diciendo: ¡ay señor mio! ¿no me conoce vuestra merced? pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andres que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle Don Quijote, y asiéndole por la mano se volvió á los que alli estaban, y dijo: porque vean vuestras mercedes cuan de importancia es haber caballeros andantes en el mundo que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los dias pasados pasando yo por un bosque oí unos gritos y unas voces muy lastimosas como de persona afligida y menesterosa: acudí luego llevado de mi obligacion hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo, y asi como yo le vi le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia nacian mas de ladron que de

simple; á lo cual este niño dijo: señor, no me azota sino porque le pido mi salario: el amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales aunque de mí fueron oidas no fueron admitídas: en resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andres? ¿no notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes ni dudes en nada, di lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al reves de lo que vuestra merced se imagina. ¿Cómo al reves? replicó D. Quijote, ¿luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero asi como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la mesma encina, y me dió de nuevo tantos azotes que quedé hecho un San Bartolomé desollado; y á cada azote que me daba me decia un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor me riera de lo que decia. En efecto él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que

el mal villano entonces me hizo: de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debia; mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo descargó sobre mí el nublado de modo que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo, dijo D. Quijote, en irme yo de alli, que no me habia de ir hasta dejarte pagado; porque bien debia yo de saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré que si no te pagaba que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar aunque se escondiese en el vientre de la ballena. Asi es la verdad, dijo Andres; pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha, dijo D. Quijote; y diciendo esto se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer queria. Él le respondió que queria ir á buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado

á Andres hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. Á lo que ella respondió que advirtiese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya; y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino. Asi es verdad, respondió D. Quijote, y es forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decis, que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado. No me creo desos juramentos, dijo Andres, mas quisiera tener agora con que llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: deme, si tiene ahí algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo le dijo: toma, hermano Andres, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. ¿Pues qué parte os alcanza á vos? preguntó Andres. Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se

dicen. Andres asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa abajó su cabeza, y tomó el camino en las manos como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo á D. Quijote: por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Íbase á levantar D. Quijote para castigalle; mas él se puso á correr de modo que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo D. Quijote del cuento de Andres, y fue menester que los demas tuviesen mucha cuenta con no reirse por no acaballe de correr del todo.

CAPITULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de D. Quijote.

Acabóse la buena comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vie-



J. Rivelles inv. y dib. T. Lopez Enguidanos lo gr.

ron venir á D. Quijote y á Sancho, le salieron á recibir con muestras de mucha alegría; y él las recibió con grave continente y aplauso, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda, que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daria de príncipes. D. Quijote dijo que sí haria, y asi le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchon [12] de marras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de juicio. No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero, y asiéndole de la barba dijo: para mi santiguada, que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza, digo el peine que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á D. Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes se habia venido á aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero de la princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la co-

la á la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de D. Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped con esperanza de mejor paga con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormia D. Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entonces el dormir que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su muger, su hija, Maritornes y todos los pasageros, de la extraña locura de D. Quijote y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba alli Sancho: como no le viese contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron: y como el cura dijese que los libros de caballerías que D. Quijote habia leido le habian vuelto el juicio, dijo el ventero: no sé yo cómo puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sino á otros muchos, porque cuando es tiempo de la siega se recogen aqui las fiestas muchos segadores, y

siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas: á lo menos de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias. Y yo ni mas ni menos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado que no os acordais de reñir por entonces. Así es la verdad, dijo Maritornes; y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas, y mas cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles. Y á vos ¿qué os parece, señora doncella? dijo el cura hablando con la hija del ventero. No sé, señor, en mi ánima, respondió ella, tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oillo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando estan ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. ¿Lue-

go bien las remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran? No sé lo que me hiciera, respondió la moza, solo sé que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias: y ¡ Jesus! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado le dejan que se muera ó que se vuelva loco: yo no sé para qué es tanto melindre; si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla, niña, dijo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude dejar de respondelle. Ahora bien, dijo el cura, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver. Que me place, respondió él; y entrando en su aposento sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abrió vió que era D. Cirongilio de Tracia, y el otro de Félix Marte de Ircania, y el otro la historia del gran capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba con la vida de Diego García de Paredes. Asi como el cura leyó los dos títulos primeros volvió el rostro al barbero y dijo: falta nos hacen aqui ahora el ama de mi amigo y

su sobrina. No hacen, respondió el barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. ¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dijo el ventero. No mas, dijo el cura, que estos dos, el de D. Cirongilio y el de Félix Marte. ¿Pues por ventura, dijo el ventero, mis libros son hereges ó flemáticos, que los quiere quemar? Cismáticos, quereis decir, amigo, dijo el barbero, que no flemáticos. Asi es, replicó el ventero; mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitan y dese Diego García, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros. Hermano mio, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos, y estan llenos de disparates y devaneos; y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitan, renombre famoso y claro, y dél solo merecido: y este Diego García de Paredes fue un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si co-

mo él las cuenta y las escribe él asimismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes. Tomaos con mi padre, dijo el dicho ventero, mirad de qué se espanta, de detener una rueda de molino: por Dios, ahora habia vuestra merced de leer lo que leí yo de Félix Marte de Ircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura como si fueran hechos de habas como los frailecicos que hacen los niños; y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues qué me dirán del bueno de D. Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente y animoso como se verá en el libro donde cuenta que navegando por un rio le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él asi como la vió se arrojó sobre ella, y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era

maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas que no hay mas que oir. Calle, señor, que si oyese esto se volveria loco de placer: dos higas para el Gran Capitan y para ese Diego García que dice. Oyendo esto Dorotea dijo callando á Cardenio: poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de Don Quijote. Asi me parece á mí, respondió Cardenio, porque segun da indicio él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni mas ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos. Mirad, hermanos, tornó á decir el cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Irçania, ni D. Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decis de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores: porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él. Á otro perro con ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese cuántas son cinco, y adonde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco: bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea

disparates y mentiras estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamentos, que quitan el juicio. Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y asi como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, asi se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros: y si me fuera lícito ahora [13], y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeeis del pie que cojea vuestro huésped D. Quijote. Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiem-

po cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros. Á la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viage de su amo, y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su muger y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero; mas el cura le dijo: esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra estan escritos. Sacólos el huesped, y dándoselos á leer vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian un título grande que decia: *Novela del curioso impertinente.* Leyó el cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. Á lo que respondió el ventero: pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que á algunos huéspedes que aqui la han leido les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar pensando volvérsela á quien aqui dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aqui algun tiempo, y

aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver, que aunque ventero todavía soy cristiano. Vos teneis mucha razon, amigo, dijo el cura; mas con todo eso si la novela me contenta me la habeis de dejar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Mientras los dos esto decian habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. Sí leyera, dijo el cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado que me conceda dormir cuando fuera razon. Pues desa manera, dijo el cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguna de gusto. Acudió maese Nicolas á rogarle lo mismo, y Sancho tambien: lo cual visto del cura, y entendiendo que á todos daria gusto y él le recebiria dijo: pues asi es, estenme todos atentos, que la novela comienza desta manera.

CAPITULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del Curioso impertinente.

En Florencia, ciudad rica y famosa de Ita-

lia en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos que por excelencia y antonomasia de todos los que los conocian *los dos amigos* eran llamados; eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa á que los dos con recíproca amistad se correspondiesen: bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero cuando se ofrecia dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades que no habia concertado relox que asi lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacia, de pedilla por esposa á sus padres, y asi lo puso en egecucion, y el que llevó la embajada fue Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario por cuyo medio tanto bien le habia venido.

Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fue posible; pero acabadas las bodas, y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros; porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos cuanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo hubiera hecho, y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras él fue soltero habian alcanzado tan dulce nombre como el ser llamados *los dos amigos*, que no permitiese por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que asi le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser

señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de antes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto ni otra voluntad que la que él queria que tuviese, y que por haber sabido ella con cuantas veras los dos se amaban estaba confusa de ver en él tanta esquiveza. Á todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario para persuadille volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana y las fiestas fuese Lotario á comer con él; y aunque esto quedó asi concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viese que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito le [14] estaba en mas que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado á quien el cielo habia concedido muger hermosa, tanto cuidado habia de tener qué amigos llevaba á su casa como en mirar con qué amigas su muger conversaba, porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mugeres), se concierta y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien mas satisfaccion se tiene. Tambien decia Lotario que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo que

le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido á la muger tiene, ó no le advierte ó no le dice por no enojalla que haga ó deje de hacer algunas cosas, que el hacellas ó no le seria de honra ó de vituperio; de lo cual siendo del amigo advertido facilmente pondria remedio en todo. ¿Pero dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aqui Lotario le pide? No lo sé yo por cierto, solo Lotario era este, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar y acortar los dias del concierto del ir á su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una muger tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavía no queria poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas que él daba á entender ser inexcusables: asi que en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del dia. Sucedió pues que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las semejantes razones:

¿Pensabas, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, asi los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recebido y sobre al que me hizo en darme á tí por amigo y á Camila por muger propia, dos prendas que las estimo si no en el grado que debo, en el que puedo? Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo; porque no sé de qué dias á esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos, y asi me ha sido posible salir con este secreto como si de industria procurara decillo á todo el mundo; y pues que en efecto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenian á Lotario las razones de Anselmo,

y no sabia en qué habia de parar tan larga prevencion ó preámbulo: y aunque iba revolviendo en su imaginacion qué deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy lejos del blanco de la verdad; y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension le dijo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podria prometer dél ó ya consejos para entretenellos, ó ya remedio para cumplillos. Asi es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila mi esposa es tan buena y tan perfeta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad sino es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí, ó amigo, que no es una muger mas buena de cuanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas y á las continuas importunidades de los solícitos amantes: porque ¿qué hay que agradecer, decia él, que una muger sea buena si nadie le dice que sea mala? ¿qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la primera des-

envoltura la ha de quitar la vida? Ansi que la que es buena por temor ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida que salió con la corona del vencimiento; de modo que por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos: y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura; podré yo decir que está colmo el vacío de mis deseos; diré que me cupo en suerte la muger fuerte, de quien el sabio dice que quién la hallará. Y cuando esto suceda al reves de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia: y prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo ha de ser de algun provecho para dejar de ponerle por la obra, quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una muger honesta, honrada, recogida y desinteresada; y muéveme entre otras

cosas á fiar de tí esta tan ardua empresa, el ver que si de tí es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á solo tener [15] por hecho lo que se ha de hacer por buen respeto, y asi no quedaré yo ofendido mas de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocare ha de ser eterno como el de la muerte; asi que si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fueron las razones que Anselmo dijo á Lotario, á todas las cuales estuvo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y viendo que no decia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio como si mirara otra cosa que jamas hubiera visto que le causara admiracion y espanto, le dijo: no me puedo persuadir, ó amigo Anselmo, á que no sean burlas las cosas que me has dicho, que á pensar que de veras las decias no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga: sin duda imagino ó que no me conoces, ó que yo no te conozco; pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso

que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser: porque las cosas que me has dicho ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces, porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos como dijo un poeta *usque ad aras*, que quiso decir, que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? y cuando el amigo tirase tanto la barra que pusiese aparte los respetos del cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo, ¿cuál destas dos cosas tienes en peligro para que yo me aventure á complacerte y á hacer una cosa tan detestable como me pides? ninguna por cierto; antes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente; porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto, y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea de tanto mal tuyo, yo [16] vengo á quedar deshonrado, y por

el mismo consiguiente sin vida. Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche. Que me place, dijo Anselmo, di lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo: paréceme, ó Anselmo, que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los cuales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la santa escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, intelegibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: *si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales:* y cuando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos, y ponérselo delante de los ojos, y aun con todo esto no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de nuestra sacra religion: y este mismo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en tí ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo malgastado [17] el que

ocupare en darte á entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dejarte en tu desatino en pena de tu mal deseo; mas no me deja usar deste rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte: y porque claro lo veas, dime, Anselmo, ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada? ¿persuadir á una honesta? ¿ofrecer á una desinteresada? ¿servir á una prudente? sí que me lo has dicho: pues si tú sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿qué buscas? y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, ¿qué mejores títulos piensas darle despues que los que ahora tiene? ¿ó qué será mas despues de lo que es ahora? Ó es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides: si no la tienes por la que dices, ¿para qué quieres probarla, sino como á mala hacer della lo que mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la misma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Asi que es razon concluyente que el intentar las cosas, de las cuales antes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas cuando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y

que de muy lejos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que se acometen por Dios son las que acometieron los santos acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes por adquirir estos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en el contrario muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso, ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nacion y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres, porque puesto que salgas con ella como deseas, no has de quedar ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora; y si no

sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginar se pueda, porque no te ha de aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido; porque bastará para afligirte y deshacerte que la sepas tú mismo. Y para confirmacion desta verdad te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo en el fin de su primera parte de las lágrimas de S. Pedro, que dice asi:

Crece el dolor, y crece la vergüenza
En Pedro cuando el dia se ha mostrado,
Y aunque alli no ve á nadie, se avergüenza
De sí mismo por ver que habia pecado:
Que á un magnánimo pecho á haber vergüenza
No solo ha de moverle el ser mirado,
Que de sí se avergüenza cuando yerra,
Si bien otro no ve que cielo y tierra.

Asi que no excusarás con el secreto tu dolor, antes tendrás que llorar contino, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple doctor que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reinaldos, que puesto que aquello sea ficcion poética, tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos y entendidos é imitados: cuanto mas, que con lo que ahora pienso decirte acabarás de venir en conocimiento del grande error

que quieres cometer. Dime Anselmo, si el cielo ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo posesor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios le viesen, que todos á una voz y de comun parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á cuanto se podia extender la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyeses asi sin saber otra cosa en contrario, ¿seria justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y alli á pura fuerza de golpes y brazos probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y mas si lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiria mas valor ni mas fama; y si se rompiese, cosa que podria ser, ¿no se perdia todo? Sí por cierto, dejando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante asi en tu estimacion como en la agena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á mas valor del que ahora tiene; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora cual quedaria sin ella, y con cuánta razon te podrias quejar de tí mismo por haber sido causa de su perdicion y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga

como la muger casta y honrada, y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene; y pues la de tu esposa es tal que llega al extremo de bondad que sabes, ¿para qué quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la muger es animal imperfecto, y que no se le han de poner embárazos donde tropieze y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarle los cazadores usan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir las atajan con lodo, y despues ojeándole le encaminan hácia aquel lugar, y asi como el arminio llega al lodo se está quedo, y se deja prender y cautivar á trueco de no pasar por el cieno y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta muger es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta

virtud y fuerza natural que pueda por sí misma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimismo la buena muger como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y escurecerse con cualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta muger el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la muger buena como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee; basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragrancia y hermosura. Finalmente quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase; y entre otras razones le dijo estas:

Es de vidrio la muger;
pero no se ha de probar
si se puede ó no quebrar,
porque todo podria ser.
Y es mas fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
á peligro de romperse

lo que no puede soldarse.
Y en esta opinion esten
todos, y en razon la fundo,
que si hay Dánaes en el mundo,
hay pluvias de oro tambien.

Cuanto hasta aqui te he dicho, ó Anselmo, ha sido por lo que á tí te toca, y ahora es bien que se oiga algo de lo que á mí me conviene; y si fuere largo, perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á tí. Que me la quieres quitar á mí está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á tí no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo, y teniéndose por deshonrada te toca á tí como á cosa suya su misma deshonra; y de aqui nace lo que comunmente se platica, que el marido de la muger adúltera, puesto que él no lo sepa ni haya dado ocasion para que su muger no

sea la que debe, ni haya sido en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo, y en cierta manera le miran los que la maldad de su muger saben con ojos de menosprecio en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que no por su culpa sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa por qué con justa razon es deshonrado el marido de la muger mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea; y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Cuando Dios crió á nuestro primero padre en el paraiso terrenal, dice la divina escritura que infundió Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó á nuestra madre Eva, y asi como Adan despertó y la miró dijo: esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Y Dios dijo: por esta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma; y entonces fue instituido el divino sacramento del matrimonio con tales lazos que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne; y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos al-

mas no tienen mas de una voluntad; y de aqui viene que como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procuran [18], redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño: porque asi como el dolor del pie ó de cualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daño del tobillo sin que ella se le haya causado, asi el marido es participante de la deshonra de la muger por ser una misma cosa con ella; y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la muger mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa. Mira pues, ó Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive: mira por cuan vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora estan sosegados en el pecho de tu casta esposa: advierte que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta á moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo aunque por ello pierda

tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dijo: con la atencion que has visto he escuchado, Lotario amigo, cuanto has querido decirme, y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas; y asimismo veo y confieso que si no sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mugeres que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, cuanto mas para comerse: asi que es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad, solo con que comienzes aunque tibia y fingidamente á solicitar á Camila, la cual no ha de ser tan tierna que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra; y con solo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra; y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo como estoy, determinado de poner en plática

esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda; y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco ó nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al ser primero; y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer aunque mas inconvenientes se te pongan delante, pues, como ya he dicho, con solo que comienzes daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué mas ejemplos traerle, ni qué mas razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que daria á otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con propósito é intencion de guiar aquel negocio de modo que sin alterar los pensamientos de Camila quedase Anselmo satisfecho; y asi le respondió que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la cual comenzaria cuando á él le diese mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento como si alguna grande merced le hubiera hecho; y quedaron

de acuerdo entre los dos que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le daria lugar y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila, y asimismo le daria dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que cuando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos él mismo los haria. Á todo se ofreció Lotario bien con diferente intencion que Anselmo pensaba; y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir mas de lo acostumbrado. Fuese Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario fue pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila; y otro dia vino á comer con su amigo, y fue bien recibido de Camila, la cual le recibia y regalaba con mucha voluntad por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dijo á Lotario que se quedase alli con Camila en tanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y media volveria. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo, antes importunó á Lotario que se

quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dijo tambien á Camila que no dejase solo á Lotario en tanto que él volviese. En efecto él supo tan bien fingir la necesidad ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuese Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demas gente de casa toda se habia ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un escuadron de caballeros armados. Mirad si era razon que le temiera Lotario; pero lo que hizo fue poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dijo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió que mejor reposaria en el estrado que en la silla, y asi le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y alli se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el cual como halló á Camila en su aposento y á Lotario durmiendo, creyó que como se habia tardado tanto ya habrian tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y asi le preguntó lo

que deseaba, y le respondió Lotario que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y asi no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa cuando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se trasforma en ángel de luz siéndolo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quién es, y sale con su intencion si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dijo que cada dia daria el mismo lugar aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues que se pasaron muchos dias que sin decir Lotario palabra á Camila respondia á Anselmo que la hablaba, y jamas podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; antes decia que le amenazaba que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo. Bien está, dijo Anselmo, hasta aqui ha resistido Camila á las palabras,

es menester ver cómo resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcais y aun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con que cebarla, que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas; y si ella resiste á esta tentacion yo quedaré satisfecho y no os daré mas pesadumbre. Lotario respondió que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabia qué decirse para mentir de nuevo; pero en efecto determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas como á las palabras, y que no habia para qué cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que habiendo dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en mas de media hora Lotario no habló palabra á Camila ni se la hablara si alli estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila todo era ficcion y mentira; y para ver si esto

era ansi salió del aposento, y llamando á Lotario aparte le preguntó qué nuevas habia y de qué temple estaba Camila. Lotario respondió que no pensaba mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan áspera y desabridamente que no tendria ánimo para volver á decirle cosa alguna. ¡Ah, dijo Anselmo, Lotario, Lotario, y cuán mal correspondes á lo que me debes y á lo mucho que de tí confio! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender que aun las primeras le tienes por decir; y si esto es asi, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas, ó por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi deseo? No dijo mas Anselmo; pero bastó lo que habia dicho para dejar corrido y confuso á Lotario, el cual casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, cual lo veria si con curiosidad lo espiaba: cuanto mas que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para dalle comodidad mas segura y menos sobresaltada determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un

amigo suyo que estaba en una aldea no lejos de la ciudad; con el cual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas veras para tener ocasion con Camila de su partida. Desdichado y mal advertido de tí, Anselmo, ¿qué es lo que haces? ¿qué es lo que trazas? ¿qué es lo que ordenas? Mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quieta y sosegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo: pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que toda venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta diciendo:

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prision libertad,
en lo cerrado salida,
y en el traidor lealtad.

Pero mi suerte, de quien
jamas espero algun bien,
con el cielo ha estatuido,
que pues lo imposible pido,
lo posible aun no me den.

Fuese otro dia Anselmo á la aldea dejando dicho á Camila que el tiempo que él estuviese ausente vendria Lotario á mirar por su casa y á comer con ella, que tuviese cuidado de tratalle como á su misma persona. Afligióse Camila como muger discreta y honrada de la órden que su marido le dejaba, y díjole que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que ansi lo haria aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fue recibido de Camila con amoroso y honesto acogimiento; la cual jamas se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria por haberse criado desde niñas las dos juntas

en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo la trujo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera cuando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer con mucha priesa, porque asi se lo tenia mandado Camila; y aun tenia órden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamas se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora, antes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado; mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta que ponia freno á la lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurria y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estatua de mármol, no [19] un corazon de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba cuan digna era de ser amada, y esta consideracion comenzó poco á poco á dar asalto á los respetos que á Anselmo tenia, y mil veces quiso

ausentarse de la ciudad, y irse donde jamas Anselmo le viese á él ni él viese á Camila; mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla. Hacíase fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila: culpábase á solas de su desatino, llamábase mal amigo y aun mal cristiano: hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que mas habia sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si asi tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor, antes tuvo en mas á Camila; la cual habiendo visto en Lotario lo que jamas

pensara no sabia qué hacerse; y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasion ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones.

CAPITULO XXXIV.

Donde se prosigue la novela del Curioso impertinente.

Asi como suele decirse que parece mal el ejército sin su general y el castillo sin su castellano, digo yo que parece muy peor la muger casada y moza sin su marido cuando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis me habré de ir á entretener en casa de mis padres, aunque deje sin guarda la vuestra, porque la que me dejastes, si es que quedó con tal título, creo que mira mas por su gusto que por lo que á vos os toca; y pues sois discreto, no tengo mas que deciros, ni aun es bien que mas os diga.

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba; y alegre sobremanera de tales nuevas respondió á Camila de pala-

bra que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa ni menos irse á la de sus padres, porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin se resolvió en lo que le estuvo peor, que fue en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario por no dar que decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia; pero fiada en su bondad se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta á su marido por no ponerle en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando manera cómo disculpar á Lotario con Anselmo cuando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el cual cargó la mano de manera que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos para que no

diesen muestras de alguna amorosa compasion que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente á él le pareció que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo apretar el cerco á aquella fortaleza, y asi acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que mas presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas que la misma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dió al través con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que menos se pensaba y mas deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió; ¿pero qué mucho si la amistad de Lotario no quedó en pie? Ejemplo claro que nos muestra que solo se vence la pasion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pre-

tension de Anselmo ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en menos su amor, y pensase que asi acaso y sin pensar y no de propósito la habia solicitado. Volvió de alli á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en menos tenia y mas estimaba. Fuese luego á ver á Lotario, y hallóle en su casa; abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte. Las nuevas que te podré dar, ó amigo Anselmo, dijo Lotario, son de que tienes una muger que dignamente puede ser ejemplo y corona de todas las mugeres buenas: las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, asi como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada muger. Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aqui los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas; y pues á pie enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mugeres

suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navio que el cielo te dió en suerte para que en él pasases la mar deste mundo, sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y déjate estar hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y asi se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo; pero con todo eso le rogó que no dejase la empresa aunque no fuese mas de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de alli adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entonces; y que solo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza debajo del nombre de Clori, porque él le daria á entender á Camila que andaba enamorado de una dama á quien le habia puesto aquel nombre por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia; y que cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. No será menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas que algunos ratos del año no me visiten: dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré si no

tan buenos como el sugeto merece, serán por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo, y vuelto Anselmo á su casa preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fue que le dijese la ocasion por qué le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desenvueltamente que cuando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada y creia que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huia de vella y de estar con ella á solas. Díjole Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debajo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuviera no habia que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos; y á no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos; mas por estar ya advertida pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia estando los tres sobre mesa rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori, que pues Ca-

mila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque cuando algun amante loa á su dama de hermosa y la nota de cruel, ningun oprobrio hace á su buen crédito; pero sea lo que fuere, lo que sé decir que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice ansí:

SONETO.

En [20] el silencio de la noche cuando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo y á mi Clori dando.
Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando.
Y cuando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envia,
El llanto crece y doblo los gemidos.
Vuelve la noche y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfia
Al cielo sordo, á Clori sin oidos.

Bien le pareció el soneto á Camila; pero mejor á Anselmo pues le alabó, y dijo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia. Á lo que dijo Camila: ¿luego todo aquello que los poetas enamorados dicen es verdad? En cuanto poe-

tas no la dicen, respondió Lotario, mas en cuanto enamorados siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda deso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo como ya enamorada de Lotario; y asi con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto ó otros versos sabia los dijese. Si sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir menos malo, y podreislo bien juzgar pues es este:

SONETO.

Yo sé que muero; y si no soy creido,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto
Verme á tus pies, ó bella ingrata, muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podré yo verme en la region de olvido,
De vida y gloria y de favor desierto,
Y alli verse podrá en mi pecho abierto
Como tu rostro hermoso está esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance que me amenaza mi porfia,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
¡Ay de aquel que navega, el cielo escuro,
Por mar no usado y peligrosa via,
Adonde norte ó puerto no se ofrece!

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo como habia hecho el primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues cuando mas Lotario le deshonraba entonces le decia que estaba mas honrado; y con esto todos los escalones que Camila bajaba hácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto que hallándose una vez entre otras sola Camila con su doncella le dijo: corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cuan poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dé pena eso, señora mia, respondió Leonela, que no está la monta ni es causa para menguar la estimacion darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno y ello por sí digno de estimarse; y aun suele decirse que el que luego da da dos veces. Tambien se suele decir, dijo Camila, que lo que cuesta poco se estima en menos. No corre por tí esa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela y otras anda; con este corre, y con aquel va despacio, á unos entibia y á

otros abrasa, á unos hiere y á otros mata: en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba y concluye: por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida porque no hay fuerza que le resista; y siendo asi ¿de qué te espantas ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta la obra, porque el amor no tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que desea que es la ocasion: de la ocasion se sirve en todos sus hechos principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien mas de experiencia que de oidas, y algun dia te lo diré, señora, que yo tambien soy de carne y de sangre moza: cuanto mas, señora Camila, que no te entregaste ni diste tan luego que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansi, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vi-

ve con contento y satisfaccion de que ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima; y que no solo tiene las cuatro *SS* que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A. B. C. entero: sino escúchame, y verás como te le digo de coro. Él es, segun yo veo y á mí me parece, *agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, onesto, principal, quantioso, rico, y* las *SS* que dicen, y luego *tácito, verdadero*: la *X* no le cuadra, porque es letra áspera: la *Y* ya está dicha: la *Z zelador* de tu honra. Rióse Camila del A. B. C. de su doncella, y túvola por mas plática en las cosas de amor que ella decia; y asi lo confesó ella descubriendo á Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma ciudad, de lo cual se turbó Camila temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla si pasaban sus pláticas á mas que serlo. Ella con poca vergüenza y mucha desenvoltura le respondió que sí pasaban: porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales cuando ven á las amas echar traspies no se les da nada á ellas de cojear ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila sino rogar á Leonela no dijese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secre-

to porque no viniesen á noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que asi lo haria; mas cumpliólo de manera que hizo cierto el temor de Camila de que por ella habia de perder su crédito: porque la deshonesta y atrevida Leonela despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que aunque su señora le viese no habia de osar descubrille: que este daño acarrean entre otros los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas como aconteció con Camila, que aunque vió una y muchas veces que su Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido; pero no los pudo quitar que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba: el cual sin conocer quien era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma; mas cuando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos si Camila no lo remediara. Pensó Lotario que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo no habia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el

mundo: solo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él lo era para otro: que estas añadiduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo á quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á cualquiera sospecha que desto le venga; y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer alguno que bueno fuese ni aun razonable, sin mas ni mas antes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fue á Anselmo y le dijo: sábete, Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mismo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible ni justo que mas te encubra: sábete que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della; y si he tardado en descubrirte esta verdad ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado: creí ansimismo que ella, si fuera la que debia y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi

solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que cuando otra vez hagas ausencia de tu casa me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que alli le solia hablar Camila): y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun cometido el pecado sino con pensamiento, y podria ser que deste hasta el tiempo de ponerle por obra se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento: y así ya que en todo ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te daré para que sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres dias como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que alli hay y otras cosas con que te puedas encubrir te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos y yo por los mios lo que Camila quiere; y si fuere la maldad, que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discrecion podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oir, porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de

Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo: tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad; en todo he de seguir tu consejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario, y en apartándose dél se arrepintió totalmente de cuanto le habia dicho, viendo cuan neciamente habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maldecia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabia qué medio tomarse para deshacer lo hecho ó para dalle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo á Camila; y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella asi como vió que le podia hablar le dijo: sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia tan á costa de mi crédito, cuanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa; y lo que me fatiga es que no la puedo castigar ni reñir, que el ser ella secretario de nuestros tratos

me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aqui ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia creyó Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que habia visto salir era de Leonela y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyéndola acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero con todo esto respondió á Camila que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela: díjole asimismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos habia dicho á Anselmo, y como estaba concertado de esconderse en la recámara para ver desde alli á la clara la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto como su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento y la simple y mala determinacion que habia tenido; pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien y para el mal mas que el varon, puesto que le va faltando cuando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dijo á Lotario que procurase que otro dia se es-

condiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde alli en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno; y sin declararle del todo su pensamiento le advirtió que tuviese cuidado, que en estando Anselmo escondido él viniese cuando Leonela le llamase, y que á cuanto ella le dijese le respondiese como respondiera aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intencion, porque con mas seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario. Digo, dijo Camila, que no hay mas que guardar, si no fuere respondermе como yo os preguntare, no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiese ó buscase otros que no podian ser tan buenos. Con esto se fue Lotario, y Anselmo otro dia con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo se partió y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por sus ojos hacer notomía de las entrañas de su honra, íbase á pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo es-

taba escondido entraron en la recámara, y apenas hubo puesto los pies en ella Camila cuando dando un grande suspiro dijo: ¡ay Leonela amiga! ¿no seria mejor que antes que llegase á poner en ejecucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la pena de la agena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á esa ventana y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle esperando poner en efecto su mala intencion; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mia. ¡Ay señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela, ¿y qué es lo que quieres hacer con esta daga? ¿quieres por ventura quitarte la vida ó quitársela á Lotario? que cualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar que este mal hombre entre ahora en esta casa y nos halle solas; mira, señora, que somos flacas mugeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal propósito ciego y apasionado, qui-

zá antes que tú pongas en ejecucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida. Mal haya mi señor Anselmo que tanta mano ha querido dar á este desuellacaras en su casa; y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿qué hemos de hacer dél despues de muerto? ¿Qué, amiga? respondió Camila: dejarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia se le mudaban los pensamientos; mas cuando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario quiso salir y descubrirse porque tal cosa no se hiciese; pero detúvole el deseo de ver en qué paraba tanta gallardía y honesta resolucion, con propósito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que alli estaba comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á decir: ¡ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aqui entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el ejemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escu-

chara que no la tuviera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí dijo: ¿por qué no vas, Leonela, á llamar al mas desleal amigo de amigo que vió el sol ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya voy á llamarle, señora mia, dijo Leonela; mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa en tanto que falto que dejes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Ve segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien [21] tuvo la culpa de su desgracia; yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entretanto que volvia quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: válame Dios, ¿no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas ve-

ces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de que Camila no solo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle; mas con todo creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo; pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que alli le señalé debió de ser que de puro bueno y confiado no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese, ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamas si su insolencia no llegara á tanto que las manifiestas dádivas y las largas promesas y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? no por cierto. Afuera pues traidores, aqui venganzas: entre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia

entré en poder del que el cielo me dió por mio, y limpia he de salir dél, y cuando mucho saldré bañada en mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo; y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era muger delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detras de unos tapices donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido era bastante satisfaccion para mayores sospechas; y ya quisiera [22] que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino suceso; y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo porque vió que Leonela volvia con Lotario de la mano; y asi como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una grán raya delante della le dijo: Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha te atrevieres á pasar desta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo; y antes que á esto me respondas palabra quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradare. Lo primero quiero, Lotario, que me digas si

conoces á Anselmo mi marido, y en qué opinion le tienes; y lo segundo quiero saber tambien si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder á Anselmo no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y asi correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad; y asi respondió á Camila desta manera: no pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aqui vengo: si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde mas lejos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado cuanto la esperanza está mas cerca de poseello; pero porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años; y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. Á tí te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene; que á no ser asi, por menos prendas que las tuyas no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien

soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mí rompidas y violadas. Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar para que vieras con cuan poca ocasion le agravias? Pero ya caigo ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á tí mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si nó dime: ¿cuándo, ó traidor, respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiese despertar en tí alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿cuándo tus amorosas palabras no fueron deshechas y reprendidas de las mias con rigor y con aspereza? ¿cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mí creidas ni admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia, pues sin duda algun descuido mio ha susten-

tado tanto tiempo tu cuidado, y asi quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece: y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco recato que he tenido del huir la ocasion, si alguna te di, para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir que la sospecha que tengo que algun descuido mio engendró en tí tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga, y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos, porque castigándome otro verdugo quizá seria mas pública mi culpa; pero antes que esto haga quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá donde quiera que fuere la pena que da la justicia desinteresada, y que no se dobla al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increible fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fue forzoso valerse de su industria y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese;

la cual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y falsedad, que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre, porque viendo que no podia herir á Lotario, ó fingiendo que no podia, dijo: pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, á lo menos no será tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga; y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por mas arriba de la islilla del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió del temor que hasta entonces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila; y por acudir con lo que á él le tocaba comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo á él sino al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término: y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo decia cosas que el que

le oyera le tuviera mucha mas lástima que á Camila aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase; pedíale asimismo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora si acaso viniese antes que estuviese sana. Él respondió que dijesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese: solo le dijo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde gentes no le viesen; y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y cuando se vió solo y en parte donde nadie le veia no cesaba de hacerse cruces maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba cuan enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por muger á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad mas disimulada que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomó como se ha dicho la sangre á su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras bastaran á hacer creer á Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras

de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera mas necesario tenerle para quitarse la vida que tan aborrecida tenia. Pedia consejo á su doncella si diria ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo cual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena muger estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitalle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila que le parecia muy bien su parecer, y que ella le siguiria; pero que en todo caso convenia buscar qué decir á Anselmo de la causa de aquella herida que él no podia dejar de ver: á lo que Leonela respondia que ella ni aun burlando no sabia mentir. Pues yo, hermana, replicó Camila, ¿qué tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena, señora: de aqui á mañana, respondió Leonela, yo pensaré qué le digamos, y quizá que por ser la herida donde es se podrá encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mia, y procura sosegar tu alteracion, porque

mi señor no te halle sobresaltada; y lo demas déjalo á mi cargo y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos. Atentísimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra; la cual con tan extraños y eficaces afectos la representaron los personages della, que pareció que se habian trasformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa y ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese, y él sin perdella salió, y luego fue á buscar á Lotario, el cual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas que dió á Camila: todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria cuan engañado estaba su amigo, y cuan injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegraba, creia ya ser la causa por haber dejado á Camila herida y haber él sido la causa; y asi entre otras razones le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrírsela á él, y que segun esto no habia de que temer,

sino que de alli adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veia levantado á la mas alta felicidad que acertara desearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dijo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recebíale Camila con rostro al parecer torcido aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta alli encubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

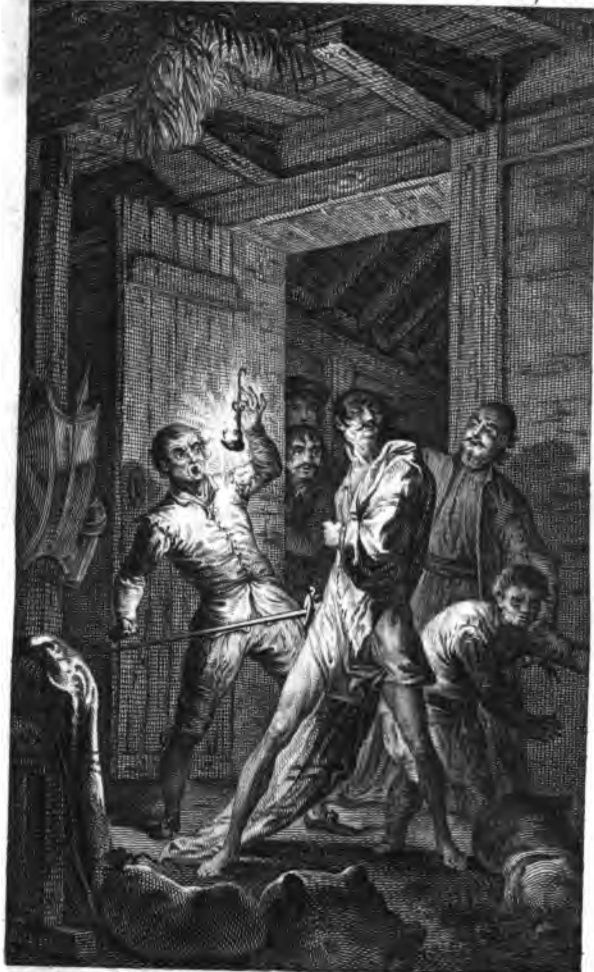
CAPITULO XXXV.

Que trata de la brava y descomunal batalla que D. Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso impertinente [23].

Poco mas quedaba por leer de la novela cuando del camaranchon [24] donde reposaba

D. Quijote salió Sancho Panza todo alborotado diciendo á voces: acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen como si fuera un nabo. ¿Qué dices, hermano? dijo el cura dejando de leer lo que de la novela quedaba, ¿estais en vos, Sancho? ¿cómo diablos puede ser eso que decis estando el gigante dos mil leguas de aqui? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que D. Quijote decia á voces: tente, ladron, malandrin, follon, que aqui te tengo y no te ha de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes; y dijo Sancho: no tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caida á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, dijo á esta sazon el ventero, si Don Quijote ó Don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabezera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre; y con esto entró

en el aposento y todos tras él, y hallaron á D. Quijote en el más extraño trage del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos menos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no nada limpias; tenia en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el por qué, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante: y es lo bueno que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fue tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya habia llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino, lo cual visto por el ventero tomó tanto enojo que arremetió con D. Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero hasta que el barbero trujo un gran caldero



J. Rivelles inv. y dib. T. Lopez Enguidanos lo gr.

de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó D. Quijote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuan corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba dijo: ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamento, que la otra vez en este mesmo lugar donde ahora me hallo me dieron muchos mojicones y porrazos sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aqui esta cabeza que vi cortar por mis mesmos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. ¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero; ¿no ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aqui estan horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó? No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba

que no habia de ser como la véz pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el cura de las manos á D. Quijote, el cual creyendo que ya habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura diciendo: bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir de hoy mas segura sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo tambien de hoy mas soy quito de la palabra que os di, pues con ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tambien la he cumplido. ¿No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho: sí que no estaba yo borracho; mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante; ciertos son los toros, mi condado está de molde. ¿Quién no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reian sino el ventero que se daba á Satanas; pero en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron con Don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejáronle dormir y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas

tuvieron que hacer en aplacar al ventero que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decia en voz y en grito: en mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta: la vez pasada se fue con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala aventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que asi estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora por su respeto vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámela vuelto con mas de dos cuartillos de daño toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba y de cuando en cuando se sonreia. El cura lo sosegó todo prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, asi de los cueros

como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza diciéndole, que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia en viéndose pacífica en su reino de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la princesa que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dijo que asi lo creia y que no tuviese pena, que todo se haria bien y sucederia á pedir de boca. Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demas le rogaron la acabase: él, que á todos quiso dar gusto y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento que asi decia:

Sucedió pues, que por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila vivia una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al reves de la voluntad que le tenia; y para mas confirmacion de su hecho pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba

la pesadumbre que con su vista Camila recebia; mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese; y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el gozo [25] que tenia Leonela de verse calificada en sus amores llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco rezelo pudiese ponerle en ejecucion. En fin una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quién los daba sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle; y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él diciéndole: sosiégate, señor mio, y no te alborotes ni sigas al que de aqui saltó: es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dijese la verdad, si no que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se decia, le dijo no me mates, señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dijo Anselmo, si nó muerta eres. Por aho-

ra será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada, déjame hasta mañana, que entonces sabrás de mí lo que te ha de admirar; y está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo de esta ciudad que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosególse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y asi se salió del aposento, y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de alli no saldria hasta que le dijese lo que tenia que decirle. Fue luego á ver á Camila y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila ó no, no hay para qué decirlo, porque fue tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa ó no; y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida salió de casa, y se fue á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila

puso á Lotario fue tal que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resolverse en lo que haria. En fin acordó de llevar á Camila á un monasterio en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él ansimismo se ausentó luego de la ciudad sin dar parte á nadie de su ausencia. Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó y fue adonde la habia dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por alli se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decírselo á Camila, y no hallándola en la cama ni en toda la casa quedó asombrado. Preguntó á los criados de casa por ella; pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos y que dellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura; y ansi como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo fue á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado

consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio; y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola. No sabia qué pensar, qué decir ni qué hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin muger, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin á cabo de una gran pieza de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado cuando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hubo andado la mitad cuando acosado de sus pensamientos le fue forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer dando tiernos y dolorosos suspiros, y alli se estuvo hasta casi que anochecia, y aquella hora vió que venia un hombre á caballo de la ciudad, y despues de haberle saludado le preguntó qué nuevas habia en Florencia. El ciudadano respondió: las mas extrañas que muchos dias ha se han oido en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila muger de Anselmo, el cual tampoco

parece: Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto no sé puntualmente cómo pasó el negocio, solo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta que los llamaban *los dos amigos*. ¿Sábese por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dijo el ciudadano, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. Á Dios vais, señor, dijo Anselmo. Con él quedeis, respondió el ciudadano, y fuese.

Con tan desdichadas nuevas casi casi llegó á términos Anselmo no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hízose asi, y dejáronle acostado y solo, porque él asi lo quiso, y aun que le cerrasen las puertas. Viéndose pues solo comenzó á cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció [26] por las premisas mortales que en sí sentia, que se le iba acabando la vida, y asi ordenó de de-

jar noticia de la causa de su extraña muerte: y comenzando á escribir, antes que acabase de poner todo lo que queria le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él habiéndole llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida, y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenia estas razones:

Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oidos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiciese; y pues yo fui el fabricador de mi deshonra, no hay para que....

Hasta aqui escribió Anselmo, por donde se echó de ver que en aquel punto sin poder acabar la razon se le acabó la vida. Otro dia

dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabian su desgracia, y el monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viage, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese que aunque se vió viuda no quiso salir del monasterio, ni menos hacer profesion de monja, hasta que (no de alli á muchos dias) le vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba en el reino de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo cual sabido por Camila hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fue el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dijo el cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad: y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudiérase llevar, pero entre marido y muger algo tiene de imposible; y en lo que toca al modo de contarle no me descontenta.

CAPITULO XXXVI.

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

Estando en esto, el ventero, que estaba á la puerta de la venta, dijo: esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aqui gaudeamus tenemos. ¿Qué gente es? dijo Cardenio. Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la gineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una muger vestida de blanco en un sillon, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pie. ¿Vienen muy cerca? preguntó el cura. Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de D. Quijote, y casi no habian tenido lugar para esto cuando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho: y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apear la muger que en el sillon venia; y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces ni hablado palabra alguna; solo que al sentarse

la muger en la silla dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pie llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal trage y tal silencio estaba, se fue donde estaban los mozos, y á uno de ellos le preguntó lo que ya deseaba, el cual le respondió: pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta, solo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto: y esto dígolo porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda. ¿Y la señora quién es? preguntó el cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. ¿Y habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio que

es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima, y sin duda tenemos creido que ella va forzada donde quiera que va; y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja ó va á serlo, que es lo mas cierto; y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío va triste como parece. Todo podria ser, dijo el cura; y dejándolos se volvió adonde estaba Dorotea, la cual como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion se llegó á ella y le dijo: ¿qué mal sentis, señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. Á todo esto callaba la lastimada señora; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio hasta que llegó el caballero embozado, que dijo el mozo que los demas obedecian, y dijo á Dorotea: no os canseis, señora, en ofrecer nada á esa muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda si no quereis oir alguna mentira de su boca. Jamas la dije, dijo á esta sazon la que hasta alli habia estado callando; antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas me veo ahora en tanta desventura, y desto vos mismo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos

ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de D. Quijote estaba en medio; y asi como las oyó, dando una gran voz dijo: ¡válgame Dios! ¿qué es esto que oigo? ¿qué voz es esta que ha llegado á mis oidos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien los daba se levantó en pie y fuese á entrar en el aposento, lo cual visto por el caballero la detuvo sin dejarla mover un paso. Á ella con la turbacion y desasosiego se le cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saber por qué las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caia, como en efecto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada ansimismo la tenia era su esposo D. Fernando, y apenas le hubo conocido cuando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ay, se

dejó caer de espaldas desmayada; y á no hallarse alli junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y asi como la descubrió la conoció D. Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual habia conocido en el suspiro á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó asimismo Cardenio el ay que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vió fue á D. Fernando, que tenia abrazada á Luscinda. Tambien D. Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos y mirábanse todos, Dorotea á D. Fernando, D. Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fue Luscinda, hablando á D. Fernando desta manera: dejadme, señor D. Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais; dejadme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vues-

tras amenazas, vuestras promesas, ni vuestras dádivas: notad como el cielo por desusados y á nosotros encubiertos caminos me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabeis por mil costosas experiencias que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: sean pues parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida. Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quien ella era; y viendo que D. Fernando aun no la dejaba de sus brazos ni respondia á sus razones, esforzándose lo mas que pudo se levantó y se fue á hincar de rodillas á sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, asi le comenzó á decir:

Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus pies está arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú por tu bon-

dad ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los límites de la honestidad vivió vida contenta hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de tí tan mal agradecida cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á tí de la manera que te veo. Pero con todo esto no querria que cayese en tu imaginacion pensar que he venido aqui con pasos de mi deshonra, habiéndome traido solo los del dolor y sentimiento de verme de tí olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera que aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quien me dejas la incomparable voluntad que te tengo; tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y mas fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño;

y si esto es asi, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme á lo menos y admíteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas con dejarme y desampararme que se hagan y junten corrillos en mi deshonra: no des tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho; y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mugeres no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: cuanto mas, que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta á tí te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con mas ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es, que quieras ó no quieras yo soy tu esposa; testigos son tus palabras, que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello porque me desprecias: testigo será la firma que hiciste, y testigo el cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias; y cuando todo esto falte, tu

misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á D. Fernando y cuantos presentes estaban la acompañaron en ellas. Escuchóla D. Fernando sin replicalle palabra hasta que ella dió fin á las suyas y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura; y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de D. Fernando que apretada la tenian; el cual lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre á Luscinda dijo: venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda habia tenido, asi como la dejó D. Fernando iba á caer en el suelo, mas hallándose Cardenio alli junto, que á las espaldas de D. Fernando se habia puesto porque no le conociese, pospuesto todo temor y aventurado á todo riesgo, acudió á soste-

ner á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos le dijo: si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. Á estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio le dijo: vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva [27], aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fue este para D. Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea que D. Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada, y asi como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas le decia: ¿qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado

trance? Tú tienes á tus pies á tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igualar á tí mismo á la que pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de D. Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiese á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida; pero á esta sazon acudieron los amigos de Don Fernando, y el cura y el barbero que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á D. Fernando suplicándole tuviese por bien

de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas: que considerase que no acaso como parecia, sino con particular providencia del cielo se habian todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba; y que advirtiese, dijo el cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos [28] irremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les habia concedido: que pusiese los ojos ansimismo en la beldad de Dorotea, y veria que pocas ó ninguna se podian igualar, cuanto más hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia; y sobre todo advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sugeto humilde como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza sin nota de menoscabo del

que la levanta é iguala á sí mismo; y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efecto á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de D. Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto fue abajarse y abrazar á Dorotea diciéndole: levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis pies la que yo tengo en mi alma; y si hasta aqui no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego es que no me reprendais mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movió para acetaros por mia, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro; y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallareis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo [29] de rodillas rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea; y diciendo esto

la tornó á abrazar y juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fue necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron asi las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era como él pensaba la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos, y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante D. Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que Don Fernando no sabia qué responderles, y asi los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea le dijese cómo habia venido á aquel lugar tan lejos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que antes habia contado á Cardenio: de lo cual gustó tanto D. Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras; y asi como hubo acabado

dijo D. Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya: dijo que la quiso matar, y lo hiciera si de sus padres no fuera impedido, y que asi se salió de su casa despechado y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad; y que otro dia supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir donde se habia ido, y que en resolucion al cabo de algunos meses vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida si no la pudiese pasar con Cardenio, y que asi como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, á la cual no habia querido hablar temeroso que en sabiendo que él estaba alli habia de haber mas guarda en el monasterio; y asi aguardando un dia á que la portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habian entrado en el monasterio buscando á Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella: todo lo cual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dijo que asi

como Luscinda se vió en su poder perdió todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar sin hablar palabra alguna; y que asi acompañados de silencio y de lágrimas habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPITULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desparecian é iban en humo las esperanzas de su ditádo, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en D. Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseia, Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma; y finalmente cuantos en la venta estaban, estaban contentos y

gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el cura como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien mas jubilaba y se contentaba era la ventera por la promesa que Cardenio y el cura le habian hecho de pagalle todos los daños é intereses que por cuenta de D. Quijote le hubiesen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste, y asi con malencónico semblante entró á su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo: bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondió D. Quijote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un reves, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fue tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho; porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo

Satanas. Y qué es lo que dices loco, replicó D. Quijote, ¿estás en tu seso? Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos le han de admirar. No me maravillaria de nada deso, replicó D. Quijote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aqui estuvimos te dije yo que todo cuanto aqui sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuese lo mismo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo fue, sino real y verdaderamente: y vi yo que el ventero que aqui está hoy dia tenia del un cabo de la manta y me empujaba hácia el cielo con mucho donaire y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dijo D. Quijote, dame de vestir, y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y trasformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia contó el cura á D. Fernando y á los demas que alli estaban las locuras de D. Quijote, y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña pobre,

donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles lo que á todos parecia ser el mas extraño género de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dijo mas el cura, que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su disignio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaria suficientemente [30] la persona de Dorotea. No, dijo D. Fernando, no ha de ser asi, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy lejos de aqui el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. No está mas [31] de dos jornadas de aqui. Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto D. Quijote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo aunque abollado de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado á su tronco ó lanzon. Suspendió á D. Fernando y á los demas la extraña presencia de D. Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decia, el cual con mucha gravedad y re-

poso, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de reina y gran señora que solíades ser os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por órden del rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa la media, y que fue poco versado en las historias caballerescas, porque si él las hubiera leido y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso como otros caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me ví con él, y.... quiero callar porque no me digan que miento; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando menos lo pensemos. Vístesos vos con dos cueros, que no con un gigante, dijo á esta sazon el ventero, al cual mandó D. Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de D. Quijote en ninguna manera; y D. Quijote prosiguió diciendo: digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno,

porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dijo mas D. Quijote, y esperó á que la princesa le respondiese; la cual, como ya sabia la determinacion de D. Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á D. Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: quien quiera que os dijo, valeroso caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fui me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que antes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invencible brazo, que siempre he tenido. Asi que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamas acertara á tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos della los mas destos señores que estan presentes: lo que resta es

que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto dijo la discreta Dorotea, y en oyéndolo Don Quijote se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dijo: ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora que esta princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Voto.... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en tí, que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aqui adelante en el mundo. Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo menos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí estan heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y si no, al freir de los huevos lo verá, quiero

decir, que lo verá cuando aqui su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demas de que la señora reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte como á cada hijo de vecino. Ahora yo te digo, Sancho, dijo Don Quijote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta. Basta, dijo D. Fernando, y no se hable mas en esto; y pues la señora princesa dice que se camine mañana porque ya hoy es tarde, hágase asi, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor D. Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros, respondió D. Quijote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre D. Quijote y D. Fernando; pero á todo puso silencio un pasagero que en aquella sazon entró en la venta, el cual en su trage mostraba ser cristiano recien venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello, los calzones eran asimis-

mio de lienzo azul, con bonete de la misma color; traia unos borceguíes datilados y un alfange morisco puesto en un tahalí, que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento una muger á la morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeza; traia un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa que desde los hombros á los pies la cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió en entrando un aposento, y como le dijeron que en la venta no le habia, mostró recibir pesadumbre, y llegándose á la que en el trage parecia mora la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto trage, rodearon á la mora; y Dorotea, que siempre fue agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que asi ella como el que la traia se congojaban por la falta del aposento, le dijo: no os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aqui falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustáredes de posar [32] con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso deste camino habreis hallado otros no tan buenos

acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabia hablar cristiano. Llegó en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á cuanto le decian callaba, dijo: señoras mias, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga á servir á todos los extrangeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo muger á quien se sirve. Por ella y por mí, respondió el cautivo, os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decidme, señor, dijo Dorotea, ¿esta señora es cristiana ó mora? por-

que el trage y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese? Mora es en el trage y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo. ¿Luego no es bautizada[33]? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondió el cautivo, despues que salió de Argel su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase á bautizalla, sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautize con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su hábito y el mio. Con estas razones puso gana en todos los que escuchándole estaban de saber quién fuese la mora y el cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entónces por ver que aquella sazon era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decian y lo que ella haria. Él en lengua arábiga le dijo que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese, y así se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso que Dorotea la tuvo por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstan-

tes conocieron que si alguno se podria igualar al de las dos era el de la mora, y aun hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa mora. Preguntó D. Fernando al cautivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió, que Lela [24] Zoraida, y así como esto oyó ella, entendió lo que le habían preguntado al cristiano, y dijo con mucha priesa, llena de congoja y donaire: *no, no Zoraida: María, María*, dando á entender que se llamaba María, y no Zoraida. Estas palabras y el grande afecto con que la mora las dijo hicieron derramar mas de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mugeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor diciéndole: sí, sí, María, María: á lo cual respondió la mora: *sí, sí, María: Zoraida* [25] *macange*, que quiere decir *no*. Ya en esto llegaba la noche, y por órden de los que venian con Don Fernando habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fue posible. Llegada pues la hora sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á D. Qui-

jote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su aguardador. Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero dellas D. Fernando y Cardenio, y luego el cautivo y los demas caballeros, y al lado de las señoras el cura y el barbero; y asi cenaron con mucho contento, y acrecentóseles mas viendo que dejando de comer D. Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir: verdaderamente, si bien se considera, señores mios, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está á mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima, cuanto á mas peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y

á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas; ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, asi con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues ansi que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar), hablo de las letras humanas, que es su

fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso, y alto y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida: y asi las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro dia cuando cantaron en los aires: *gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad;* y la salutacion que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos fue decirles, que cuando entrasen en alguna casa dijesen: *paz sea en esta casa;* y otras muchas veces les dijo: *mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros;* bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra. Prosupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática D. Quijote, que obli-

gó á que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviesen por loco; antes como todos los mas eran caballeros á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: digo pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no habia que decir mas de su malaventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ágeno brasero ó chimenea que si no calienta, á lo menos entibie su frio, y en fin la noche duermen muy bien debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aqui, cayendo alli, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual al-

canzado, á muchos hemos visto que habiendo pasado por estas sirtes y por estas escilas y caríbdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atras en todo, como ahora diré.

CAPITULO XXXVIII.

Que trata del curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras.

Prosiguiendo D. Quijote dijo: pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su

boca, que como sale de lugar vacío tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un dia de batalla, que alli le pondrán la borla en la cabeza hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna; y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, ¿cuán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al reves en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir

de mangas, todos tienen en que entretenerse; asi que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es mas fácil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. Á esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios; y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privile-

gios y de sus fuerzas; y es razon averiguada que aquello que mas cuesta se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado le cuesta todo lo que á el estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos estan minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de alli por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia á su capitan de lo que pasa para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando cuando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos pies

de tabla del espolon, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iria á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario; y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del corage y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fue-

go al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y asi, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone rezelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos. Todo este largo preámbulo dijo D. Quijote en tanto que los demas cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza que cenase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian sobrevino nueva lástima de ver que hombre que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta caballería. El cura le dijo, que tenia mucha razon en todo cuanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado

y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritórnes aderezaban el camaranchon de D. Quijote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mugeres solas en él se recogiesen, D. Fernando rogó al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podria ser sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar viniendo en compañía de Zoraida: á lo cual respondió el cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba; y que solo temia que el cuento no habia de ser tal que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso por no faltar en obedecelle le contaria. El cura y todos los demas se lo agradecieron y de nuevo se lo rogaron, y él viéndose rogar de tantos dijo que no eran menester ruegos adonde el mandar tenia tanta fuerza; y asi esten vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dijo hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio; y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera.

CAPITULO XXXIX.

Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.

En un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fue mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrecheza de aquellos pueblos todavia alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera si asi se diera maña á conservar su hacienda como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador le procedió de haber sido soldado los años de su juventud; que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre que, segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fue privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho, y asi lla-

mándonos un dia á todos tres á solas en un aposento nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré. Hijos, para deciros que os quiero bien basta saber y decir que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues para que entendais desde aqui adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó á lo menos de elegir ejercicio tal que cuando mayores os honre y aproveche; y lo que he pensado es hacer de mi hacienda cuatro partes: las tres os daré á vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna; y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia; y el que yo digo dice: *Iglesia, ó mar, ó casa real*, como si mas claramente dijera: quien quisiere valer y ser rico, siga ó la iglesia, ó navegue ejercitando el arte de la mercancía;

ó entre á servir á los reyes en sus casas; porque dicen: *mas vale migaja de rey que merced de señor.* Digo esto porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle en su casa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo vereis por la obra. Decidme ahora si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto: y mandándome á mí por ser el mayor que respondiese, despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y á lo que yo creo el mas discreto, dijo que queria seguir la iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Asi como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo puso por obra cuanto nos habia prometido; y dándo á cada uno su parte, que

á lo que se me acuerda fueron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa; en un mismo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mismo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron cuatro mil ducados [26] en dineros, y mas tres mil que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices. Digo en fin que nos despedimos dél y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber todas las veces que hubiese comodidad para ello de nuestros sucesos prósperos ó adversos. Prometímoselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viage de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave ginovesa que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido

dél ni de mis hermanos nueva alguna, y lo que en este discurso de tiempo he pasado lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje á Génova, fui desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alejandría de la Palla tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba á Flandes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los condes de Eguemon y de Hornos, alcancé á ser alférez de un famoso capitan de Guadálajara llamado Diego de Urbina [37], y á cabo de algun tiempo que llegué á Flandes se tuvo nuevas de la liga que la santidad del papa Pio Quinto de felice recordacion habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el Turco, el cual en aquel mismo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto que venia por general desta liga el Serenísimo D. Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey D. Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y aunque tenia barruntos y casi promesas ciertas de que en la primera

ocasion que se ofreciese seria promovido á capitan, lo quise dejar todo y venirme, como me vine, á Italia; y quiso mi buena suerte que el señor D. Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin que [31] yo me hallé en aquella felicísima jornada ya hecho capitan de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte mas que mis merecimientos; y aquel dia, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque mas ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron) yo solo fui el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió á tan famoso dia con cadenas á los pies y esposas á las manos, y fue desta suerte: que habiendo el Uchalí [32] rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea á socorrella, en la cual yo iba con mi compañía, y

haciendo lo que debia en ocasion semejante salté en la galera contraria, la cual desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y asi me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos; en fin me rindieron lleno de heridas, y como ya habeis, señores, oido decir que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fui el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selin hizo general de la mar á mi amo porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta. Halléme 40. el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Navarino bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasion que alli se perdió de no coger en el puerto toda el armada turquesca, porque todos los levantes 41 y genízaros que en ella venian tuvieron por cierto que les habian de embestir dentro del mismo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada; pero el cielo lo ordenó de

otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regia, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto el Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo hasta que el señor D. Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era capitan un hijo de aquel famoso cosario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamas vencido capitan D. Alvaro de Bazan, marques de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roja, y trataba tan mal á sus cautivos, que asi como los que venian al remo vieron que la galera Loba les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos, y asieron de su capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco mas que pasó del árbol ya habia pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian. Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente,

que fue el de setenta y tres, se supo en ella como el señor D. Juan habia ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los turcos, y puesto en posesion dél á Muley [47] Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenia Muley Hamida, el moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho mas que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la Goleta y al fuerte que junto á Túnez habia dejado medio levantado el señor D. Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la África mas de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino por-

que la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas, y asi con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero ninguno podia parar ni asistir á la defensa. Fue comun opinion que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero; y los que esto dicen hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en la Goleta y en el fuerte apenas habia siete mil soldados, ¿cómo podia tan poco número, aunque mas esforzados fuesen, salir á la campaña, y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? ¿Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su misma tierra? Pero á muchos les pareció, y asi me pareció á mí, que fue particular gracia y merced que el cielo hizo á España en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Cárlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y

será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el fuerte; pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del estaño á cargo de D. Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á D. Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto le fue posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimismo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellon, caballero milanes, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fue una Pagan de Oria, caballero del hábito de S. Juan, de condicion generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria, y lo que mas hizo lastimosa su muerte fue haber muerto á mano de unos alárabes, de quien se fió viendo ya perdido el fuerte,

que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los ginoveses que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que *aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece*; y así se dice que mandó el general ahorcar á los que le trujeron el presente porque no se le habian traido vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron fue uno llamado D. Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar de Andalucía, el cual habia sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento, especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo porque su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mismo patron; y antes que nos partiésemos de aquel puerto hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte; y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que antes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el cautivo nombró á D. Pedro de Aguilar, D. Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron, y cuando llegó á decir de los sonetos dijo el uno: antes que vuestra merced pase adelante le suplico me diga qué se hizo ese Don

Pedro de Aguilar que ha dicho. Lo que sé es, respondió el cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla se huyó en [43] trage de arnaute con [44] un griego espía; y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un año vi yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viage. Pues no fue, respondió el caballero, porque ese D. Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo. Dígalos pues vuesa merced, dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place, respondió el caballero, y el de la Goleta decia así:

CAPITULO XL.

Donde se prosigue la historia del cautivo.

SONETO.

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas por el bien que obrastes,
Desde la baja tierra os levantastes
Á lo mas alto y lo mejor del cielo,

Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza ejercitastes,
Que en propia y sangre agena colorastes
El mar vecino, y arenoso suelo.
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos llevan la vitoria:
Y esta vuestra mortal triste caida,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

Desa misma manera le sé yo, dijo el cautivo. Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice así:

SONETO.

De entre esta tierra estéril derribada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas á mejor morada:
Siendo primero en vano ejercitada,
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.
Y este es el suelo, que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes:
Mas no mas justas de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron, y prosiguiendo su cuento dijo: rendidos pues la Goleta y el fuerte, los turcos dieron órden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con mas brevedad y menos trabajo la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas; y todo aquello que habia quedado en pie de la fortificacion nueva que [45] habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de alli á pocos meses murió mi amo el Uchalí, al [46] cual llamaban *Uchalí Fartax*, que quiere decir en lengua turquesca *el renegado tiñoso*, porque lo era, y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan ó de alguna virtud que en ellos haya; y esto es porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linages que decienden de la casa otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre y apellido ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo: y este tiñoso bogó al remo siendo esclavo del Gran Señor catorce años, y á mas de los treinta y cuatro de su edad renegó de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofeton, y por poderse vengar dejó su fe; y

fue tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del Gran Turco suben, vino [47] á ser rey de Argel, y despues á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabrés de nacion, y moralmente fue hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales despues de su muerte se repartieron como él lo dejó en su testamento entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que deja el difunto) y entre sus renegados; y yo cupe á un renegado veneciano, que siendo grumete de una nave le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto que fue uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que jamas se ha visto. Llamábase Azanagá, y llegó á ser muy rico y á ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad, y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponia por

obra no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida encerrado en una prision ó casa que los turcos llaman baño, donde encierran los cautivos cristianos, asi los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman del almacen, que es como decir cautivos del concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma sino es cuando se tarda su rescate, que entonces por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar y ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo pues, era uno de los de rescate, que como se supo que era capitan, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, mas por señal de

rescate que por guardarme con ella, y asi pasaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada paso las jamas vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Solo [48] libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que habia de ser empalado, y asi lo temió él mas de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun

estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció pues que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demas cristianos habian salido á trabajar) alzé acaso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fue á ponerse debajo de la caña por ver si la soltaban ó lo que hacian; pero asi como llegó alzaron la caña y la movieron á los dos lados como si dijeran *no* con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fue otro de mis compañeros, y sucedióle lo mismo que al primero. Finalmente fue el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto no quise dejar de probar la suerte, y asi como llegué á ponerme debajo de la caña la dejaron caer, y dió á mis pies dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual vi un nudo, y dentro [49] dél venian diez cianiis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo no hay para que decirlo, pues fue tan-

to el contento como la admiracion de pensar de donde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y vi que por ella salia una muy blanca mano que la abrian y cerraban muy apriesa. Con eso entendimos ó imaginamos que alguna muger que en aquella casa vivia nos debia de haber hecho aquel beneficio; y en señal de que lo agradecíamos hicimos zalemas á uso de moros inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos sobre el pecho. De alli á poco sacaron por la misma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mugeres sus mismos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso, y asi todo nuestro entretenimiento desde alli adelante era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia parecido la estrella de la ca-

ña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna; y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamas hubo quien nos dijese otra cosa sino que allí [50] vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcaide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando mas descuidados estábamos de que por allí habian de llover mas cianiis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido, y esto fue á tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba yendo cada uno primero que yo de los mismos tres que estábamos; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque en llegando yo la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido; y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En

fin [21] yo me determiné de fiarme de un renegado natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos que le obligaban á guardar el secreto que le encargase, porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion, otros se sirven dellas acaso y de industria, que viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venian en corso con los demas turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la iglesia sin que se les haga daño, y cuando ven la suya se vuelven á Berbería á ser lo que antes eran. Otros hay que usan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el cual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible; y si los moros le hallaran estos papeles le quema-

ran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y no solamente hablarlo sino escribirlo; pero antes que del todo me declarase con él le dije que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia: díjome que muy bien, y que si queria que me lo declarase palabra por palabra que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fue traduciendo, y en acabando dijo: todo lo que va aqui en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir que adonde dice: *Lela Márien*, quiere decir: *nuestra Señora la Vírgen María*. Leímos el papel, y decia asi:

Cuando [52] *yo era niña tenia mi padre una esclava, la cual en mi lengua me mostró la zalá cristianesca, y me dijo muchas cosas de Lela Márien. La cristiana murió, y yo sé que no fue al fuego, sino con Alá, porque despues la vi dos veces, y me dijo que me fuese á tierra de cristianos á ver á Lela Márien, que me queria mucho. No sé yo cómo vaya: muchos cristianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira tú si puedes hacer como nos vamos, y serás allá mi marido*

si quisieres, y si no quisieres no se me dará nada, que Lela Márien me dará con quien me case. Yo escribí esto, mira á quien lo das á leer, no te fies de ningun moro, porque [53] *son todos marfuces. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras á nadie, porque si mi padre lo sabe me echará luego en un pozo y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo, ata allí la respuesta, y si no tienes quien te escriba arábigo dímelo por señas, que Lela Márien hará que te entienda. Ella y Alá te guarde, y esa cruz que yo beso muchas veces, que asi me lo mandó la cautiva.*

Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen; y asi lo uno y lo otro fue de manera que el renegado entendió que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito; y asi nos rogó que si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél, y se lo dijésemos, que él aventuraria su vida por nuestra libertad; y diciendo esto sacó del pecho un crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecia y casi adevinaba que por medio de aquella que aquel papel habia escrito habia él y todos nosotros de tener libertad, y

verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la santa Iglesia su madre, de quien como miembro podrido estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos de un mismo parecer consentimos y venimos en declararle la verdad del caso, y asi le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde alli la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivia. Acordamos ansimismo que seria bien responder al billete de la mora, y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fui notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efecto lo que á la mora se le respondió fue esto:

El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita Márien, que es la verdadera madre de Dios, y es la que te ha puesto en corazon que te vayas á tierra de cristianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte á entender cómo podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que sí hará. De mi parte y de la de to-

dos estos cristianos que estan conmigo te ofrezco de hacer por tí todo lo que pudiéremos hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre: que el grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Asi que sin tener miedo nos puedes avisar de todo lo que quisieres. Á lo que dices, que si fueres á tierra de cristianos que has de ser mi muger, yo te lo prometo como buen cristiano, y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros. Alá y Márien su madre sean en tu guarda, señora mia.

Escrito y cerrado este papel aguardé dos dias á que estuviese el baño solo como solia, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo por ver si la caña parecia, que nó tardó mucho en asomar. Asi como la vi, aunque no podia ver quien la ponia, mostré el papel como dando á entender que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al cual até el papel, y de alli á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejáronla caer, y alzéla yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y de oro mas de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces mas doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo que habia sabi-

do que en aquella casa vivia el mismo moro que á nosotros nos habian dicho, que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo extremo, el cual tenia una sola hija heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad ser la mas hermosa muger de la Berbería, y [54] que muchos de los vireyes que alli venian la habian pedido por muger, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado en qué órden se tendria para sacar á la Mora y venirnos todos á tierra de cristianos, y en fin se acordó por entonces que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que asi se llamaba la que ahora quiere llamarse María: porque bien vimos que ella y no otra alguna era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto dijo el renegado que no tuviésemos pena, que él perderia la vida ó nos pondria en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fue ocasion que cuatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los cuales en la acostumbrada soledad del baño pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclinóse á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estaba alli el renega-

do, dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que asi decia:

Yo no sé, mi señor, cómo dar órden que nos vamos á España, ni Lela Márien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro; rescataos vos con ellos y vuestros amigos, y [55] *vaya uno en tierra de cristianos, y compre allá una barca, y vuelva por los demas, y á mí me hallará en el jardin de mi padre, que está á la puerta* [56] *de Babazon junto á la marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados: de allí de noche me podreis sacar sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque si nó yo pediré á Márien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú y ve, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el jardin, y cuando te pasees por ahí sabré que está solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.*

Esto decia y contenia el segundo papel, lo cual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo cual se opuso el renegado diciendo, que en ninguna manera consentiria que ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la ex-

periencia le habia mostrado cuan mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia ó Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia nos [57] contó brevemente un caso que casi en aquella misma sazon habia acaecido á unos caballeros cristianos, el mas extraño que jamas sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto él vino á decir que lo que se podia y debia hacer era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que [58] se le diese á él para comprar alli en Argel una barca con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca fácilmente se daria traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Cuanto mas que si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor era que los moros no consienten que renegado alguno compre ni

tenga barca, sino es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente con hacer [59] que un moro tagarino fuese á la parte con él en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demas. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osámos contradecirle, temerosos que si no hacíamos lo que él decia nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todos las nuestras; y asi determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado; y en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien como si Lela Márien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio ó ponello luego por obra. Ofrecímele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer juma, que es el viernes, se iba al jardin de su padre, y que antes que se fue-

se nós daria mas dinero; y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tantos que no lo echaria menos, cuanto mas que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo dando [60] el dinero á un mercader valenciano que á la sazon se hallaba en Argel, el cual me rescató del rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaria mi rescate, porque si luego diera el dinero fuera dar sospechas al rey que habia muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus grangerías lo habia callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El jueves antes del viernes que la hermosa Zoraida se habia de ir al jardin nos dió otros mil escudos y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase supiese luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras que asi lo haria y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Márien, con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto dieron órden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mí rescatado y á ellos no, pues

habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida; que puesto que el ser ellos quien eran me podia asegurar de este temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y asi los hice rescatar por la misma órden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza, al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto por el peligro que habia.

CAPITULO XLI.

Donde todavía prosigue el cautivo su suceso.

No se pasaron quince dias cuando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca capaz de mas de treinta personas; y para asegurar su hecho y dalle color quiso hacer, como hizo, un viage á un lugar [61] que se llama Sargel, que está veinte leguas de Argel hácia la parte de Oran, en el cual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viage en compañía del tagarino que habia dicho. *Tagarinos* llaman en Berbería á los moros de Aragon, y á [62] los de Granada *mudéjares;* y en el reino de Fez llaman á los mudéjares *elches*, los cuales son la gente de quien aquel rey mas se sirve en la guerra. Digo pues, que cada vez que pasaba

con su barca daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zoraida esperaba, y alli muy de propósito se ponia el renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayarse de burlas, á lo que pensaba hacer de veras, y asi se iba al jardin de Zoraida y le pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle; y aunque él quisiera hablar á Zoraida, como él despues me dijo, y decille que él era el que por órden mia la habia de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fue posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, sino es que su marido ó su padre se lo manden: de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar aun mas de aquello que sería razonable; y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara viendo que su negocio andaba en boca de renegados; pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro renegado tenia, el cual viendo cuan seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuando y como y adonde queria, y que el tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuáles queria traer conmigo fuera de los rescatados, y que los tu-

viese hablados para el primer viernes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto hablé á doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad; y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no se hallaran si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero: á los cuales no les dije otra cosa sino que el primer viernes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardin de Agimorato, y que alli me aguardasen hasta que yo fuese. Á cada uno di este aviso de por sí, con órden que aunque alli viesen otros cristianos, no les dijesen sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia me faltaba hacer otra, que era la que mas me convenia, y era la de avisar á Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercibida y sobre aviso, que no se sobresaltase si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de cristianos podia volver; y asi determiné de ir al jardin y ver si podria hablarla; y con ocasion de coger algunas yerbas un dia antes de mi partida fui allá, y la primera persona con quien encontré fue con su padre, el cual me dijo en len-

gua que en toda la Berbería y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca ni castellana, ni de otra nacion alguna, sino [63] una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos: digo pues que en esta manera de lenguaje me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de quién era. Respondíle que [64] era esclavo de Arnaute Mamí, y esto porque sabia yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo, y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente si era hombre de rescate ó no, y que cuánto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas salió de la casa del jardin la bella Zoraida, la cual ya habia mucho que me habia visto, y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba, antes luego cuando su padre vió que venia y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos: solo diré que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de los pies, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcajes (que asi se llaman las manillas ó

ajorcas de los pies en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es adornarse de ricas perlas y aljofar; y asi hay mas perlas y aljofar entre moros que entre todas las demas naciones, y el padre de Zoraida tenia fama de tener muchas y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimismo mas de docientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podrá conjeturar cual debia de ser en las prosperidades, porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para disminuirse ó acrecentarse; y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten ó bajen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo en fin que entonces llegó en todo extremo aderezada, y en todo extremo hermosa, ó á lo menos á mí me pareció serlo la mas que hasta entonces habia visto; y con esto viendo las obligaciones en que me habia puesto me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para

mi remedio. Así como ella llegó le dijo su padre en su lengua como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondí que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia [65] dado por mí mil y quinientos zoltanis: á lo cual ella respondió: en verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros cristianos siempre mentis en cuanto decis, y os haceis pobres por engañar á los moros. Bien podria ser eso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato y la trataré con cuantas personas hay en el mundo. ¿Y cuándo te vas? dijo Zoraida. Mañana creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. ¿No es mejor, replicó Zoraida, esperar á que vengan bajeles de España y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondí yo, aunque si como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero, es tanto que no

me dejará esperar otra comodidad si se tarda por mejor que sea. ¿Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso deseas ir á verte con tu muger? No soy, respondí yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. ¿Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoraida. Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecella y decirte la verdad, se parece á tí mucho. Desto se rió muy de veras su padre, y dijo: gualá [66], cristiano, que debe ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reino: si nó mírala bien, y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas destas palabras y razones el padre de Zoraida como mas ladino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho alli se usa, mas declaraba su intencion por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo y lo mismo hizo Zoraida, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos estan sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo pues, que dijo su padre

á Zoraida: hija, retírate á la casa, y enciérrate en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas, y vete en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fue á buscar los turcos dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre le habia mandado; pero apenas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: *¿tamejí* [67], cristiano, *tamejí?* que quiere decir: ¿vaste, cristiano, vaste? Yo la respondí: señora sí, pero no en ninguna manera sin tí: el primer [68] juma me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre, que ya volvia de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó mas á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho doblando un poco las rodillas, dando claras señales

y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo di á entender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera le preguntó que qué tenia; pero como ella no le respondiese, dijo su padre: sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada destos canes se ha desmayado, y quitándola del mio la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir: *amejí*, cristiano, *amejí*: vete, cristiano, vete. Á lo que su padre respondió: no importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dije yo á su padre; mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré si fuere menester por yerbas á este jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Todas las que quisieres podrás volver, respondió Agimorato, que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto me

despedí al punto de entrambos, y ella arrancándosele el alma al parecer, se fue con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto me vine y di cuenta de cuanto habia pasado al renegado y á mis compañeros; y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el órden y parecer que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viernes que se siguió al dia que yo con Zoraida hablé en el jardin, el renegado al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba. Ya los cristianos que habian de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian; porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues, que asi

como yo me mostré y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos dudamos si seria mejor ir primero por Zoraida, ó rendir [69] primero á los moros bagarinos que bogaban el remo en la barca; y estando en esta duda llegó á nosotros nuestro renegado diciéndonos, que en qué nos deteníamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados y los mas dellos durmiendo. Dijímosle en lo que reparábamos, y él dijo que lo que mas importaba era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así sin detenernos mas, haciendo él la guia, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero metió mano á un alfanje y dijo en morisco: ninguno de vosotros se mueva de aqui si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arraez quedáronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dejaron sin hablar alguna palabra maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicie-

ron, amenazando á los moros que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el renegado la guia, fuimos al jardin de Agimorato, y quiso la buena suerte que llegando á abrir la puerta se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y asi con gran quietud y silencio llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana, y asi como sintió gente preguntó con voz baja si éramos *nizarani*, como si dijera ó preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí que sí, y que bajase. Cuando ella me conoció no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la vi le tomé una mano, y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y los demas que el caso no sabian hicieron lo que vieron que nosotros haciamos, que nò parecia sino que le dábamos las gracias, y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardin. Ella respondió que sí, y que dormia. Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros y todo

aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dijo ella, á mi padre no se ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos, y esperaos un poco y lo vereis; y diciendo esto se volvió á entrar diciendo que muy presto volveria, que nos estuviésemos quedos sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella habia pasado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zoraida quisiese; la cual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos que apenas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el ínterin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin; y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces comenzó á decir en arábigo: cristianos, cristianos, ladrones, ladrones; por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusion; pero el renegado viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á Zoraida, que como desmayada se habia dejado caer en mis bra-

zos. En resolucion los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agimorato trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuan de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entonces siendo mas necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaban temerosos de algun mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas pasadas de la noche cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarian la vida. Él como vió alli á su hija, comenzó á suspirar ternísimamente, y mas cuando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, ni quejarse, ni esquivarse se estaba queda; pero con todo esto callaba porque no pusiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose pues Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo alli á su padre y á los demas moros que atados estaban, le dijo al renegado que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos

moros, y dar libertad á su padre, porque antes se arrojaria en la mar que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento; pero él respondió que no convenia á causa que si alli los dejaban apellidarian luego la tierra y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscallos con algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podria hacer era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos; y Zoraida, á quien se le dió cuenta con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo; y luego con regocijado silencio y alegre diligencia cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana y estar la mar algo picada, no fue posible seguir la derrota de Mallorca, y fuenos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no mas que sesenta [70] millas de Argel, y asimismo temíamos encontrar por aquel parage al-

guna galeota de las que de ordinario venian con mercancía de Tetuan, aunque cada uno por sí y por todos juntos presumíamos de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no solo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajel donde con mas seguridad pudiésemos acabar nuestro viage. Iba Zoraida en tanto que se navegaba puesta la cabeza entre mis manos por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Márien que nos ayudase. Bien habríamos navegado treinta millas cuando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas dióse órden que se bogase á cuarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose ansi, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela y á dejar el remo, y enderezar á Oran por no ser posible poder hacer otro viage. Todo se hizo con mucha presteza, y asi á la vela navegamos por mas de ocho millas por

hora, sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros bagarinos, y el renegado les consoló diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió: cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ó cristianos; mas el darme libertad no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el interese que se os puede seguir de dármela; el cual interese si le quereis poner nombre desde aqui os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mia, ó si nó por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zoraida que le mirase, la cual viéndole llorar asi se enterneció, que se levantó de mis pies y fue á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que alli íbamos le acompañamos en él. Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: ¿qué es esto, hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediese esta terrible desgracia

en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y ahora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solemnizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fue la ventura mas favorable? Respóndeme á esto, que me tiene mas suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia á su hija nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el cual sabia él bien que le habia dejado en Argel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso, y preguntóle que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venia dentro. Á lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le respondió: no te canses, señor, en preguntar á Zoraida tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda te satisfaré á todas, y asi quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aqui de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. ¿Es verdad lo que este dice, hija? dijo el moro. Asi es, respondió Zoraida. ¿Que

en efecto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? Á lo cual respondió Zoraida: la que es cristiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dejarte ni á hacerte mal, sino á hacerme á mí bien. ¿Y qué bien es el que te has hecho, hija? Eso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Márien, que ella te lo sabrá decir mejor que [71] yo. Apenas hubo oido esto el moro, cuando con una increible presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara si el vestido largo y embarazoso que traia no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zoraida que le sacasen, y asi acudimos luego todos, y asiéndole [72] de la almalafa le sacamos medio ahogado y sin sentido, de que recibió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales habiéndose trocado el viento nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte que llegamos á una cala que se hace al [73] lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado *el de la cava rumia*, que en nuestra lengua quiere decir *la mala muger cristiana;* y es tradicion entre los moros que en aquel lugar está

enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque *cava* en su lengua quiere decir *muger mala*, y *rumia*, *cristiana*; y aun tienen por mal agüero llegar alli á dar fondo cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fue abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejamos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el renegado habia proveido, y rogamos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon, que nos ayudase y favoreciese para que felizmente [74] diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse órden á suplicacion de Zoraida como echásemos en tierra á su padre y á todos los demas moros que alli atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas ver delante de sus ojos atado á su padre y aquellos de su tierra presos. Prometímosle de hacerlo asi al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dejallos en aquel lugar, que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuesen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto desatamos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admi-

rados; pero llegando á desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo: ¿por qué pensais, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿pensais que es por piedad que de mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le dará mi presencia cuando quiera poner en ejecucion sus malos deseos; ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra; y volviéndose á Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido porque algun desatino no hiciese, le dijo: ó infame moza, y mal aconsejada muchacha, ¿adónde vas ciega y desatinada en poder destos perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado. Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, di priesa á ponelle en tierra, y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos rogando á Mahoma rogase á Alá que nos destruyese, confundiese y acabase; y cuando por habernos hecho á la vela no pódimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo: mas una vez esforzó la voz de tal manera, que podimos entender que

decia: vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono, entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida si tú le dejas. Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra sino: plega á Alá, padre mio, que Lela Márien, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dijo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veíamos; y asi consolando yo á Zoraida atendimos todos á nuestro viaje, el cual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España; mas como pocas veces ó nunca viene el bien puro y sencillo sin ser acompañado ó seguido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer de cualquier padre que sean, quiso digo, que estando ya engolfados, y sien-

do ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos [75] cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca que nos fue forzoso amainar por no embestirle, y ellos asimismo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto á bordo del bajel á preguntarnos quién éramos, y adónde navegábamos, y de dónde veníamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa dijo nuestro renegado: ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y á lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza vino á dar la bala en mitad de nuestra barca de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, por-

que nos anegábamos. Amainaron entonces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y asi llegaron junto al nuestro; y viendo cuan pocos éramos, y como el bajel se hundia, nos recogieron, diciendo que por haber usado la descortesía de no respondelles nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion todos pasamos con los franceses, los cuales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojaron de todo cuanto teníamos, y á Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traia en los pies; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como me le daba el temor que tenia de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas al quitar de la joya que mas valia y ella mas estimaba; pero los deseos de aquella gente no se extienden á mas que al dinero, y desto jamas se ve harta su codicia, la cual entonces llegó á tanto que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran si de algun provecho les fueran; y hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos

de España con nombre de que eran bretones, y si nos llevaban vivos serian castigados siendo descubierto su hurto; mas el capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria [76] tocar en ningun puerto de España, sino irse luego á camino y pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiese, hasta la Rochela, de donde habia salido; y asi tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navío, y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España, con la cual vista y alegría [77] todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si propiamente no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho; y el capitan, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel, dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho; nosotros, sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostra-

ba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar antes que fuera muy de noche; pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y lejos de poblado, porque asi aseguraríamos el temor que de razon se debia tener que por alli anduviesen bajeles de cosarios de Tetuan, los cuales anochecen en Berbería, y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó fue que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose asi, y poco antes de la media noche seria cuando [78] llegamos al pie de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra, y besamos el suelo, y con lágrimas de muy alegrísimo contento dimos todos gracias á Dios Señor nuestro por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viaje: sacamos de la barca los bastimentos que tenia, tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo

trecho en la montaña, porque aun alli estábamos, y aun no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde á mi parecer de lo que quisiéramos: acabamos de subir toda la montaña por ver si desde alli algun poblado se descubria ó algunas cabañas de pastores; pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser menos sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della; pero lo que á mí mas me fatigaba era el ver ir á pie á Zoraida por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas le cansaba á ella mi cansancio que la reposaba su reposo, y asi nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase; y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco menos de un cuarto de legua debíamos de haber andado cuando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña esquila, señal clara que por alli cerca habia ganado; y mirando todos con atencion si alguno se parecia, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pie, y á lo que despues supimos los primeros que á la vista se le

ofrecieron fueron el renegado y Zoraida, y como él los vió en hábito de moros pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante comenzó á dar los mayores gritos del mundo diciendo: moros, moros hay en la tierra: moros, moros, arma, arma. Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabíamos qué hacernos; pero considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudase las ropas de turco y se vistiese un gileco ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa; y asi encomendándonos á Dios fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuándo habia de dar sobre nosotros la caballería de la costa; y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrian pasado dos horas cuando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros que con gran ligereza corriendo á media rienda á nosotros se venian: y asi como los vimos nos estuvimos quedos aguardándolos; pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los moros que buscaban tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno de ellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasion por que un pastor habia ape-

llidado [79] arma. Sí, dije yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de dónde veníamos, y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venian conoció al ginete que nos habia hecho la pregunta, y dijo sin dejarme á mí decir mas palabra: gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Velez Málaga: si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quién somos, sois Pedro de Bustamante tio mio. Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el ginete se arrojó del caballo, y vino á abrazar al mozo diciéndole: sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gozen el placer de verte: ya sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía comprendo que habeis tenido milagrosa libertad. Asi es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron que éramos cristianos cautivos se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Velez Málaga, que legua y media de alli estaba. Algunos dellos volvie-

ron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habíamos dejado, otros nos subieron á las ancas, y Zoraida fue en las del caballo del tio del cristiano. Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazon estaba en su punto, ansi con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colores, que si no es que la aficion entonces me engañaba, osara decir que mas hermosa criatura no habia en el mundo, á lo menos que yo la hubiese visto. Fuimos derechos á la iglesia á dar gracias á Dios por la merced recibida, y asi como en ella entró Zoraida, dijo que alli habia rostros que se parecian á los de Lela Márien. Dijímosle que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Márien que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde alli nos llevaron

y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, Zoraida y á mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Velez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se fue á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la santa Inquisicion al gremio santísimo de la Iglesia; los demas cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció: solos quedamos Zoraida y yo con solo los escudos que la cortesía del frances le dió á Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene, y sirviéndola yo hasta ahora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia, puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal que me admira, y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace nó saber

si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé decir que quisiera habérosla contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros mas de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPITULO XLII.

Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

Calló en diciendo esto el cautivo, á quien D. Fernando dijo: por cierto, señor capitan, el modo con que habeis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala á la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara; y en diciendo esto, D. Antonio [80] y todos los demas se le ofrecieron con todo lo á ellos posible

para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades: especialmente le ofreció D. Fernando que si queria volverse con él, que él haria que el marques su hermano fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que él por su parte le acomodaria de manera que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaba ya la noche, y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor oidor que aqui viene. Á este nombre se turbó la huéspeda, y dijo: señor, lo que en ello hay es que no tengo camas; si es que su merced del señor oidor la trae, que sí debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dijo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre, que en el trage mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga con las mangas arrocadas, que vestia mostraron ser oidor como su criado habia

dicho. Traia de la mano á una doncella al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte que á no haber visto á Dorotea y á Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella dificilmente pudiera hallarse. Hallóse D. Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y asi como le vió dijo: seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abajarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced digo en este paraiso, que aqui hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo: aqui hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el oidor del razonamiento de D. Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras, y sin hallar ningunas con que respondelle se tornó á admirar de nuevo cuando vió

delante de sí á Luscinda, Dorotea y á Zoraida, que á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recebirla; pero D. Fernando, Cardenio y el cura le hicieron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto el señor oidor entró confuso asi de lo que veia como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bien llegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el oidor que era gente principal toda la que alli estaba; pero el talle, visage y la postura de D. Quijote le desatinaba; y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado, que todas las mugeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera como en su guarda: y asi fue contento el oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el oidor traia se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que desde el punto que vió al oidor le dió saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian, cómo se llamaba, y si sabia de qué tierra era. El criado le respondió, que se lla-

maba el licenciado Juan Perez de Viedma; y que habia oido decir que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion y con lo que él habia visto se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre; y alborotado y contento, llamando aparte á D. Fernando, á Cardenio y al cura les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel oidor era su hermano. Habíale dicho tambien el criado como iba proveido por oidor á las Indias en la audiencia de Méjico: supo tambien como aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo qué modo tendria para descubrirse, ó para conocer [81] primero si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaria, ó le recibiria con buenas entrañas. Déjeseme á mí el hacer esa experiencia, dijo el cura; cuanto mas que no hay pensar sino que vos, señor capitan, sereis muy bien recebido, porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dijo el capitan, yo querria no de improviso sino por rodeos dármele á conocer. Ya os digo, respondió el cura, que yo lo trazaré de modo que todos

quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, eceto el cautivo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dijo el cura: del mismo nombre de vuestra merced, señor oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, la cual camarada era uno de los valientes soldados y capitanes que habia en toda la infantería española; pero tanto cuanto tenia de esforzado y valeroso tenia de desdichado. ¿Y cómo se llamaba ese capitan, señor mio? preguntó el oidor. Llamábase, respondió el cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon, el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego, porque me dijo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Caton; y sé yo decir que el que él escogió de venir á la guerra le habia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitan de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto maestre de campo; pero fuele la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, alli la

perdió con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fue en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucesos nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde alli vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los mas extraños casos que en el mundo han sucedido. De aqui fue prosiguiendo el cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zoraida á su hermano habia sucedido. Á todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna vez habia sido tan oidor como entonces. Solo llegó el cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habian quedado; de los cuales no habia sabido en qué habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádolos los franceses á Francia. Todo lo que el cura decia estaba escuchando algo de alli desviado el capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia; el cual viendo que ya el cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenándosele los ojos de agua, dijo: ¡ó señor, si supiésedes las nuevas que me habeis contado, y como me tocan tan en parte que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Ese capitan tan valeroso que decis es mi mayor hermano, el cual

como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fue uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestra camarada, en la conseja que á vuestro parecer le oistes. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico que con lo que ha enviado á mi padre y á mí ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural; y yo ansimismo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida á los de su hijo; del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre, que si él lo supiera ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo ahora me temo es de pensar si aquellos franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comenzé, sino

con toda melancolía y tristeza. ¡Ó buen hermano mio, y quién supiera ahora donde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos aunque fuera á costa de los mios! ¡Ó quién llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mias! ¡Ó Zoraida hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! ¡quién pudiera hallarse al renacer de tu alma y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el oidor lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo pues el cura que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes, y asi se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del oidor. Estaba esperando el capitan á ver lo que el cura queria hacer, que fue que tomándole á él asimismo de la otra mano, con entrambos á dos se fue donde el oidor y los demas caballeros estaban, y dijo: cesen, señor oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis

delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aqui veis es el capitan Viedma, y esta la hermosa mora que tanto bien le hizo: los franceses que os dije los pusieron en la estrecheza que veis para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el capitan á abrazar á su hermano, y él le puso [82] las manos en los pechos por mirarle algo mas apartado; mas cuando le acabó de conocer le abrazó tan estrechamente derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron apenas creo que pueden pensarse, cuanto mas escribirse. Alli en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos, alli mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos, alli abrazó el oidor á Zoraida, alli la ofreció su hacienda, alli hizo que la abrazase su hija, alli la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Alli Don Quijote estaba atento sin hablar palabra considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Alli concertaron que el capitan y Zoraida se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por

no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba á causa de tener nuevas que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolucion todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. D. Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante ó otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al oidor cuenta del humor extraño de D. Quijote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demas acomodándose como menos mal pudieron, D. Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de

Viedma, que ansi se llamaba la hija del oidor. Nadie podia imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza; y estando en esta confusion muy atentas llegó á la puerta del aposento Cardenio y dijo: quien no duerme escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta que encanta. Ya lo oimos, señor, respondió Dorotea, y con esto se fue Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion posible entendió que lo que se cantaba era esto.

CAPITULO XLIII.

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.

Marinero soy de amor,
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar á puerto alguno.
Siguiendo voy á una estrella,
que desde lejos descubro,
mas bella y resplandeciente,
que cuantas vió Palinuro.
Yo no sé adonde me guia,
y asi navego confuso,

el alma á mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.
Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso,
son nubes que me la encubren
cuando mas verla procuro.
¡Ó clara y luciente estrella,
en cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras
será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto le pareció á Dorotea que no seria bien que dejase Clara de oir una tan buena voz, y asi moviéndola á una y á otra parte la despertó diciéndole: perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oir la mejor voz que quizá habrás oido en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y volviéndoselo á preguntar, ella se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero apenas hubo oido dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño como si de algun grave accidente de cuartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea le dijo: ¡ay señora de mi alma y de mi vida! ¿para qué me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora era tenerme cerrados los ojos y los oi-

dos para no ver ni oir á ese desdichado músico. ¿Qué es lo que dices, niña? mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas. No es sino señor de lugares, respondió Clara, y del que él tiene en mi alma con tanta seguridad, que si él no quiere dejalle no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y asi le dijo: hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos; declaraos mas y decidme ¿qué es lo que decis de alma y de lugares, y deste músico cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder por acudir á vuestro sobresalto el gusto que recibo de oir al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna á su canto. Sea en buen hora, respondió Clara, y por no oille se tapó con las manos entrambos oidos, de lo que tambien se admiró Dorotea; la cual estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera:

Dulce esperanza mia,
Que rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la via
Que tú misma te finges y aderezas;
No te desmaye el verte
Á cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo,
Pues no hay mas rica prenda
Que la que se quilata por su gusto;
Y es cosa manifiesta
Que no es de estima lo que poco cuesta.
Amorosas porfias
Tal vez alcanzan imposibles cosas;
Y ansi, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso rezelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aqui dió fin la voz, y principio á nuevos sollozos Clara. Todo lo cual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y asi le volvió á preguntar qué era lo que le queria decir denantes. Entonces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea puso su boca tan junto del oido de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y asi le dijo: este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero natural del reino de Aragon, se-

ñor de dos lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre en la corte; y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fue ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia ó en otra parte: finalmente él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer y aun querer sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo; y aunque yo me holgaria mucho de que ansi fuera, como sola y sin madre no sabia con quién comunicallo, y asi lo dejé estar sin dalle otro favor sino era cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo de pesadumbre, y asi el dia que nos partimos nunca pude verle para despedirme dél siquiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada en un lugar una jornada de aqui, le vi á la puerta del meson puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural que

si yo no le trujera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocíle, admiréme y alegréme: él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde cuando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas dó llegamos: y como yo sé quien es, y considero que por amor de mí viene á pie y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los pies pongo yo los ojos. No sé con qué intencion viene, ni cómo ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy grande [83] estudiante y poeta: y hay mas, que cada vez que le veo ó le oigo cantar tiemblo toda, y me sobresalto temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echareis bien de ver que no es mozo de mulas como decis, sino señor de almas y lugares como ya os he dicho. No digais mas, señora Doña Clara, dijo á esta sazon Dorotea, y esto besándola mil veces: no digais mas, digo, y esperad que

venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. ¡Ay señora! dijo Doña Clara, ¿qué fin se puede esperar si su padre es tan principal y tan rico que le parecerá que aun yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto mas esposa? Pues casarme yo á hurto de mi padre no lo haré por cuanto hay en el mundo: no querria sino que este mozo se volviese y me dejase, quizá con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos se me aliviaria la pena que ahora llevo, aunque sé decir que este remedio que me imagino me ha de aprovechar bien poco: no sé qué diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad misma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el dia de S. Miguel que vendrá dice mi padre que los cumplo. No pudo dejar de reirse Dorotea oyendo cuan como niña hablaba Doña Clara, á quien dijo: reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios, y medraremos, ó mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormian la hija de la ventera y Maritornes su criada, las cuales, como ya sabian el humor de que pecaba D. Quijote, y que estaba fue-

ra de la venta armado y á caballo haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo menos de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates.

Es pues el caso que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo sino un agujero de un pajar por donde echaban la paja por defuera. Á este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que D. Quijote estaba á caballo recostado sobre su lanzon dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma; y asimismo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: ó mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y ultimadamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo; ¿y qué fará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros por solo servirte de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ó luminaria de las tres caras, quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece, qué glo-

ria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y finalmente qué vida á mi muerte, y qué premio á mis servicios. Y tú, sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver á mi señora, asi como la veas, suplícote que de mi parte la saludes; pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendré mas zelos de tí que tú los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por dónde corriste entonces zeloso y enamorado. Á este punto llegaba entonces D. Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido. Á cuyas señas y voz volvió D. Quijote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta; y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion que otra vez como la pasada la doncella fermosa hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor tornaba á solicitarle, y con este pensamiento por no mostrarse descortes y desagradecido volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al

agujero, y asi como vió á las dos mozas dijo: lástima os tengo, fermosa señora, de que háyades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella que en el punto que sus ojos la vieron la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recojeos en vuestro aposento, y no querais con significarme mas vuestros deseos que yo me muestre mas desagradecido; y si del amor que me teneis hallais en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia de dárosla en continente, si bien me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma. No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritornes. ¿Pues qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió D. Quijote. Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritornes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traido tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver eso, respondió D. Quijote;

pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritornes que sin duda D. Quijote daria la mano que le habia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer se bajó del agujero y se fue á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero á tiempo que Don Quijote se habia puesto de pies sobre la silla de Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano dijo: tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacareis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dijo Maritornes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. D. Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: mas pa-

rece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal. Pero todas estas razones de Don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque asi como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera que fue imposible soltarse. Estaba pues como se ha dicho de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro habia de quedar colgado del brazo, y asi no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podia esperar que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose D. Quijote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento como la vez pasada cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que cuando han probado una aventura, y

no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y asi no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo por ver si podia soltarse, mas él estaba tan bien asido que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento porque Rocinante no se moviese; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sino estar en pie ó arrancarse la mano. Alli fue el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno; alli fue el maldecir de su fortuna; alli fue el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que alli estuviese encantado, que sin duda alguna se habia creido que lo estaba; alli el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; alli fue el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido; alli llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen; alli invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese; y finalmente alli le tomó la mañana, tan desesperado y confuso que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna teniéndose por encantado: y hacíale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aque-

lla suerte sin comer ni beber ni dormir habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantase; pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por D. Quijote desde donde aun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo: caballeros ó escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para qué llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está que á tales horas, ó los que estan dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviaos afuera, y esperad que aclare el dia, y entonces veremos si será justo ó nó que os abran. ¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de priesa. ¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió D. Quijote. No sé de qué teneis talle, respondió el otro; pero sé que decis disparates en llamar castillo á esta

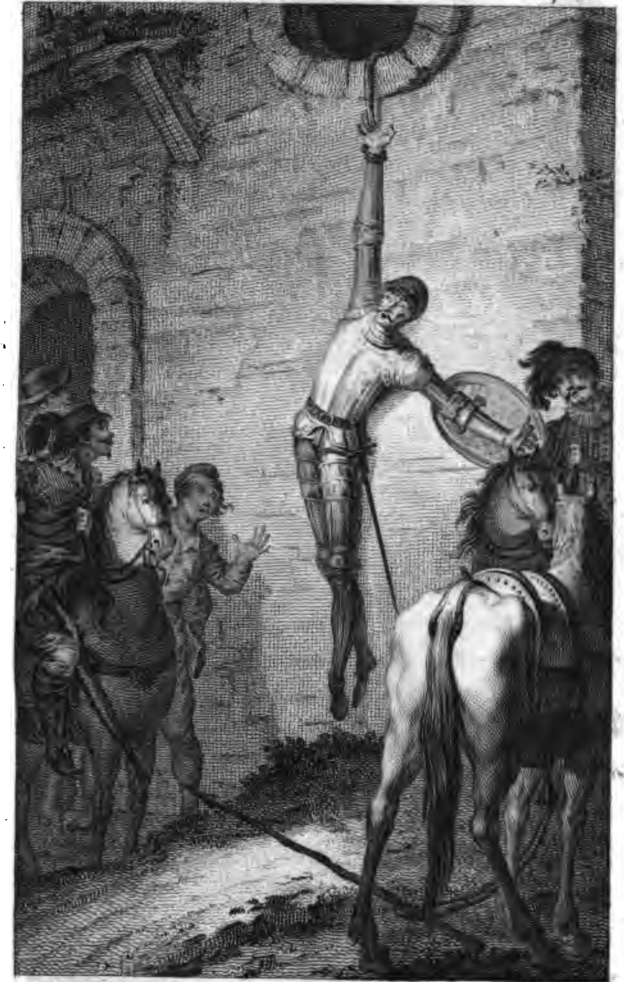
venta. Castillo es, replicó D. Quijote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al reves, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decis, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeis poco del mundo, replicó D. Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Cansábanse los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con D. Quijote pasaba, y asi tornaron á llamar con grande furia, y fue de modo que el ventero despertó y aun todos cuantos en la venta estaban, y asi se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias; y asi no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos pies de D. Quijote, y resbalando de la silla die-

ran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra, que era en su perjuicio; porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al suelo: bien asi como los que estan en el tormento de la garrucha puestos á toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que con poco mas que se estiren llegarán al suelo.

CAPITULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

En efecto fueron tantas las voces que Don Quijote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta salió el ventero despavorido á ver quién tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mismo. Maritornes, que ya habia despertado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fue al pajar y desató sin que nadie lo viese el cabestro que á D. Quijote sostenia, y él dió luego en el



J. Rivelles inv. y dib. *T. Lopez Enguídanos lo gr.*

suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegándose á él le preguntaron qué tenia, que tales voces daba. Él sin responder palabra se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pie subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo volvió á medio galope diciendo: cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafio á singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de D. Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion diciéndoles que era D. Quijote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mismas que traia el amante de Doña Clara. El ventero respondió que habia tanta gente en la venta que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el oidor, dijo: aqui debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren los demas á buscarle; y aun seria bien que uno de nosotros rodease toda la venta porque no se fuese por las bar-

das de los corrales. Asi se hará, respondió uno dellos, y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta y el otro se fue á rodear la venta: todo lo cual veia el ventero, y no sabia atinar para qué se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazon aclaraba el dia, y asi por esto como por el ruido que D. Quijote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente Doña Clara y Dorotea, que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. D. Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacia caso de él, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña; y si él hallara en las ordenanzas de su caballería que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado; pero por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los cuales halló al mancebo que buscaba durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien

descuidado de que nadie ni le buscase, ni menos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo y le dijo: por cierto, señor D. Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio, y el criado prosiguió diciendo: aqui no hay que hacer otra cosa, señor D. Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. ¿Pues cómo supo mi padre, dijo D. Luis, que yo venia este camino y en este trage? Un estudiante, respondió el criado, á quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fue el que lo descubrió movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó menos, y asi despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aqui á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede por el buen despacho con que tornaremos llevándoos á los ojos que tanto os quieren. Eso será como yo quisiere, ó como el cielo [84] ordenare, respondió D. Luis. ¿Qué habeis de

querer, ó qué ha de ordenar el cielo fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos pasaban oyó el mozo de mulas junto á quien D. Luis estaba, y levantándose de alli fue á decir lo que pasaba á D. Fernando y á Cardenio, y á los demas que ya vestido se habian, á los cuales dijo como aquel hombre llamaba de *Don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y como le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria: y con esto, y con lo que dél sabian de la buena voz que el cielo le habia dado, vinieron todos en gran deseo de saber mas particularmente quién era, y aun de ayudarle si alguna fuerza le quisiesen hacer, y asi se fueron hácia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salió [85] en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada, y llamando Dorotea á Cardenio aparte le contó en breves razones la historia del músico y de Doña Clara, á quien él tambien dijo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dijo tan callando que lo dejase de oir Doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los cuatro que venian á buscar

á D. Luis dentro de la venta y rodeados dél, persuadiéndole que luego sin detenerse un punto volviese á consolar á su padre. Él respondió que en ninguna manera lo podia hacer hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entonces los criados diciéndole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian, quisiese ó no quisiese. Esto no hareis vosotros, replicó D. Luis, sino es llevándome muerto, aunque de cualquiera manera que me lleveis será llevarme sin vida. Ya á esta sazon habian acudido á la porfía todos los mas que en la venta estaban, especialmente Cardenio, D. Fernando, sus camaradas, el oidor, el cura, el barbero y D. Quijote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian que ¿qué les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muévenos, respondió uno de los cuatro, dar la vida á su padre, que por la ausencia deste caballero queda á peligro de perderla. Á esto dijo Don Luis: no hay para que se dé cuenta aqui de mis cosas, yo soy libre, y volveré si me diere gusto, y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre; y cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que

somos obligados. Sepamos qué es esto de raiz, dijo á este tiempo el oidor; pero el hombre, que le conoció como vecino de su casa, respondió: ¿no conoce vuestra merced, señor oidor, á este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en el hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver? Miróle entonces el oidor mas atentamente y conocióle, y abrazándole dijo: ¿qué niñerías son estas, señor D. Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir de esta manera, y en este trage que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al oidor, el cual dijo á los cuatro que se sosegasen, que todo se haria bien, y tomando por la mano á D. Luis le apartó á una parte, y le preguntó qué venida habia sido aquella. Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas oyeron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa dellas que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habian intentado irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendia mas á su negocio que á los agenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños; y asi le comenzaron á dar tal mano, que

el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro mas desocupado para poder socorrerle que á D. Quijote, á quien la hija de la ventera dijo: socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le estan moliendo como á cibera. Á lo cual respondió D. Quijote muy de espacio y con mucha flema: fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros es lo que ahora diré: corred y decid á vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della. ¡Pecadora de mí! dijo á esto Maritornes que estaba delante: primero que vuestra merced alcanze esa licencia que dice estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcanze la licencia que digo, respondió D. Quijote, que como yo la tenga poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de alli le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo menos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que

quedeis mas que medianamente satisfechas: y sin decir mas se fue á poner de hinojos ante Dorotea pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La princesa se la dió de buen talante, y él luego embrazando su adarga y poniendo mano á su espada acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavía traian los dos huéspedes á maltraer al ventero; pero asi como llegó embazó y se estuvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le decian que en qué se detenia, que socorriese á su señor y marido. Deténgome, dijo D. Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil; pero llamadme aqui á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mogicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de D. Quijote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre. Pero dejémosle aqui, que no faltará quien le socorra, ó si nó sufra y calle el que se atreve á mas de á lo que sus fuerzas le prometen, y volvámonos atras cincuenta pasos á ver qué fue lo que D. Luis respondió al oidor, que le dejamos aparte preguntándole la causa de

su venida á pie y de tan vil trage vestido: á lo cual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dijo: señor mio, yo no sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo y facilitó nuestra vecindad que yo viese á mi señora Doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mismo dia ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces que desde lejos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, asi de haber oido el modo y la discrecion con que D. Luis

le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el qué poder tomar en tan repentino y no esperado negocio; y asi no respondió otra cosa sino que se sosegase por entonces, y entretuviese á sus criados, que por aquel dia no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las manos por fuerza D. Luis, y aun se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo el del oidor, que como discreto ya habia conocido cuan bien le estaba á su hija aquel matrimonio; puesto que si fuera posible lo quisiera efectuar con voluntad del padre de D. Luis, del cual sabia que pretendia hacer de título á su hijo. Ya á esta sazon estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de D. Quijote, mas que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de D. Luis aguardaban el fin de la plática del oidor y la resolucion de su amo, cuando el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero á quien D. Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo; el cual barbero llevando su jumento á la caballeriza vió á Sancho Panza que estaba aderezando no sé que de la albarda, y asi como la vió la conoció, y se atrevió á arremeter á

Sancho diciendo: ah don ladron, que aqui os tengo, venga mi bacía y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes. Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda y con la otra dió un mogicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, antes alzó la voz de tal manera que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia: aqui del rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladron salteador de caminos. Mentís, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos; que en buena guerra ganó mi señor D. Quijote estos despojos. Ya estaba D. Quijote delante con mucho contento de ver cuan bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde alli adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la órden de la caballería. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia vino á decir: señores, asi esta albarda es mia como la muerte que debo á Dios, y asi la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir; si nó pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame; y hay mas;

que el mismo dia que ella se me quitó me quitaron tambien una bacía de azofar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo. Aqui no se pudo contener Don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo [26] que fue, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita posesion: en lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo; yo se la di, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda no sabré dar otra razon sino es la ordinaria, que como esas trasformaciones se ven en los sucesos de la caballería: para confirmacion de lo cual corre, Sancho hijo, y saca aqui el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Par diez, señor, dijo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez de este buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó D. Quijote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guia-

das por encantamento. Sancho fue á do estaba la bacía y la trujo, y asi como D. Quijote la vió la tomó en las manos y dijo: miren vuestras mercedes con qué cara podrá decir este escudero, que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la órden de caballería que profeso, que este yelmo fue el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dijo á esta sazon Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta ahora no ha hecho con él mas de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados; y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPITULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

¿Qué les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacía sino yelmo? Y quien lo contrario dijere, dijo D. Quijote, le haré yo conocer que miente si fuere caballero, y si escudero que remiente mil veces. Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien

conocido el humor de D. Quijote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero: señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas ha de veinte años carta de examen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería sin que le falte uno, y ni mas ni menos fui un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien qué es yelmo, y qué es morrion y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados; y digo salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aqui delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo como está lejos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dijo D. Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera. Asi es, dijo el cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, D. Fernando y sus camaradas, y aun el oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de D. Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las veras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco ó nada atendia á aquellos donaires. ¡Válame Dios! dijo á esta sazon el barbero

burlado, que es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía sino yelmo; cosa parece esta que puede poner en admiracion á toda una universidad por discreta que sea. Basta, si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho. Á mí albarda me parece, dijo D. Quijote, pero ya he dicho que en eso no me entremeto. De que sea albarda ó jaez, dijo el cura, no está en mas de decirlo el señor D. Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores mios, dijo D. Quijote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo en dos veces que en él he alojado me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por via de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fue muy bien con otros sus secuaces, y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber cómo ni cómo nó vine á caer en aquella desgracia. Asi que ponerme yo ahora en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sen-

á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque voto á tal (y arrojóle redondo) que no me den á mí á entender quantos hoy viven en el mundo, al reves de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dijo el cura. Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los quadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado dijo: tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere debe de estar hecho uva. Mentís como bellaco villano, respondió D. Quijote, y alzando el lanzon, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el quadrillero se le dejara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demas quadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la santa hermandad. El ventero, que era de la quadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de D. Luis rodearon á D. Luis porque con el alboroto no se les fuese: el barbero viendo la casa revuelta tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: D. Quijote

puso mano á su espada y arremetió á los quadrilleros: D. Luis daba voces á sus criados que le dejasen á él, y acorriesen á D. Quijote y á Cardenio y á D. Fernando, que todos favorecian á D. Quijote: el cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligia, Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, y Doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho: Sancho molia al barbero: D. Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre: el oidor le defendia: D. Fernando tenia debajo de sus pies á un cuadrillero midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor: el ventero tornó á reforzar la voz pidiendo favor á la santa hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mogicones, palos, cozes y efusion de sangre; y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á D. Quijote que se veia metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y asi dijo con voz que atronaba la venta: ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. Á cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: ¿no os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que [**] alguna region de demonios

debe de habitar en él? En confirmacion de lo cual quiero que veais por vuestros ojos como se ha pasado aqui y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad como alli se pelea por la espada, aqui por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues vuestra merced, señor oidor, y vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante, y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz; porque por Dios todopoderoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aqui estamos se mate por causas tan livianas. Los cuadrilleros, que no entendian el frasis de D. Quijote, y se veian malparados de D. Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse: el barbero sí, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas y el albarda: Sancho á la mas mínima voz de su amo obedeció como buen criado: los cuatro criados de Don Luis tambien se estuvieron quedos viendo cuan poco les iba en no estarlo; solo el ventero porfiaba que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta: finalmente el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de D. Quijote. Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del

oidor y del cura, volvieron los criados de D. Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos; y en tanto que él con ellos se avenia, el oidor comunicó con D. Fernando, Cardenio y el cura qué debia hacer en aquel caso, contándoselo con las razones que Don Luis le habia dicho. En fin fue acordado que D. Fernando dijese á los criados de D. Luis quién él era, y como era su gusto que Don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el marques seria estimado como el valor de D. Luis merecia, porque desta manera se sabia de la intencion de D. Luis que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre si le hiciesen pedazos. Entendida pues de los cuatro la calidad de D. Fernando y la intencion de D. Luis, determinaron entre ellos que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á D. Luis, y á no dejalle hasta que ellos volviesen por él, ó viese lo que su padre les ordenaba. Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia granjeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano resucitando nuevas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso que los cuadrilleros se sosega-

ron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles que de cualquiera manera que sucediese habian de llevar lo peor de la batalla; pero uno dellos, que fue el que fue molido y pateado por D. Fernando, le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traia para prender algunos delincuentes, traia uno contra D. Quijote, á quien la santa hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho con mucha razon habia temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de D. Quijote traia venian bien, y sacando del seno un pergamino topó con el que buscaba, y poniéndosele á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leia ponia los ojos en Don Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de D. Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba; y apenas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á D. Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia: favor á la santa hermandad; y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el cura, y vió como era verdad cuanto

el cuadrillero decia, y como convenia con las señas con D. Quijote, el cual viéndose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la cólera en su punto, y crujiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo él asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros alli dejara la vida antes que D. Quijote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes y su hija pidiendo favor al cielo y á los que alli estaban. Sancho dijo viendo lo que pasaba: vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. D. Fernando despartió al cuadrillero y á Don Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque asi convenia al servicio del rey y de la santa hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oir decir estas razones D. Quijote, y con

mucho sosiego dijo: venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, cuanto mas la asistencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la santa hermandad, decidme ¿quién fue el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? ¿quién fue el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿qué rey no le asentó á su

mesa? ¿qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo que no tenga brios para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

CAPITULO XLVI.

De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero D. Quijote.

En tanto que D. Quijote esto decia estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros como D. Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para qué llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dejar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de D. Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas. Con todo eso, dijo el cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dejará llevarse á lo que yo entiendo. En efecto tanto les supo el cura decir, y tantas locuras supo D. Quijote hacer, que mas locos fueran que no él los cuadrilleros si no conocieran la

falta de D. Quijote, y así tuviéron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rancor á su pendencia. Finalmente ellos como miembros de justicia mediaron la causa, y fueron árbitros della, de tal modo que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo menos en algo satisfechas; porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura á socapa, y sin que D. Quijote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entonces ni por siempre jamas amen. Sosegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales y de mas tomo, restaba que los criados de D. Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde D. Fernando le queria llevar: y como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romper lanzas, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentaron de cuanto D. Luis queria, de que recibió tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara al rostro que no conociera el regocijo de su alma. Zoraida, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia vis-

to, se entristecia y alegraba á bulto conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenia siempre puestos los ojos y traia colgada el alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura habia hecho al barbero, pidió el escote de D. Quijote con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante ni el jumento de Sancho sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el cura, y lo pagó D. Fernando, puesto que el oidor de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como D. Quijote habia dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano: de todo lo cual fue comun opinion que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del señor cura, y á la incomparable liberalidad de D. Fernando. Viéndose pues D. Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias asi de su escudero como suyas, le pareció que seria bien seguir su comenzado viage, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido; y asi con resoluta determinacion se fue á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obe-

decella se puso en pie y le dijo: es comun proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa: todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño que lo echásemos de ver algun dia: porque ¿quién sabe si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruille, y dándole lugar el tiempo se fortificase en algun inexpugnable castillo ó fortaleza contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura, que no está mas de tenerla vuestra grandeza como desea de cuanto yo tardo de verme con vuestro contrario. Calló, y no dijo mas D. Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa infanta, la cual con ademan señoril y acomodado al estilo de D. Quijote le respondió desta manera: yo os agradezco, señor ca-

ballero; el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien asi como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer á los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla, para que veais que hay agradecidas mugeres en el mundo; y en lo de mi partida sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra; disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. Á la mano de Dios, dijo D. Quijote; pues asi es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono: la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, porque suele decirse que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafren de la reina, y despidámonos del castellano y destos señores, y vamos de aqui luego al punto. Sancho, que á todo estaba presente, dijo meneando la cabeza á una parte y á otra: ay señor, señor, y como hay mas mal en el aldegüela que se suena; con perdon sea dicho de las tocas honradas. ¿Qué mal puede haber en ninguna aldea ni en todas las

ciudades del mundo que pueda sónarse en menoscabo mio, villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor. Di lo que quisieres, replicó Don Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo, que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es eso, pecador fui yo á Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora, que se dice ser reina del gran reino Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque á ser lo que ella dice no se anduviera hocicando con alguno de los que estan en la rueda á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Paróse colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo D. Fernando alguna vez á hurto de otros ojos habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos, lo cual habia visto Sancho, y parecídole que aquella desenvoltura mas era de dama cortesana que de reina de tan gran reino, y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fue diciendo: esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta,

no hay para qué darme priesa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. ¡O válame Dios, y cuán grande que fue el enojo que recibió D. Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fue tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos dijo: ó bellaco villano, mal mirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente, ¿tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas: vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira; y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas: á cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus pies la tierra y le tragara; y no supo qué hacerse sino volver las espaldas, y quitarse de la

enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de D. Quijote, dijo para templarle la ira: no os despecheis, señor caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y asi se ha de créer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica via lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazon D. Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie. Asi es y asi será, dijo D. Fernando, por lo cual debe vuestra merced, señor D. Quijote, perdonalle y reducille al gremio de su gracia *sicut erat in principio* antes que las tales visiones le sacasen de juicio. D. Quijote respondió que él le perdonaba, y el cura fue por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas

pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dejado besar le echó la bendicion diciendo: ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento. Asi lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria. No lo creas, respondió D. Quijote, que si asi fuera yo te vengara entonces y aun ahora; pero ni entonces ni ahora pude ni vi en quién tomar venganza de tu agravio. Desearon saber todos qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no menos se corriera Sancho si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento, puesto que jamas llegó la sandez de Sancho á tanto que creyése no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creia y lo afirmaba. Dos dias eran ya pasados los que habia que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta; y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron órden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y D. Fernando con D. Quijote á su aldea con la invencion de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y

el barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fue que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente D. Quijote, y luego D. Fernando y sus camaradas, con los criados de D. Luis y los quadrilleros juntamente con el ventero, todos por órden y parecer del cura se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quien de una manera y quien de otra, de modo que á D. Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiéndole fuertemente le ataron muy bien las manos y los pies de modo que cuando él despertó con sobresalto no pudo menearse ni hacer otra cosa mas que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes, y luego dió en la cuenta de lo que su contínua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear ni defender, todo á punto como habia pensado que sucederia el cura trazador.

desta máquina. Solo Sancho de todos los presentes estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca hasta ver en qué paraba aquel asalto y prision de su amo, el cual tampoco hablaba palabra atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fue que trayendo alli la jaula le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no el del albarda sino el otro, que decia: *ó caballero de la Triste Figura, no te dé afincamiento la prision en que vas, porque asi conviene para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso: la cual se acabará cuando el furibundo leon manchego con la blanca paloma tobosina yacieren* [29] *en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco: de cuyo inaudito consorcio saldrán á la luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre; y esto será antes que el seguidor de la fugitiva Ninfa faga dos vegadas la visita de las lucientes imágines con su rápido y natural curso. Y tú, ó el mas noble y obediente escudero que tuvo*

espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices, no te desmaye ni descontente ver llevar así delante de tus ojos mismos á la flor de la caballería andante; que presto, si al plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor; y asegúrote de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde pareis entrambos; y porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sé; y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oian. Quedó D. Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente alzó la voz, y dando un gran suspiro dijo: ó tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje

perecer en esta prision donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aqui se me han hecho: que como esto sea tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso; y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder que no me dejará en buena ni en mala suerte, porque cuando no suceda por la suya ó por mi corta ventura el poderle yo dar la ínsula ó otra cosa equivalente que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPITULO XLVII.

Del extraño modo con que fue encantado Don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

Cuando D. Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro dijo: muchas y muy graves historias he yo leido de caballeros andantes; pero jamas he leido ni visto ni oido que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipogrifo ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confusion; pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y tambien podria ser que como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos, y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo? No sé yo lo que me parece, respondió

Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo eso osaria afirmar y jurar que estas visiones que por aqui andan, que no son del todo católicas. ¡Católicas, mi padre! respondió Don Quijote: ¿cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de aire, y como no consisten mas de en la apariencia. Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado; y este diablo que aqui anda tan solícito es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios; porque segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores; pero este huele á ámbar de media legua. Decia esto Sancho por D. Fernando, que como tan señor debia de oler á lo que Sancho decia. No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió D. Quijote; porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razon es, que como ellos donde quiera que están traen el infierno consigo, y no pueden recebir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y con-

tenta; no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á tí te parece que ese demonio que dices huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y temiendo D. Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcanzes, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero le ordenaron que ensillase á Rocinante, y enalbardase el jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el cura se habia concertado con los cuadrilleros que le acompañasen hasta su lugar dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante del un cabo la adarga y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos cuadrilleros con sus escopetas; pero antes que se moviese el carro salió la ventera, su hija y Maritornes á despedirse de Don Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, á quien D. Quijote dijo: no lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran no me tuviera yo por famoso caballero andante, porque á los caballeros de po-

co nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero con todo eso la virtud es tan poderosa que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroástes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo como la da el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado por descuido mio os he fecho, que de voluntad y á sabiendas jamas le dí á nadie; y rogad á Dios me saque de estas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho para gratificarlas, servillas y recompensallas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto pasaban con D. Quijote, el cura y el barbero se despidieron de D. Fernando y sus camaradas, y del capitan y de su hermano y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo D. Fernando al cura dónde habia de escribirle para avisarle en lo que paraba D. Quijote, asegurándole que no habria cosa que mas gusto le diese que

saberlo; y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, asi de su casamiento como del bautismo de Zoraida, y suceso de D. Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al cura y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta donde se halló la novela del Curioso impertinente, y que pues su dueño no habia vuelto mas por alli, que se los llevase todos, que pues él no sabia leer no los queria. El cura se lo agradeció, y abriéndolos luego vió [90] que al principio del escrito decia: *Novela de Rinconete y Cortadillo*, por donde entendió ser alguna novela, y coligió que pues la del Curioso impertinente habia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo autor; y asi la guardó con prosupuesto de leerla cuando tuviese comodidad. Subió á caballo, y tambien su amigo el barbero con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de Don Quijote, y pusiéronse á caminar tras el carro; y la órden que llevaban era esta: iba primero el carro guiándole su dueño, á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas; seguia luego Sancho Panza sobre su asno llevando de rienda á Roci-

nante: detras de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. D. Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra; y asi con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes; y comunicándolo con el cura, fue de parecer el barbero que caminasen un poco mas, porque él sabia que detras de un recuesto que cerca de alli se mostraba habia un valle de mas yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del barbero, y asi tornaron á proseguir su camino. En esto volvió el cura el rostro, y vió que á sus espaldas venian hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto á sestear á la venta que menos de una legua de alli se parecia. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortesmente; y uno de los que venian, que en resolu-

cion era canónigo de Toledo y señor de los demas que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, cura y barbero, y mas á Don Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera; aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debia de ser algun facinoroso salteador, ó otro delincuente cuyo castigo tocase á la santa hermandad. Uno de los cuadrilleros, á quien fue hecha la pregunta, respondió así: señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyó D. Quijote la plática, y dijo: ¿por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? porque si lo son comunicaré con ellos mis desgracias, y si nó no hay para qué me canse en decirlas; y á este tiempo habian ya llegado el cura y el barbero viendo que los caminantes estaban en pláticas con D. Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio. El canónigo á lo que D. Quijote dijo respondió: en verdad hermano, que sé mas de libros de caballerías, que de las súmulas de Villalpando; asi que, si no está mas que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéredes. Á la mano de Dios, replicó D. Quijote: pues así es, quiero, señor

caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos: caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamas la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envidia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el señor D. Quijote de la Mancha, dijo á esta sazon el cura, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada, y la valentía enoja. Este es, señor, *el caballero de la Triste Figura*, si ya le oistes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronces duros y en eternos mármoles, por mas que se canse la envidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en la misma admiracion cayeron todos los que con él

venian. En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oir la plática, para adobarlo todo dijo: ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es, que asi va encantado mi señor D. Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demas hombres, y como las hacia ayer antes que le enjaulasen. Siendo esto asi, ¿cómo quieren hacerme á mí entender que va encantado? pues yo he oido decir á muchas personas, que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo si no le van á la mano hablará mas que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al cura prosiguió diciendo: ¡ah señor cura, señor cura! ¿pensará vuestra merced que no le conozco? ¿y pensará que yo no calo y adivino adonde se encaminan estos nuevos encantamentos? pues sepa que le conozco por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por mas que disimule sus embustes. En fin donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escasez la liberalidad. Mal haya el diablo, que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa asi de la bondad de mi señor *el de la Triste Figura*, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo

que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda mas lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi muger me pesa, pues cuando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador ó visorey de alguna ínsula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es mas de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor D. Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso. Adóbame esos candiles, dijo á este punto el barbero; ¿tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? vive el Señor que voy viendo que le habeis de tener compañía en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseais. Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dejaria empreñar del rey que fuese; y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie; y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre

puedo venir á ser papa, cuanto mas goberna-dor de una ínsula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien darlas. Vuestra merced mire cómo habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso; y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aqui, porque es peor menearlo. No quiso responder el barbero á Sancho porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir, y por este mismo temor habia el cura dicho al canónigo que caminase un poco delante, que él le diria el misterio del enjaulado con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo asi el canónigo, y adelantóse con sus criados y con él estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de D. Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo de oir la peregrina historia de D. Quijote, y en acabándola de oir dijo: verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballe-

rías; y aunque he leido, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los mas que hay impresos, jamas me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que cual mas, cual menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene mas este que aquel, ni estotro que el otro; y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique? Y ¿qué cuando nos quieren pintar una batalla despues de haber dicho que hay de la parte

de los enemigos un millon [91] de combatientes? Como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo. Pues ¿qué diremos de la facilidad con que una reina ó emperatriz heredera se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y mañana amanece en tierras del preste Juan de las Indias, ó en otras que ni las describió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si á esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que asi no estan obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderles hia yo, que tanto la mentira es mejor, cuanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada, cuanto tiene mas de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborozen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiracion y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de

la imitacion, en quien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion á formar una quimera ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las hazañas increibles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages, y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana como gente inutil. El cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en cuanto decia; y asi le dijo, que por ser él de su misma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerías, habia quemado todos los de D. Quijote, que eran muchos; y contóle el escrutinio que dellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego y dejado con vida, de que no poco se rió el canónigo, y dijo que con todo cuanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sugeto que ofrecian, para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo por donde sin

empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitan valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento; alli una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aqui un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado bárbaro fanfarron; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado; representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores; ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante si quisiere: puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Enéas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinon, la amistad de Euríalo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Caton, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en

muchos; y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invencion, que tire lo mas que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos tejida, que despues de acabada tal perfeccion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho, porque la escritura desatada destos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria, que la épica tambien puede escrebirse en prosa como en verso.

CAPITULO XLVIII.

Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

Asi es como vuestra merced dice, señor canónigo, dijo el cura, y por esta causa son mas dignos de reprension los que hasta aqui han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina. Yo á lo menos, replicó el canónigo, he tenido cier-

ta tentacion de hacer un libro de caballerías guardando en él todos los puntos que he significado: y si he de confesar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondian á mi estimacion las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes que solo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion; pero con todo esto no he proseguido adelante, asi por parecerme que hago cosa agena de mi profesion, como por ver que es mas el número de los simples que de los prudentes; y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero lo que mas me le quitó de las manos y aun del pensamiento de acabarle, fue un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: si estas que ahora se usan asi las imaginadas como las de historia, todas ó las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan pies ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas estando tan lejos de serlo; y los autores [92] que las componen, y los autores que las representan dicen que asi han de ser, porque asi las quiere el vulgo, y no de otra manera;

y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos: deste modo vendrá á ser mi libro al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del cantillo; y aunque algunas veces he procurado persuadir á los autores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraerán y mas fama cobrarán representando comedias que sigan el arte que no con las disparatadas, ya estan tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razon ni evidencia que dél los saque. Acuérdome que un dia dije á uno destos pertinaces: decidme, ¿no os acordais que ha pocos años que se representaron en España tres tragedias que compuso un famoso poeta de estos reinos, las cuales fueron tales que admiraron, alegraron y suspendieron á todos cuantos las oyeron, asi simples como prudentes, asi del vulgo como de los escogidos, y dieron mas dineros á los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que despues acá se han hecho? ¿Sin duda, respondió el autor que digo, que debe de decir vuestra merced por *la Isabela*, *la Filis* y *la Alejandra*? Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien los

preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo: asi que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí que no fue disparate *la Ingratitud vengada*, ni le tuvo *la Numancia*, ni se le halló en la del *Mercader amante*, ni menos en *la Enemiga favorable*, ni en otras algunas que de algunos entendidos poetas han sido compuestas para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado; y otras cosas añadí á estas con que á mi parecer le dejé algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo, dijo á esta sazon el cura, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque habiendo de ser la comedia, segun le parece á Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres, é imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades, é imágines de lascivia: porque ¿qué mayor disparate puede ser en el sugeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y ¿qué mayor que pintarnos un viejo valiente,

y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un page consejero, un rey ganapan, y una princesa fregona? ¿Qué diré pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y aun si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabara en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo? Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga á ningun mediano entendimiento que fingiendo una accion que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fue el emperador Heraclio, que entró con la Cruz en Jerusalen, y el que ganó la Casa santa como Godofre de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro; y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables? Y es lo malo, que hay ignorantes que digan que esto es lo perfeto, y que lo demas es buscar gullurías. ¿Pues qué si venimos á las comedias divinas? ¡Qué de milagros fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal en-

tendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro! y aun en las humanas se atreven á hacer milagros sin mas respeto ni consideracion que parecerles que alli estará bien el tal milagro y apariencia como ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga á la comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios españoles; porque los extrangeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes viendo los absurdos y disparates de las que hacemos; y no seria bastante disculpa desto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que pues este se consigue con cualquier comedia buena ó mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan á que las hagan como debian hacerse, pues como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. Á lo cual responderia yo, que este fin se conseguiria mucho mejor sin comparacion alguna con las comedias buenas que con las no tales, porque de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada saldria el oyente alegre con las burlas, enseña-

do con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare por rústico y torpe que sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario ahora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarian si no fuesen de aquel jaez; y asi el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad véase [93] por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes no

han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes, y en deshonra de algunos linages; y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes que se representasen; no solo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la cual aprobacion, sello y firma ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna; y desta manera los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrian representarlas, y aquellos que las componen mirarian con mas cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiende: y desta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicísimamente lo que en ellas se pretende, asi el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigarlos: y si se diese cargo á otro ó á este mismo que examinase

los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion. Á este punto de su coloquio llegaban el canónigo y el cura cuando adelantándose el barbero llegó á ellos, y dijo al cura: aqui, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que sesteando nosotros tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto. Asi me lo parece á mí, respondió el cura, y diciéndole al canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia; y asi por gozar dél como de la conversacion del cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber mas por menudo las hazañas de D. Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no lejos de alli estaba, y trujesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde: á lo cual uno de sus criados respondió, que el acémila del repuesto, que

ya debia de estar en la venta, traia recado bastante para no obligar á tomar de la venta mas que cebada. Pues asi es, dijo el canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la continua asistencia del cura y el barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dijo: señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es que aquestos dos que vienen aqui encubiertos los rostros son el cura de nuestro lugar y el barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaido y tonto. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá cómo no va encantado, sino trastornado el juicio. Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondió D. Quijote, que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad: y en lo que dices que aquellos que alli van y vienen con nosotros son el cura y el barbero nuestros compatriotos y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas en nin-

guna manera: lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos para darte á tí ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél aunque tuvieses la soga de Teseo; y tambien lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de dónde me viene este daño: porque si por una parte tú me dices que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga ó piense, sino que la manera de mi encantamento excede á cuantas yo he leido en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Asi que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque asi son ellos como yo soy turco: y en lo que toca á querer preguntarme algo, di, que yo te responderé aunque me preguntes de aqui á mañana. ¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho dando una gran voz; ¿y es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto de meollo que no eche de

ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene mas parte la malicia que el encanto? Pero pues asi es, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado: si nó dígame, asi Dios le saque desta tormenta, y asi se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando ménos piense. Acaba de conjurarme, dijo D. Quijote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad. Eso pido, replicó Sancho, y lo que quiero saber és, que me diga sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas como vuestra merced las profesa debajo de título de caballeros andantes. Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió D. Quijote; acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y asi, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, ¿si acaso despues que vuestra merced va enjaulado y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse? No entiendo eso de hacer aguas, Sancho, aclárate mas si quieres que te responda derechamante. ¿Es posible que no entiende vuestra merced de hacer aguas me-

nores ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir ¿si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa? Ya, ya te entiendo, Sancho; y muchas veces, y aun ahora la tengo, sácame deste peligro, que no anda todo limpio.

CAPITULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor D. Quijote.

Ah! dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber como al alma y como á la vida. Venga acá, señor, ¿podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad, no sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? de donde se viene á sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales estan encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sancho, respondió D. Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podria ser

que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacian; de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de qué hacer consecuencias: yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfacion seria bien que vuestra merced probase á salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun sacarle della, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado, segun va de malencólico y triste; y hecho esto probásemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula: en la cual prometo á la ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo. Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó

D. Quijote, y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero hasta que llegaron donde ya apeados los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como D. Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero; el cual rogó al cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir no iria tan limpia aquella prision como requeria la decencia de un tal caballero como su amo. Entendióle el cura, y dijo que de muy buena gana haria lo que le pedia si no temiera que en viéndose su señor en libertad habia de hacer de las suyas, y irse donde jamas gentes le viesen. Yo le fio de la fuga, respondió Sancho. Y yo y todo, dijo el canónigo, y mas si él me da la palabra como caballero de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad. Sí doy, respondió D. Quijote, que todo lo estaba escuchando; cuanto mas que el que está encantado como yo no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó

le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos, y si hubiere huido le hará volver en volandas; y que pues esto era asi bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos, y del no soltarle les protestaba que no podia dejar de fatigarles el olfato si de alli no se desviaban. Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenia atadas, y debajo de su buena fe y palabra le desenjaularon, de que él se alegro infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula; y lo primero que hizo fue estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo: aun espero en Dios y en su bendita madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor á cuestas, y yo encima de tí ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo; y diciendo esto D. Quijote se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado y con mas deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Mirábalo el canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondia mostraba tener bonísimo entendimiento, solamente venia á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías; y asi movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del canónigo, le dijo: ¿es posible,

señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo que venga á creer que va encantado, con otras cosas de este jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Félixmarte de Hircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trages, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mugeres valientes, y finalmente tantas [94] y tan disparatadas cosas como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared; y aun diera con él en el fuego si cerca ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena por ser falsos y embusteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y co-

mo á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen: y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho; pues le han traido á términos que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en lugar para ganar con él dejando que le vean. Ea, señor D. Quijote, duélase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fue servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra letura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra; y si todavía llevado de su natural inclinacion quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la sacra Escritura el de los Jueces, que alli hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un César Roma, un Aníbal Cartago, un Alejandro Grecia, un conde Fernan Gonzalez Castilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andalucía, un Diego García de Paredes Extremadura, un Garci Perez de Várgas Jerez, un Garcilaso Toledo, un D. Manuel de Leon

Sevilla, cuya lecion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar á los mas altos ingenios que los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor D. Quijote mio, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía; y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do segun he sabido trae vuestra merced su principio y orígen. Atentísimamente estuvo D. Quijote escuchando las razones del canónigo; y cuando vió que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando le dijo: paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, é inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesion de la caballería andante que ellos enseñan, negándome que no ha habido en el mundo Amadises ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras estan llenas. Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dijo á esta sazon el canónigo. Á lo

cual respondió D. Quijote: añadió tambien vuestra merced diciendo que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmienda y mudar de letura leyendo otros mas verdaderos y que mejor deleitan y enseñan. Asi es, dijo el canónigo. Pues yo, replicó D. Quijote, hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecia la misma pena que vuestra merced dice que da á los libros cuando los lee y le enfadan: porque querer dar á entender á nadie que Amadis no fue en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que estan colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el hielo enfria, ni la tierra sustenta: porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir á otro que no fue verdad lo de la infanta Floripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabras con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno? que voto á tal que es tanta verdad como es ahora de dia; y si es mentira, tambien lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el rey Ártus de Inglaterra, que

anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos; y tambien se atreverán á decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del santo Grial, y que son apócrifos los amores de D. Tristan y la reina Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fue la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña; y es esto tan así, que me acuerdo yo que me decia una mi agüela de parte de mi padre cuando veia alguna dueña con tocas reverendas: aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona; de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, ó por lo menos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. ¿Pues quién podrá negar no ser verdadera la historia de Piérres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy dia se ve en la armería de los reyes la clavija con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Piérres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta? y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerpo de Roldan tamaño como una grande viga: de donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Piérres, que hubo Cides, y otros caballeros semejantes destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no díganme tambien que no es verdad que fue caballero andante el va-

liente lusitano Juan de Merlo, que fue á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charní, llamado Mosen Piérres, y despues en la ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor, y lleno de honrosa fama; y las aventuras y desafíos que tambien acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varon) venciendo á los hijos del conde de san Polo. Niéguenme asimismo que no fue á buscar las aventuras á Alemania D. Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso; las empresas de Mosen Luis de Falces contra D. Gonzalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extrangeros, tan auténticas y verdaderas, que torno á decir que el que las negase careceria de toda razon y buen discurso. Admirado quedó el canónigo de oir la mezcla que D. Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería, y asi le respondió: no puedo yo negar, señor D. Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en

lo que toca á los caballeros andantes españoles: y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia; pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpin dellos describe: porque la verdad dello es, que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía: á lo menos si no lo eran, era razon que lo fuesen, y era como una religion de las que ahora se usan de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen caballero de S. Juan ó de Alcántara, decian en aquel tiempo caballero de los doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice del conde Piérres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como vuestra merced ha dicho. Pues allí está sin duda alguna, replicó D. Quijote, y por mas señas dicen que está metida en una funda de va-

queta porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el canónigo, pero por las órdenes que recebí, que no me acuerdo haberla visto; mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que estan escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPITULO L.

De las discretas altercaciones que D. Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos.

Bueno está eso, respondió D. Quijote, los libros que estan impresos con licencia de los reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas de cualquier estado y condicion que sean, ¿habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el

padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas punto por punto y dia por dia que el tal caballero hizo, ó caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto; si nó léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si nó dígame, ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aqui ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima que dice: *tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si asi no lo haces no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas que debajo desta negregura yacen?* ¿y que apenas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, cuando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora se arroja en mitad del bullente lago, y cuando

no se cata ni sabe dónde ha de parar se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa? Alli le parece que el cielo es mas trasparente, y que el sol luce con claridad mas nueva: ofrécesele á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intricados ramos van cruzando. Aqui descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con órden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor; de manera que el arte imitando á la naturaleza parece que alli la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcazar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de

perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura; y ¿hay mas que ver despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trages, si yo me pusiese ahora á decirlos como las historias nos los cuentan seria nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un manton sobre los hombros, que por lo menos menos dicen que suele valer una ciudad, y aun mas? ¿qué es ver pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar, y de olorosas flores distilada? ¿qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿qué verle servir todas las doncellas guardando un maravilloso silencio? ¿qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál deba de alargar la mano? ¿cuál será oir la música que en tanto que come suena, sin saberse quién la

canta ni adónde suena? ¿y despues de la comida acabada y las mesas alzadas quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de como ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho lea estos libros, y verá como le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion si acaso la tiene mala. De mí sé decir que despues que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme rey de algun reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que mia fe, señor, el

pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento que solo consiste en el deseo es cosa muerta como es muerta la fe sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion donde me hiciese emperador por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un condado que le tengo muchos dias ha prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado. Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo: trabaje vuestra merced, señor D. Quijote, en darme ese condado tan prometido de vuestra merced como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oido decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida gozando de la renta que le dan sin curarse de otra cosa; y asi haré yo, y no repararé en tanto mas cuanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan. Eso, hermano Sancho, dijo el canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero al adminis-

trar justicia ha de entender el señor del estado, y aqui entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines; y asi suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza, mas solo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan rey seria yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese haria mi gusto, y haciendo mi gusto estaria contento, y en estando uno contento nó tiene mas que desear, y no teniendo mas que desear acabóse, y el estado venga, y á Dios y veámonos, como dijo un ciego á otro. No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho, pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de condados. Á lo cual replicó D. Quijote: yo no sé que haya mas que decir [95], solo me guio por el ejemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero conde de la ínsula firme, y asi puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido. Admirado [96] quedó el canónigo de los concertados disparates (si disparates sufren concierto) que Don

Quijote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leido, y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del repuesto, y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron alli porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho; y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que alli junto estaban sonaba, y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo: tras ella venia un cabrero dándole voces, y diciéndole palabras á su uso para que se detuviese ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida se vino á la gente como á favorecerse della, y alli se detuvo. Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento le dijo: ha cerrera, cerrera, manchada, manchada, ¿y cómo andais vos estos dias de pie cojo? ¿qué lobos os espantan, hija? ¿no me direis qué es esto, hermosa? Mas

qué puede ser sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada, que mal haya vuestra condicion y la de todas aquellas á quien imitais. Volved, volved, amiga, que si no tan contenta, á lo menos estareis [97] segura en vuestro aprisco ó con vuestras compañeras: que si vos que las habeis de guardar y encaminar andais tan sin guia y tan descaminada, ¿en qué podrán parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo: por vida vuestra, hermano, que os sosegueis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño; que pues ella es hembra, como vos decis, ha de seguir su natural distinto por mas que vos os pongais á estorbarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templareis la cólera, y en tanto descansará la cabra; y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fue uno. Tomólo y agradecióle el cabrero, bebió y sosegóse, y luego dijo: no querria que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias. Eso creo yo muy bien, dijo el cura, que ya yo sé de experiencia que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filóso-

sos. Á lo menos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados; y para que creais esta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadais dello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oido atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor (señalando al cura) ha dicho, y la mia. Á esto respondió D. Quijote: por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y asi lo harán todos estos señores por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad pues, amigo, que todos escucharemos. Saco la mia, dijo Sancho, que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oido decir á mi señor D. Quijote que el escudero de caballero andante ha de comer cuando se le ofreciere hasta no poder mas, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intricada que no aciertan á salir della en seis dias, y si el hombre no va harto ó bien proveidas las alforjas, alli se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia. Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo Don Quijote; vete adonde quisieres, y come lo

que pudiéres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre. Asi la daremos todos á las nuestras, dijo el canónigo, y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: recuéstate junto á mí, manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y mirándole al rostro daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia desta manera.

CAPITULO LI.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á D. Quijote.

Tres leguas deste valle está una aldea, que aunque pequeña es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, en la cual habia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anejo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia mas dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion,

donaire y virtud, que el que la conocia y la miraba se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fue hermosa, y siempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fue hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas; ¿qué digo yo por las circunvecinas no mas, si se extendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los reyes y por los oidos de todo género de gente, que como á cosa rara ó como á imagen de milagros de todas partes á verla venian? Guardábala su padre y guardábase ella, que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden á una doncella que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija movieron á muchos asi del pueblo como forasteros á que por muger se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso sin saber determinarse á quién la entregaria de los infinitos que le importunaban, y entre los muchos que tan buen deseo tenian fui yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso conocer que el padre conocia quién yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fue

causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y por salir desta confusion determinó decírselo á Leandra (que asi se llama la rica que en miseria me tiene puesto) advirtiendo que pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; solo sé que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente, pero bien se deja entender que ha de ser desastrado. En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la Roca [98], hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venia de las Italias y de otras diversas partes de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar siendo muchacho de hasta doce años un capitan que con su compañía por alli acertó á pasar, y volvió el mozo de alli á otros doce vestido á la soldadesca, pintado con mil co-

lores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponia una gala y mañana otra; pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar es la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos guisados é invenciones dellas, que si no se los contaran hubiera quien jurara que habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos y de mas de veinte [99] plumas: y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y alli nos tenia á todos la boca abierta pendientes de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado: habia muerto mas moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en mas singulares desafios, segun él decia, que Gante y Luna, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba, y de todos habia salido con vitoria sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte mostraba señales de heridas, que aunque no se divisaban nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes reencuentros y fa-

ciones. Finalmente con una no vista arrogancia llamaba de *vos* á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que debajo de ser soldado al mismo rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias ser un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aqui sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y asi de cada niñería que pasaba en el pueblo componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado pues, que aqui he pintado, este Vicente de la Roca, este bravo, este galan, este músico, este poeta fue visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trages, encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados, llegaron á sus oidos las hazañas que él de sí mismo habia referido; y finalmente, que asi el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél antes que en él naciese presuncion de solicitarla: y como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teníale cumplido habiendo

dejado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentádose de la aldea con el soldado, que salió con mas triunfo desta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tuvieron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la justicia, los cuadrilleros listos: tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto habia, y al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia, confesó sin apremio que Vicente de la Roca la habia engañado, y debajo de palabra de ser su esposo la persuadió que dejase la casa de su padre, que él la llevaria á la mas rica y mas viciosa ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella mal advertida y peor engañada le habia creido, y robando á su padre se le entregó la misma noche que habia faltado, y que él la llevó á un áspero monte, y la encerró en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien como el soldado, sin quitarle su honor, le robó cuanto tenia, y la dejó en aquella cueva, y se fue: suceso que de nuevo puso en admiracion á todos. Difícil, señor, se

hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dejado á su hija con la joya que si una vez se pierde no deja esperanza de que jamas se cobre. El mismo dia que pareció Leandra la despareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monasterio de una villa que está aqui cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo menos con aquellos que no les iba algun interes en que ella fuese mala ó buena; pero los que conocian su discrecion y mucho entendimiento no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo menos sin tener cosa que mirar que contento les diese; los mios en tineblas sin luz, que á ninguna cosa de gusto les encaminase con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado, y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente Anselmo y yo nos concertamos de dejar el aldea, y venirnos á este valle, donde él apacentan-

do una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras tambien mias, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas. Á imitacion nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está [100] colmado de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice y la llama antojadiza, varia y deshonesta; aquel la condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona, y tal la justifica [101] y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamas hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamas dió á nadie, porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda for-

marse: Leandra resuenan los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos y mas juicio tiene es mi competidor Anselmo, el cual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, solo se queja de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja: yo *sigo* otro camino mas fácil, y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones; y esta fue la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra cuando aqui llegué, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros: si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aqui tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas no menos á la vista que al gusto agradables.

CAPITULO LII.

De la pendencia que D. Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian, especialmente le recibió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan lejos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano; y asi dijo que habia dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto fue D. Quijote, que le dijo: por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino porque vos la tuviérades buena, que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar del abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciérades della á toda vuestra voluntad y talante; guardando pero las leyes de caballería, que mandan que á ninguna doncella se le sea fecho desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios

nuestro Señor que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á D. Quijote de tan mal pelage y catadura, admiróse, y preguntó al barbero que cerca de sí tenia: señor ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla? Quién ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso D. Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas. Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo ó que vuestra merced se burla, ó que este gentilhombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza. Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazon D. Quijote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuvo la muy hideputa, puta que os parió: y diciendo [102] y haciendo arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuantas veras

le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre D. Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos no dudara de ahogarle si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. D. Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual lleno de sangre el rostro, molido á cozes de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbáronselo [103] el canónigo y el cura; mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí á D. Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mogicones, que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros como hacen á los perros cuando en pendencia estan trabados: solo Sancho Panza se desesperaba porque no se podia desasir de un criado del canónigo que le estorbaba que á su amo no ayudase. En resolucion estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero

el que mas se alborotó de oirle fue D. Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dijo: hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que á nuestros oidos llega me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego, y Don Quijote se puso en pie volviendo asimismo el rostro adonde el son se oia, y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de diciplinantes. Era el caso que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas pidiendo á *Dios* abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea que alli junto estaba venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. D. Quijote, que vió los extraños trages de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba como á caballero andante el acometerla: y confirmóle mas esta imaginacion pensar que una imagen

que traian cubierta de luto fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines: y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: ahora, valerosa compañía, veredes cuanto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la órden de la andante caballería: ahora digo, que veredes en la libertad de aquella buena señora que alli va cautiva si se han de estimar los caballeros andantes: y en diciendo esto apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamas la diese Rocinante) se fue á encontrar con los diciplinantes: bien que fueron el cura y el canónigo y barbero á detenerle, mas no les fue posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba diciendo: ¿adónde va, señor D. Quijote? ¿qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica? advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imagen benditísima de la Vírgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace, que por esta vez se pue-

de decir que no es lo que sabe. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera no volviera si el rey se lo mandara. Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo: vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la imagen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanías, viendo la extraña catadura de D. Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en D. Quijote, le respondió diciendo: señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos ni es razon que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó Don Quijote, y es esta, que luego al punto dejeis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habedes fecho: y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los

que las oyeron que D. Quijote debia de ser algun hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fue poner pólvora á la cólera de D. Quijote, porque sin decir mas palabra, sacando la espada arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros salió al encuentro de D. Quijote enarbolando una horquilla ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró D. Quijote, con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano dió tal golpe á D. Quijote encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra [104] la villana fuerza, que el pobre D. Quijote vino al suelo muy malparado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caido dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que D. Quijote no bullia pie ni mano, y asi creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo. Ya en esto llegaron todos los de la compañía de D. Quijote adonde él estaba; mas los de la procesion, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrille-

ros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hiciéronse todos un remolino al rededor de la imagen, y alzados los capirotes, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo creyendo que estaba muerto. El cura fue conocido de otro cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de lós dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quien era Don Quijote, y asi él como toda la turba de los diciplinantes fueron á ver si estaba muèrto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza con lágrimas en los ojos decia: ¡ó flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡ó honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo, el cual faltando tú en él quedará lleno de malhechores sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡ó liberal sobre todos los Alejandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenias dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡ó humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de

peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin caballero andante, que es todo lo que decir se puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivió D. Quijote, y la primera palabra que dijo fue: el que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos á mi aldea en compañía destos señores que su bien desean, y alli daremos órden de hacer otra salida que nos sea de mas provecho y fama. Bien dices [105], Sancho, respondió D. Quijote, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre. El canónigo y el cura y barbero le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia; y asi habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á D. Quijote en el carro como antes venia; la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino; el cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el cura les pagó lo que se les debia: el canónigo pidió al cura le avisase el suceso de D. Quijote, si sanaba de su locura, ó si proseguia en ella, y con esto to-

mó licencia para seguir su viage. En fin todos se dividieron y apartaron, quedando solos el cura y barbero, D. Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó á Don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quiso, y á cabo de seis dias llegaron á la aldea de D. Quijote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de D. Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia, y cuando conocieron á su compatrioto quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su ama y á su sobrina de que su tio y su señor venia flaco y amarillo, y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fue oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á D. Quijote por sus puertas. Á las nuevas de esta venida de Don Quijote acudió la muger de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero, y asi como vió á Sancho lo primero que le preguntó fue que si venia bueno el asno; Sancho respondió que

venia mejor que su amo. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme ahora, amigo, ¿qué bien habeis sacado de vuestras escuderías? ¿qué saboyana me traeis á mí? ¿qué zapaticos á vuestros hijos? No traigo nada deso, dijo Sancho, muger mia, aunque traigo otras cosas de mas momento y consideracion. Deso recibo yo mucho gusto, respondió la muger: mostradme esas cosas de mas consideracion y mas momento, amigo mio, que las quiero ver para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, muger, dijo Panza, y por ahora estad contenta que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage á buscar aventuras, vos me vereis presto conde, ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse. Quiéralo asi el cielo, marido mio, que bien lo habemos menester. Mas decidme, ¿qué es eso de ínsulas? que no lo entiendo. No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, muger, y aun te admirarás de oirte llamar señoría de todos tus vasallos. ¿Qué es lo que decis, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? respondió Juana Panza, que asi se llamaba la muger de Sancho aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos. No te

acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa, basta que te digo verdad, y cose la boca: solo te sabré decir asi de paso, que no hay cosa mas gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las mas que se hallan no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido; pero con todo eso es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí. Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza su muger en tanto que el ama y sobrina de D. Quijote le recibieron, y le desnudaron y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El cura encargó á la sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tio, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traelle á su casa. Aqui alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, alli se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, alli pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y

disparates. Finalmente ellas quedaron confusas y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tio en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y asi fue como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que D. Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos á lo menos por escrituras auténticas; solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que D. Quijote la tercera vez que salió de su casa fue á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron, y alli le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, que segun él dijo se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo D. Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aqui pone el fidedigno

autor desta nueva y jamas vista historia. El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo menos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo eran estas:

LOS ACADEMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO D. QUIJOTE DE LA MANCHA HOC SCRIPSERUNT.

EL MONICONGO ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA A LA SEPULTURA DE D. QUIJOTE.

EPITAFIO.

El calvatrueno que adornó á la Mancha
De mas despojos que Jason de Creta:
El juicio que tuvo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha:
El brazo que su fuerza tanto ensancha
Que llegó del Catay hasta Gaeta:
La Musa mas horrenda y mas discreta
Que grabó versos en broncínea plancha:

El que á cola dejó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarría:
El que hizo callar los Belianises:
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo desta losa fria.

DEL PANIAGUADO ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA
IN LAUDEM DULCINEAE DEL TOBOSO.

SONETO.

Esta que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, reina del Toboso,
De quien fue el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjuez, á pie y cansado:
Culpa de Rocinante. ¡Ó dura estrella!
Que esta manchega dama, y este invito
Andante caballero, en tiernos años
Ella dejó muriendo de ser bella,
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO, DISCRETISIMO ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

En el soberbio tronco diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenético el manchego su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino:
Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte:
¡Nuevas proezas! pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.
Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces y su fama ensancha,
Hoy á Quijote le corona el aula
Do Belona preside, y dél se precia
Mas que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha,
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

DEL BURLADOR ACADEMICO ARGAMASILLESCO A SANCHO PANZA.

SONETO.

Sancho Panza es aqueste en cuerpo chico,
Pero grande en valor. ¡Milagro extraño!
Escudero el mas simple y sin engaño

Que tuvo el mundo, os juro y certifico:
De ser conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.
Sobre él anduvo (con perdon se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante, y tras su dueño.
¡Ó vanas esperanzas de la gente,
Cómo pasais con prometer descanso,
Y al fin parais en sombra, en humo, en sueño!

DEL CACHIDIABLO
ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA
EN LA SEPULTURA DE D. QUIJOTE.

EPITAFIO.

Aqui yace el caballero
bien molido y mal andante,
á quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
yace tambien junto á él,
escudero el mas fiel,
que vió el trato de escudero.

DEL TIQUITOC ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO.

EPITAFIO.

Reposa aquí Dulcinea,
y aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea:
Fue de castiza ralea,
y tuvo asomos de dama;
del gran Quijote fue llama,
y fue gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer: los demas, por estar carcomida la letra, se entregaron á un académico para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho á costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de D. Quijote.

Forsi altro canterá con miglior plectro.

NOTAS Y OBSERVACIONES

SOBRE EL TOMO SEGUNDO.

1 Página 15. De lo que mi calidad *pedia*. En las tres primeras ediciones: De lo que mi calidad *podia*.

2 Pág. 21. Luscinda habia faltado de en casa de *su padre*: En las de 1605: Luscinda habia faltado de en casa de *sus padres*.

3 Pág. 24. En las primeras ediciones el epígrafe que correspondia al capítulo XXIX se puso al XXX, y el de aquel á este. La Academia colocó ya anteriormente cada uno en el lugar que le corresponde.

4 Pág. 26. Que desde aquel *punto* aborrecí como mortal enemiga mia. En la edicion segunda de 1605: Que desde aquel *tiempo* aborrecí como mortal enemiga mia.

5 Pág. 37. El mi buen *compatriota*. En las de 1605: El mi buen *compatriote*.

6 Pág. 41. *Ahora* tenga valor ó no. En las de 1605: *Ora* tenga valor ó no.

7 Pág. 43. Véase la nota núm. 3.

8 Pág. 52. En la edicion de 1608 falta la voz *gañan*.

9 Pág. 56. No *fueron* menester tantas palabras. En las dos primeras ediciones: No *fueran* menester tantas palabras.

10 Pág. 64. ¿Piensa vuesa merced caminar este camino en balde, y dejar *pasar* y perder un tan rico y principal casamiento como este? En las tres primeras ediciones se decia: Y dejar *pisar*, que es una errata conocida.

11 Pág. 67. Querian detenerse á beber en una *fuentecilla.* En las de 1605: Querian detenerse á beber en una *fontecilla.*

12 Pág. 73. Aderezaron uno razonable en el mismo *camaranchon.* En las de 1605: Aderezaron uno razonable en el mismo *caramanchon.*

13 Pág. 80. Si me fuera lícito *ahora.* En las dos primeras ediciones: Si me fuera lícito *agora.*

14 Pág. 85. Cuyo crédito *le* estaba en mas que el suyo propio. En las tres primeras ediciones: Cuyo crédito estaba en mas que el suyo propio.

15 Pág. 90. Tener por hecho lo *que se* ha de hacer por buen respeto. La Academia crée que la verdadera leccion seria: Tener por hecho lo que *no* se ha de hacer por buen respeto.

16 Pág. 91. *Yo* vengo á quedar deshonrado, y por el mismo consiguiente sin vida. En las de 1605: ¿*No* vengo á quedár deshonrado, y por el mismo consiguiente sin vida?

17 Pág. 92. Ha de ser tiempo *mal* gastado. En las dos primeras: Ha de ser tiempo gastado.

18 Pág. 101. Los defectos que se *procuran.* En las de 1605: Los defectos que se *procura.*

19 Pág. 111. Una estatua de mármol, no un corazon de carne. En las dos primeras: Una estatua de mármol, no *que* un corazon de carne.

20 Pág. 119. Este soneto le repitió Cervantes en su comedia *la Casa de los zelos.*

21 Pág. 132. A quien tuvo la *culpa* de su desgracia. En las tres primeras ediciones: A quien tuvo la *causa* de su desgracia.

22 Pág. 134. Ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino suceso. Asi en las dos primeras ediciones, cuya leccion ha preferido la Académia á la de 1608, que dice asi: Ya quisiera la prueba de venir Lotario, *aunque* temeroso de algun mal repentino suceso.

23 Pág. 142. El epígrafe de este capítulo XXXV en las primeras ediciones dice solamente: *Donde se da fin*

á la novela del Curioso impertinente; y lo demas está en el capítulo XXXVI, pero fuera de su lugar, porque alli no se trata de la batalla de D. Quijote con los cueros de vino, sino en el XXXV, por lo que ya en otra edicion pasó la Academia de aquel capítulo á este la parte que le corresponde.

24 Pág. 142. Del *camaranchon* donde reposaba. En las de 1605: Del *caramanchon* donde reposaba.

25 Pág. 149. En esto *el gozo* que tenia Leonela de verse calificada en sus amores. En las dos primeras ediciones: era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que era el de su gusto. En esto el que tenia Leonela de verse calificada en sus amores &c.

26 Pág. 153. Claramente conoció *por las premisas mortales que en sí sentia* que se le iba acabando la vida. En las de 1605: Claramente conoció que se le iba acabando la vida.

27 Pag. 165. Desta vuestra *cautiva*. En las de 1605: Desta vuestra *captiva*.

28 Pág. 167. Que en los *casos* inremediables era suma cordura. En las tres primeras ediciones: Que en los *lazos* inremediables era suma cordura. Alguna edicion escribe *lances*. La Academia ha preferido *casos*.

29 Pág. 168. Que yo *de rodillas* rogaré al cielo. En las de 1605: Que yo rogaré al cielo.

30 Pág. 174. Luscinda haria y representaria *suficientemente* la persona de Dorotea. En las de 1605: Luscinda haria y representaria la persona de Dorotea.

31 Pág. 174. No está mas de dos jornadas de aqui. Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á trueco de hacer yo tan buena obra. En alguna edicion se escribe: No está mas de dos jornadas de aqui, *dijo el cura*. Pues aunque estuviera mas, *dijo D. Fernando*, gustara yo &c. De este género de supresiones de los interlocutores del diálogo, de que abundan ejemplos en los buenos autores, usa con frecuencia Cervantes en sus obras, particularmente en esta del Quijote, como se puede ver en los capítulos VI, IX, XII, XXXVIII, XLIII y L de la primera parte, y en el III, IV, VII, X, XIII y

xvi, de la segunda, y en otros lugares: por lo que se ha conservado este pasage y otros semejantes sin alteracion, como se hallan en las tres primeras ediciones.

32 Pág. 179. Si gustáredes de *posar* con nosotras. En las de 1605: Si gustáredes de *pasar* con nosotras.

33 Pág. 181. Luego no es *bautizada?* En las de 1605: Luego no es *baptizada?*

34 Pág. 182. Lela Zoraida. Lela ó Lel-la, en arábigo اللالة elela, quiere decir la adorable, la divina, la bienaventurada por excelencia. Solo se da este nombre á María Santísima. Zoraida es nombre propio de muger, diminutivo de Zahira ó Zohraita, que significa Florencia, Florencita.

35 Pág. 182. *Zoraida macange*, que quiere decir, *no*. Macange es expresion turca depravada, pues debiera decir: *ange mac*, *ange mac*, ni nombrarlo, *en ninguna forma*, *de ninguna manera*.

36 Pág. 197. A mi padre le quedaron cuatro mil *ducados* en dineros. En las de 1605: A mi padre le quedaron cuatro mil en dineros.

37 Pág. 198. Alcanzé á ser alférez de un famoso capitan de Guadalajara llamado Diego de Urbina. Fue en efecto natural de Guadalajara, y capitan de la compañía en que militó Cervantes cuando se dió la batalla de Lepanto. Véase la vida de este escritor.

38 Pág. 199. Me hallé en aquella felicísima jornada. No hay duda alguna de que estuvo en ella Cervantes, y asi la refiere como testigo ocular con la mayor exactitud. Véase su vida.

39 Pág. 199. El Uchalí rey de Argel. En la obra del P. Haedo intitulada *Epítome de los reyes de Argel* capítulo xviii se hace mencion de la vida de este rey, cuyo nombre propio *fue el de Aluch Alí, á que corruptamente llamamos Ochali; porque Aluch en morisco significa lo mismo que nuevo moro, ó nuevo convertido ó renegado; y ansi no es nombre, mas sobrenombre como el de renegado, y el nombre propio es Alí; quiere decir tanto como el renegado Alí.*

40 Pág. 200. Halléme el segundo año, que fue el de 72, en Navarino. No lo creyeron asi los señores Rios y Pellicer; pero los documentos positivos hallados recientemente prueban con toda claridad que Cervantes estuvo en esta campaña, y en la del año siguiente de 1573. Véase su vida.

41 Pág. 200. Todos los *levantes* y genízaros. En las de 1605: Todos los *leventes* y genízaros. Se ha preferido la voz *levantes*, porque el autor los llama asi en dos pasages de la novela del *Amante liberal*; y el Padre Haedo los nombra de este modo constantemente en su *Topografía de Argel*. *Levantes* ó *leventes* es voz grecobárbara Λεβεντες, esto es, *levantiscos* ó gente de Levante; en especial los de las islas del Archipiélago, y que son gente de mar, son llamados asi en Berbería.

42 Pág. 202. Muley Hamet. *Muley* es voz arábiga, que significa señor de pueblos: solo se da á los reyes este nombre. Muley en rigor gramatical quiere decir *soberano mio* ó *mi soberano*.

43 Pág. 206. En trage de arnaute. *Arnaute* ó *Arnauta* era lo mismo que *Albanés*, ó natural de Albania. Asi lo explica el P. Haedo en el capítulo 21 de su *Epítome de los reyes de Argel*. *En este tiempo se hallaba en Argel el renegado Morato Raez, arnauta de nacion, que nosotros llamamos albanés*; y en el capítulo 24: *Mamí Bajá era de nacion albanés ó arnauta, que todo es uno*.

44 Pág. 206. Un griego espía. No ha faltado quien sin necesidad haya puesto en lugar de *espía* (como dicen todas las primeras ediciones) *espay*, que es una clase de soldados que estando en sus casas tienen su paga muerta, y de quienes trata Haedo en el capítulo xv de su *Topografía de Argel*.

45 Pág. 208. La fortificacion nueva que habia hecho el *Fratin*. Fue este Fratin ingeniero al servicio de los monarcas Cárlos v y Felipe ii. Su verdadero nombre era Jácome Palearo. No solo construyó la fortificacion de que habla Cervantes en este pasage, sino que reparó en 1573 las murallas de Gibraltar, y propuso

la construccion de otros fuertes en el puente de Zuazo para defensa de la plaza de Cádiz. Tuvo otro hermano que se llamó Jorge, ingeniero tambien, y que trazó la fortificacion de Mallorca en 1583, y trabajó en la ciudadela de Pamplona en 1592.

46 Pág. 208. El *Uchalí*, al cual llamaban *Uchalí Fartax*, que quiere decir en lengua turquesca *el renegado tiñoso*. Por la nota 39 se vió que su nombre era *Aluch Alí*, que significa *el renegado Alí*. El P. Haedo dice que siendo mancebo andaba bogando en la galeota de su amo Alí Hamet; *y como era tiñoso con la cabeza toda calva, recibia mil afrentas de los otros cristianos....... y de todos era llamado Fartax, que en turquesco quiere decir lo mismo que tiñoso.*

47 Pág. 209. Vino á ser rey de Argel, y despues general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Haedo en su Topografía capítulo XXI le llama *capitan de los corsarios*, que es como cabeza de todos, cuyo cargo solo el Gran Turco lo provee: añade que hay uno en Argel, otro en Trípoli, y otro en Túnez, y describe alli sus honores y prerogativas.

48 Pág. 211. Solo libró bien con él un soldado español llamado tal de *Saavedra*..... y si yo dijera algo de lo que este soldado hizo &c. Cervantes alude aqui á sus proyectos y á los trabajos que sufrió en el cautiverio, de los que hasta ahora se tenia una noticia oscura y diminuta. Justamente decia el P. Haedo en su Topografía é historia de Argel, que *del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes se pudiera hacer una particular historia.* Véase la vida de este hombre ilustre.

49 Pág. 212. Y dentro dél venian diez *cianiis*. *Cianí* es voz arábiga, que significa dobla, del verbo ثني *doblar*, ser doble ó de duplo valor. El *is* añadido es para la formacion de nuestro plural.

50 Pág. 214. Alli vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcaide que habia sido de la Pata. El P. Haedo le cita entre los alcaides mas ricos que vivian en Argel en el año de 1581, y habla de él en

varios lugares de sus obras, Topografía de Argel, capítulo 14 y 39, y Epítome de los reyes de Argel capítulo 20. Véase la ilustracion sobre el cautiverio de Cervantes.

51 Pág. 215. Un renegado natural de Murcia. Llamábase Morato Raez Maltrapillo: era amigo de Cervantes, y de quien se valió para libertarse del castigo ó de la muerte cuando intentó fugarse en 1579. Habla Haedo varias veces de este renegado. En la novela se confunden los hechos, aplicándose á este Maltrapillo los sucesos y lances de la compra de la barca, en que intervino otro renegado natural de Granada, que se llamaba el licenciado Giron. Véase la vida de Cervantes.

52 Pág. 216. Cuando yo era niña tenia mi padre una esclava. Cervantes dice en su comedia de *los Baños de Argel* que esta esclava se llamaba Juana de Rentería, y que ya habia muerto años hacia: fue la que crió á Zoraida: alaba mucho su cristiandad y buenas prendas.

53 Pág. 217. No te fies de ningun moro, porque son todos marfuces. *Marfuz* en arábigo significa *vil, falso, sin lealtad*; viene del verbo رفس, que significa *tirar coces el asno*, ser *rafez* y *falso*, *rahez*.

54 Pág. 220. Muchos de los vireyes que alli venian la habian pedido por muger. En la comedia de *los Baños de Argel*, jornada 3.ª, pág. 176 se dice que esta hija única de Agi Morato se casó con Muley Maluch, que fue hecho rey de Fez en 1576; y asi lo confirman el P. Haedo en su Epítome capítulo 20, y Antonio de Herrera en su historia de Portugal. Véase la citada ilustracion sobre el cautiverio de Cervantes.

55 Pág. 221. Vaya uno en tierra de cristianos, y compre allá una barca, y vuelva por los demas. Este proyecto de Zoraida es el mismo que trazó Cervantes cuando se rescató su hermano Rodrigo para que enviase una barca en que pudiese él huir con otros cristianos, como lo intentó en el año 1577. Véase la vida.

56 Pág 221. Que está á la puerta de *Babazon*. Asi

se llama una de las puertas de la ciudad de Argel, y significa puerta de las ovejas ó del ganado lanar, siendo la composicion de esta voz bab-azon, en arábigo, باب العصوّن El P. Haedo en su Topografía dice al capítulo VI: *Bajando* mas abajo como otros cuatrocientos pasos está otra puerta principal, que se dice de Babazon, la cual mira para entre mediodia y levante....... Por esta puerta sale toda la gente que va á los campos y á los aduares de moros, y para todos los pueblos &c.

57 Pág. 222. Nos contó brevemente un caso que casi en aquella misma sazon habia acaecido á unos caballeros cristianos. Alude al suceso de la barca que vino por Cervantes y por los demas caballeros cristianos que estaban escondidos en una cueva para huirse á España el año de 1577. Véase la vida.

58 Pág. 222. Se le diese á él (el dinero) para comprar allí en Argel una barca. Copió Cervantes todo este convenio del renegado para comprar la barca del que hizo con el licenciado Giron, tambien renegado, para volver á España en el año 1579. Véase la vida.

59 Pág. 223. Pero que él facilitaria este inconveniente con hacer que un moro *tagarino* fuese á la parte con él en la compañía de la barca. *Tagarino* en arábigo significa *fronterizo*, el que es de la raya ó confines de un pais. Diciendo despues Cervantes en el capítulo 41 que *tagarinos llaman en Berbería á los moros de Aragon*, se infiere que les daban este nombre por ser de la costa ó por ser fronterizos. Luis del Marmol en su *Descripcion general de Africa* lib. v, cap. 49 los llama tagartinos, diciendo que son los del reino de Valencia. Véase la nota 62.

60 Pág. 224. A un mercader valenciano, que á la sazon se hallaba en Argel. Llamábase Onofre Exarque, y facilitó el dinero para comprar la barca en que habia de libertarse Cervantes con otros cristianos en el año 1579. Véase la vida.

61 Pág. 225. Un lugar que se llama Sargel, que está *veinte* leguas de Argel hácia la parte de Oran. En to-

das las primeras ediciones: Un lugar que se llama Sargel, que está *treinta* leguas de Argel &c. La Academia ha tenido por un error claro haber escrito *treinta* leguas en lugar de *veinte*, como el mismo Cervantes lo corrige determinando esta distancia mas abajo, pág. 239, cuando dice que *Sargel dista no mas que sesenta millas de Argel*, que son puntualmente las veinte leguas. Está en este punto conforme el P. Haedo en su Topografía, cap. 23, donde escribe que *Sargel está veinte leguas, que son sesenta millas de Argel para poniente*, y así tambien lo repite en otros pasages de sus obras. Luis del Marmol (Descripcion general de Africa, lib. v, tom. 2, fol. 211) dice tambien *que Sargel es una grande y antigua ciudad edificada por los romanos, la cual se llamó antiguamente* Canuchi *segun Tolomeo, aunque algunos quieren que sea la que llamaron los antiguos Carcena Colonia..... Está quince leguas á levante de Tenez, y quince á poniente de Argel por mar, y por tierra no hay mas de diez.* Sin duda eran leguas mayores de diez y siete al grado, en lugar de que las citadas por Haedo y Cervantes son de veinte al grado. La verdadera distancia directa de Argel á Sargel, segun las cartas modernas mas exactas, es de cincuenta y cuatro millas. El pueblo de Sargel está situado sobre las suntuosas ruinas de una ciudad romana, que parece se llamó Julia Cesarea. Su puerto cómodo y circular, defendido de los vientos del norte por una isla peñascosa, fue cegado con arena y con los fragmentos de edificios que quedaron por un terremoto acaecido en el año 1738. Cuando Barbaroja se hizo dueño de Argel y en el año de 1516 Sargel tenia unos 500 vecinos, y llegó á estar casi despoblado; pero á fines de aquel siglo, y en el tiempo de que habla Cervantes los moriscos de Granada, Valencia y Aragon, que se habian pasado á Berbería, le repoblaron viendo la comodidad del sitio y la fertilidad y hermosura de sus campos, por manera que segun un derrotero manuscrito del año de 1614 era ya una ciudad mayor que Cartagena, y en su puerto podian estar abrigadas veinte galeras. Cervantes dice que sus naturales hacian mucha

contratacion de higos pasos: Haedo, que la hacian de buenas maderas de construccion, y que fabricaban y componian allí sus bajeles. Hoy parece que comercian con sus manufacturas de loza, acero y otros artículos de que surten á los árabes confinantes.

62 Pág. 225. Y á los de Granada *mudéjares.* Esta voz en contraposicion de la de *tagarinos* significa internos ó de lo interior, del verbo دخل *dajala,* ser ó estar en lo interior. Haedo en su Topografía cap. 11 dice: *Todos estos* (moros) *se dividen pues entre sí en dos castas ó maneras, en diferentes partes, porque unos se llaman mudéjares, y estos son solamente los de Granada y Andalucía: otros tagarinos, en los cuales se comprenden los de Aragon, Valencia y Cataluña.* Marmol en su Descripcion general de Africa, lib. v, cap. 49 escribe: *Tiene dentro* (la villa del Col de los mudéjares) *mas de trescientos vecinos mudéjares de los de Castilla y de la Andalucía, y tagartinos, que son los del reino de Valencia.*

63 Pág. 228. Sino una mezcla de todas las lenguas. Dice Haedo en su Topografía de Argel cap. 29: „Que „la tercera lengua que en Argel se usa es la que los mo„ros y turcos llaman franca ó hablar franco...... siendo „todo él una mezcla de varias lenguas cristianas, y de „vocablos que por la mayor parte son italianos y espa„ñoles, y algunos portugueses de poco acá..... y juntan„do á esta confusion y mezcla de tan diversos vocablos „y maneras de hablar..... la mala pronunciacion de los „moros y turcos, y no saber ellos variar los modos, „tiempos y casos..... viene á ser el hablar franco de Ar„gel casi una gerigonza, ó al menos un hablar de negro „bozal traido á España de nuevo." Este modo de hablar ó lenguage franco lo conservan todavía los moros en Argel.

64 Pág. 228. Arnaute Mamí. Este era en Argel capitan de la mar &c., mandaba la escuadra de corsarios que cautivó á Cervantes, el cual le nombra tambien en la Galatea y en otras obras. Véase su vida.

65 Pág. 230. Pues habia dado por mí 1500 *zoltanis*. Esta voz significa real de oro ó peso fuerte de España, del arábigo سلطاني, cosa real ó del rey: la *s* final es terminacion castellana para formar el plural.

66 Pág. 231. *Gualá* es expresion propia de juramento: por Dios, por Alá, por la deidad, por cierto, en verdad.

67 Pág. 232. *Tamejí*, cristiano, *tamejí*. En las tres primeras ediciones se dice: *amejí*, cristiano, *amejí?* Parece que en este pasage debió decir Zoraida: Tamejí? tamejí? iraste? ó te irás? ó te vas? que asi se dice en el futuro, el que suple tambien por el presente. No asi en el pasage posterior, donde se escribe con exactitud diciendo: *Amejí*, cristiano, *amejí: vete*, cristiano, *vete;* pues en este es la segunda persona del modo imperativo. Tal vez Cervantes escribió muy correctamente la expresion asi: *Atamejí*, cristiano, *atamejí?* siendo la *a* antepuesta la partícula interrogante en la lengua arábiga: y se depravó esta primera expresion por la segunda que dice despues Zoraida, y que está en imperativo.

68 Pág. 232. El *primer* juma. En las de 1605: El *primero* juma.

69 Pág. 235. Dudamos si seria mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero á los moros bagarinos que bogaban el remo en la barca. *Bagarinos* ó *bagarines* significa marineros, gente de mar, ó que sirve en la marina, de la voz arábiga بحر, *bahar*, *mar;* بحري bahari, cosa del mar. De este mismo orígen es bogar. Haedo en su Topografía de Argel cap. 11 los describe perfectamente. *Ganan sus vidas* (los moros de las montañas que viven dentro de Argel) *unos en servir á turcos y á moros ricos, otros en cavar los jardines y viñas, y algunos bogando en galeotas y bergantines, alquilados por su salario que les dan, y los llaman bagarines:* y en el cap. 23: *Tambien suelen alquilar algunos bagarinos, que son los moros que dijimos que vivian de bogar en los bajeles de buenas boyas.*

70 Pág. 239. Cae *no mas que* sesenta millas de Argel. En las de 1605: Cae sesenta millas de Argel.

71 Pág. 243. Lo sabrá decir mejor que yo. En las de 1605: Lo sabrá decir mejor que *no* yo.

72 Pág. 243. Y asiéndole de la *almalafa* le sacamos medio ahogado y sin sentido. Almalafa en arábigo significa un vestido que cubre todo el cuerpo, como capa ó gaban: viene del verbo لَفَّ *laffa*, cubrirse, envolverse en sus vestidos.

73 Pág. 243. Al lado de un pequeño promontorio ó cabo que de los moros es llamado *el de la Cava rumia*, que en nuestra lengua quiere decir *la mala muger cristiana*; y es tradicion entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava por quien se perdió España. Asi se expresa Cervantes en este pasage. Pero Luis del Marmol en su Descripcion general de Africa, lib. v, cap. 43, despues de describir la antigua ciudad de Cesarea que estaba en la provincia de Tenez, y cuyas reliquias ó ruinas aparecen todavía á levante de la ciudad de Sargel, en una bahía que hace la mar entre el puerto que llaman del Monte y el de Cajinas, añade: „Están todavía en pie los edificios de dos templos antiguos destruidos donde se hacia sacrificio á los ídolos; „en uno de los cuales está un cimborio muy alto que „los moros llaman *cobor rumia*, que quiere decir sepul„cro ó enterramiento romano, y los cristianos mal ará„bigos le llaman *caba romia*, y dicen fabulosamente „que está alli enterrada la Cava, hija del conde D. Ju„lian. Este cimborio es tan alto que &c..... Al levante „de esta ciudad está un monte muy grande, que los cris„tianos llaman *de la mala muger*, donde se hace toda „la madera que llevan á la ciudad de Argel para los „navíos.... Y junto con él despunta una sierra en la mar, „que los marineros llaman la *campana de Tenez.*" Este cabo ó promontorio es probablemente el que hoy se llama cabo Cajines: asi como es verisímil que en una cala que está al sur de él y de una isleta, fue donde dieron fondo, pues con el viento norte que tenian no hay

otro parage de abrigo en aquella parte de la costa.

74 Pág. 244. Para que *felizmente* diésemos fin. En las de 1605: Para que *felicemente* diésemos fin.

75 Pág. 247. Vimos cerca de nosotros un bajel redondo. Bajel redondo es el de vela cuadrada, á diferencia de los que se usan de vela latina ó triangular.

76 Pág. 249. No queria tocar en ningun puerto de España, *sino irse luego á camino*, y pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiese, hasta la Rochela, de donde habia salido. En las dos primeras ediciones: No queria tocar en ningun puerto de España, sino pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiese, *y irse á* la Rochela, *desde* donde habia salido.

77 Pág. 249. Con la cual vista y *alegría* todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si *propiamente* no hubieran pasado por nosotros. En las de 1605: Con la cual vista todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si no hubieran pasado por nosotros.

78 Pág. 250. Llegamos al pie de una disformísima montaña. Segun la narracion que sigue, y la distancia que señala de Velez Málaga, el desembarco de estos cautivos debió ser en las inmediaciones del castillo de Torros; ó en la torre de Layos, dos leguas distante de Velez.

79 Pág. 253. Habia apellidado *arma*. En las de 1605: Habia apellidado *al arma*.

80 Pág. 256. En diciendo esto, *D. Antonio* y todos los demas se le ofrecieron.... para servirle. Todas las primeras ediciones dicen *D. Antonio;* pero es un descuido del autor, pues entre todos los concurrentes no habia ninguno que se llamase así. Deberia decir *Cardenio*, ó *el cura*, que eran las personas principales que habian oido la relacion del cautivo ademas de D. Fernando, pues aunque con este venian tres caballeros, no se habia dicho el nombre de ninguno de ellos.

81 Pág. 260. Para conocer primero si.... su hermano por verle pobre se *afrentaria*, ó le *recibiria* con buenas entrañas. En las de 1605: Para conocer primero si...

su hermano por verle pobre se *afrentaba*, ó le *recibia* con buenas entrañas.

82 Pág. 265. Le puso *las* manos en los pechos. En las de 1605: Le puso *anchas* manos en los pechos.

83 Pág. 272. Es muy *grande* estudiante. En las de 1605: Es muy *gran* estudiante.

84 Pág. 285. Como el cielo ordenare. En las dos primeras: Como el cielo *lo* ordenare.

85 Pág. 286. *Salió* en esto Dorotea de su aposento. En las de 1605: *Salia* en esto Dorotea de su aposento.

86 Pág. 294. Lo que fue, es y será *el* yelmo de Mambrino. En las dos primeras: Lo que fue, es y será yelmo de Mambrino.

87 Pág. 299. No la tenga yo en el cielo, dijo el sobrebarbero. Por ser errata conocida se ha sustituido el *pobre barbero*.

88 Pág. 301. ¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna *region* de demonios debe de habitar en él? Así en todas las primeras ediciones, y aun en el uso muy vulgar. Parece hubiera sido mas própio: alguna *legion* de demonios.

89 Pág. 317. Cuando el furibundo leon manchego con la blanca paloma tobosina *yacieren* en uno. En las dos primeras: Cuando el furibundo leon manchego con la blanca paloma tobosina *yoguieren* en uno.

90 Pág. 324. *Novela de Rinconete y Cortadillo*. No la publicó Cervantes hasta el año de 1613, ocho despues de este anuncio; pero la habia escrito mucho antes hallándose en Sevilla. Véase su vida.

91 Pág. 332. Un millon de *combatientes*. En las de 1605: Un millon de *competientes*.

92 Pág. 336. Y los autores que las componen y los *autores* que las representan..... Y aunque algunas veces he procurado persuadir á los *autores* que se engañan..... En las de 1605: Y los autores que las componen y los *actores* que las representan.... Y aunque algunas veces he procurado persuadir á los *actores* que se engañan....

93 Pág. 341. Un felicísimo ingenio destos reinos. Lope de Vega, á quien por su fecundidad extraordina-

sia llamó Cervantes en el prólogo de sus comedias *monstruo de la naturaleza.*

94 Pág. 351. *Tantas* y tan *disparatadas cosas* como los libros de caballería contienen. En las de 1605: *Tantos* y tan *disparatados casos* como los libros de caballería contienen.

95 Pág. 364. *A lo cual replicó D. Quijote:* no son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho; pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de condados. Yo no sé que haya que decir: solo me guio por *muchos y diversos ejemplos que podria traer á este propósito de caballeros de mi profesion, que correspondiendo á los leales y señalados servicios, que de sus escuderos habian recebido, les hicieron notables mercedes, haciéndoles señores absolutos de ciudades y ínsulas; y cual hubo que llegaron sus merecimientos á tanto que tuvo humos de hacerse rey. Pero ¿para qué gasto tiempo en esto ofreciéndome un tan insigne ejemplo el grande y nunca bien alabado Amadis de Gaula*, que hizo á su escudero conde de la ínsula firme? Y asi puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer conde á Sancho Panza. En las de 1605: No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho; pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de condados. A lo cual replicó D. Quijote: Yo no sé que haya mas que decir, solo me guio por el ejemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero conde de la ínsula firme, y asi puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer conde á Sancho Panza.

96 Pág. 364. Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates, *si disparates sufren concierto*, que D. Quijote habia dicho. En las dos primeras ediciones: Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates que D. Quijote habia dicho.

97 Pág. 366. Estareis segura en vuestro aprisco. En las de 1605: Estareis *mas* segura en vuestro aprisco.

98 Pág. 370. Un Vicente de la Roca. En todos los pasages en que la edicion de 1608, que sigue la Academia, escribe Vicente de la *Roca* dicen las dos primeras Vicente de la *Rosa*.

99 Pág. 371. Habia hecho *muestra*..... de mas de veinte *plumas*. En las de 1605: Habia hecho muestra.... de mas de veinte *plumages*.

100 Pág. 375. Segun está *colmado* de pastores y de apriscos. En las dos primeras: Segun está *colmo* de pastores y de apriscos.

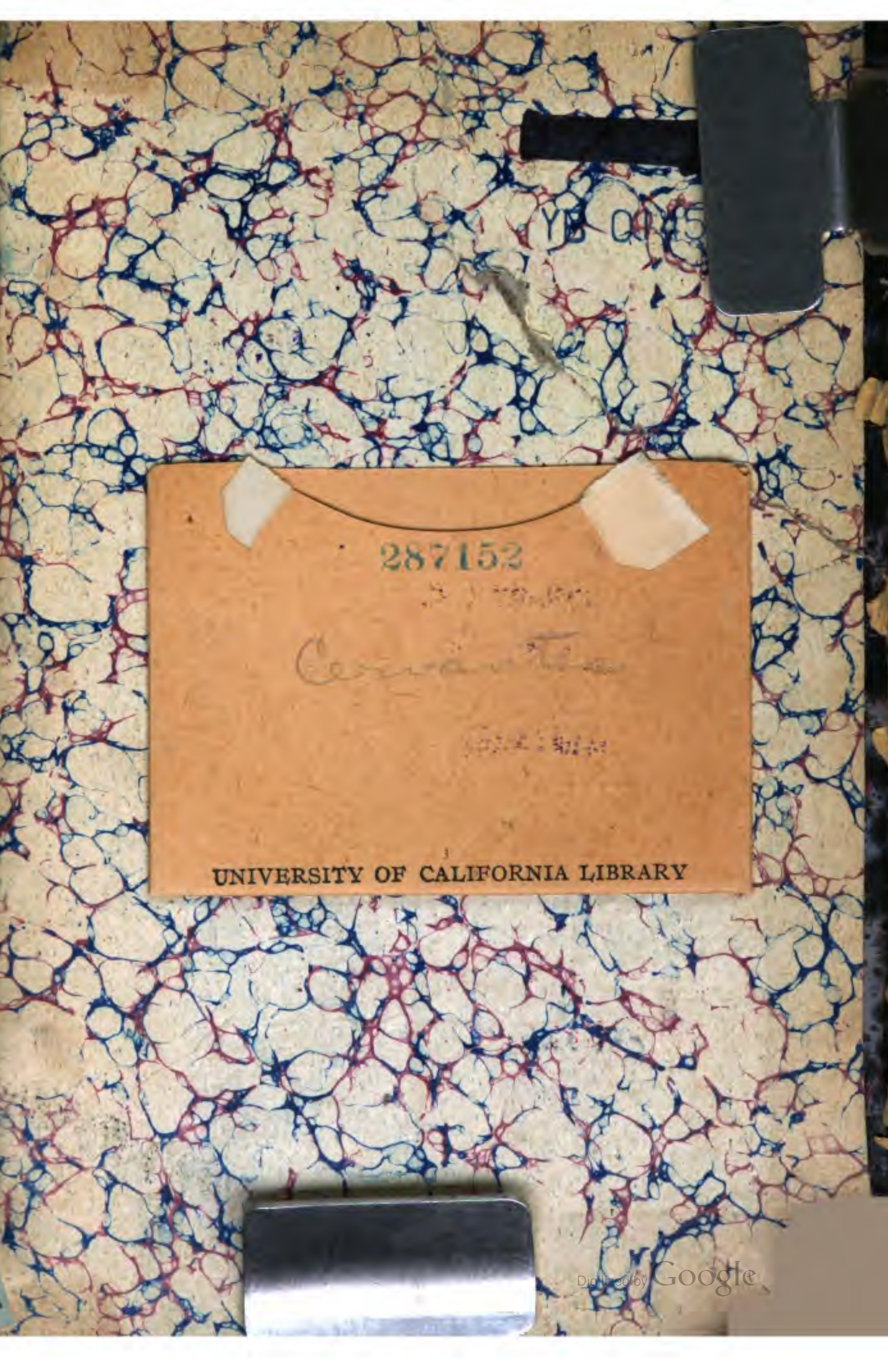
101 Pág. 375. Y tal la *justifica* y vitupera. En las de 1605: Y tal la *justicia* y vitupera.

102 Pág. 378. Y diciendo y *haciendo*. En las tres primeras ediciones: Y diciendo y *hablando*: que es errata bien clara.

103 Pág. 379. Pero *estorbáronselo* el canónigo y el cura. En las de 1605: Pero *estorbábanselo* el canónigo y el cura.

104 Pág. 383. No pudo cubrir el adarga contra *la* villana fuerza. En las de 1605: No pudo cubrir el adarga contra villana fuerza.

105 Pág. 385. Bien *dices*, Sancho. En las de 1605: Bien *decis*, Sancho.


YB 01145
287152
Cervantes
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
Digitized by Google

